



ACCESO PROHIBIDO

MÓNICA BENÍTEZ

ACCESO PROHIBIDO
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2021 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2006144418549

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)

Capítulo 1

Candela

—No necesito vacaciones—respondo enfadada.

—No son vacaciones, Candela, se trata de un retiro en un lugar de ensueño, no todo el mundo se lo puede permitir.

—Me da igual como sea ese sitio, Fermín, te repito que estoy bien—insisto.

—Sé que estás bien, pero solo faltan tres meses para la entrega del manuscrito y apenas has escrito un borrador del primer capítulo. La Colonia Campos es el lugar perfecto, muchos escritores pasan allí largas temporadas para conseguir la inspiración que no encuentran en la urbe, y no solo escritores—añade con un entusiasmo que no comprendo—también van compositores, pintores, músicos... Vamos, Candela, allí nada podrá distraerte, échale un vistazo a su web, solo te pido eso.

Fermín se levanta del sofá y se sienta a mi lado, después me cede el portátil, ya con la web de ese dichoso retiro en la pantalla.

—Voy a preparar café mientras lo miras.

Le observo mientras se aleja en dirección a la cocina, cuanto más tiempo paso a su lado más siento que nos alejamos, es como si cada vez conociera menos al hombre que duerme a mi lado desde hace dos años. Sacudo la cabeza y suspiro.

Navego por la web, había escuchado que existen lugares como este, pero jamás había visto uno. Se trata de un recinto privado de más de cinco mil hectáreas situado en un entorno privilegiado. Para acceder a él hay que atravesar un kilométrico camino privado. Las carreteras no pasan cerca y no hay tráfico aéreo en la zona, incluso ir con niños está prohibido. Es un recinto donde encontrar paz y tranquilidad, perfecto para que llegue la inspiración, aunque no sea eso lo que a mí me falte.

El edificio principal se encuentra cerca de un acantilado de poca altura, se puede divisar el mar desde varios miradores situados a lo largo de los caminos principales, de ellos salen ramificaciones que se adentran en un bosque frondoso y conducen a las numerosas cabañas, todas están completamente valladas y distanciadas entre sí. Lo cierto es que solo viendo las imágenes ya entran ganas de hacer una visita, aunque solo sea para pasar unos días.

—Hasta hace un par de años lo regentaba un matrimonio mayor, pero al morir el marido, la mujer no podía con todo y sus hijas se hicieron cargo. Nadie te molestará allí, Candela, solo estarás rodeada de naturaleza y aire limpio y puro—comenta sentándose de nuevo a mi lado.

—Espera un momento, Fermín, ¿es que tú no vas a ir? —pregunto sorprendida.

—No, se trata de que te relajes, yo solo sería una distracción, además, no sabría qué hacer allí y ya sabes que tengo muchísimo trabajo en la editorial. Sé que ahora te parece una idea horrible, pero es una forma de calmar a los accionistas del sello, han invertido mucho en ti y si esta tercera entrega no está lista a tiempo, perderán mucho dinero.

—Entiendo—murmuro aturdida.

—Sabía que lo harías—dice contento.

Después me quita el portátil, busca entre las imágenes de las diversas cabañas y me señala una.

—Esta es la tuya, como ves, no son muy grandes, en la planta baja tan solo hay el comedor, una habitación, el baño y la cocina. Y esto es lo mejor, en la parte superior hay un estudio con terraza, fíjate, tiene todas las comodidades para que puedas escribir tanto dentro como fuera.

—Ya la has alquilado...—confirmo con un creciente nudo en el pecho.

A veces tengo la sensación de que lo único que quiere es deshacerse de mí, ¿tendrá a otra? Tal vez, mi madre siempre me dijo que era una mala idea casarme con mi editor.

—Es un cazatalentos que casualmente solo elige escritoras a las que catapultar, pregúntate por qué nunca trabaja con hombres—suele decirme siempre que nos vemos.

Nunca le suelo dar importancia a sus comentarios porque jamás le ha caído bien Fermín, pero ahora no sé qué pensar, esto es la gota que colma mi vaso de dudas.

—Está bien—contesto de mal humor—veo que ya lo tienes todo resuelto, ¿puedes decirme cuánto tiempo voy a pasar allí? Porque supongo que eso también lo has decidido tú.

Quizá si le dijera la verdad nos ahorraríamos todo esto, podría decirle a mi marido que lejos de ir atrasada como él piensa, es justo lo contrario, apenas me faltan un par de capítulos para acabar la novela. ¿Por qué no se lo he dicho? No lo sé, quizá porque en el fondo yo también estoy huyendo de él, cada vez me apetece menos pasar tiempo a su lado y en cuanto llega a casa me encierro en mi despacho bajo el pretexto de que voy a escribir.

Todas las noches entra y me pregunta cómo lo llevo antes de irse a la cama, es entonces cuando sin saber el motivo exacto de mi comportamiento, le miento y le digo que he borrado más de lo que he escrito.

Tal vez lo de este retiro me sirva para pensar.

—No te enfades, Candela, la he alquilado por dos meses por ahora, pero si llegado el momento necesitas más, no será un problema. Es por tu bien.

—¿Por mi bien? ¿O por el bien de todos? Es igual, no me contestes—digo enfadada mientras me dirijo a la habitación para preparar mi maleta.

Odio cuando dice eso, *por mi bien*, y una mierda. Aunque ahora sea mi marido, antes no lo era, y Fermín se lleva una importante tajada con cada una de mis novelas. Es por su bien, no por el mío.

—¿Cuándo me voy?! —le grito desde la habitación.

—El martes—contesta con calma desde el quicio de la puerta.

—Adelántalo a mañana, estoy segura de que no será un problema, cuanto antes encuentre mi inspiración, mejor para todos.

Sé que no soy justa, si hubiese sido sincera con él no estaríamos teniendo esta conversación y tampoco estaría preparando la maleta ahora mismo, pero por algún motivo decido que lo mejor es seguir callando. Algo no funciona bien entre Fermín y yo, es algo que sucede desde que estamos casados, pasó de ser el novio perfecto a un auténtico desconocido desde que nos dimos el sí quiero. Todas sus atenciones hacia mí se limitan a saber si avanzo en las novelas, a veces pienso que solo quería casarse conmigo para asegurarse de seguir siendo mi editor. Odio que mi madre tenga razón.

Capítulo 2

Candela

Ni siquiera he permitido que Fermín me traiga, he pedido un taxi en el que he pasado todo el tiempo sin terciar una sola palabra, perdida en mis propios pensamientos.

—Quédese el cambio.

Me despido del taxista justo en mitad del camino de acceso al recinto, donde el guardia de seguridad que hay en una caseta situada a un lado, no nos ha permitido continuar. Ahora mis maletas están cargadas en un todoterreno propiedad de la Colonia Campos, y un hombre de mediana edad conduce en silencio hasta llevarme al edificio principal.

—Llevaré sus maletas hasta su cabaña, señora Toledo—comenta antes de que me baje—le recomiendo que una vez complete su registro vaya caminando, es un buen paseo, pero merece mucho la pena. Y si cambia de opinión, solo tiene que marcar este número y la recogeré enseguida—dice tendiéndome una tarjeta.

—De acuerdo—respondo dudosa.

—Soy Alfredo, señora, puede usted llamarme siempre que desee que la acerque a cualquier lugar del recinto—sonríe amablemente.

—Gracias, Alfredo.

Cuando entro en la recepción no hay nadie tras el mostrador, pero antes de que me dé tiempo a buscar un timbre o cualquier cosa para anunciar mi presencia, una mujer de pelo blanco como la nieve y manos huesudas y arrugadas se acerca lentamente por el pasillo ayudada por un bastón.

—Usted debe ser la señora Toledo—comenta con una amplia sonrisa colocándose tras el mostrador—disculpe mi lentitud, mis piernas ya no son lo que eran ni obedecen de la misma manera. Soy Emilia Campos, propietaria de la finca.

—Un placer, doña Emilia, llámeme usted Candela, por favor, señora Toledo suena demasiado serio—sonrío.

—Candela es un nombre precioso—afirma sonriente.

Tras eso, y con algo de torpeza, busca algo en la estantería que tiene justo a sus espaldas.

—Ah, aquí está. Estas son las llaves de tu cabaña, la dorada es la de la verja de fuera, la plateada la de la entrada. La recepción está abierta las veinticuatro horas. Junto al teléfono que encontrarás en la entrada, hay también un listado con los números que debes marcar si necesitas cualquier cosa. Creo que ya has conocido a Alfredo, es muy amable, lleva tantos años con nosotras que no sabría ni contarlos.

Por un momento se queda en silencio, como perdida, entonces me doy cuenta de que tal vez y por su avanzada edad, esté comenzando a tener problemas de memoria.

—¿Por dónde iba? —murmura para sí.

—Estaba usted hablándome de Alfredo—sonrío.

—Oh, Dios mío, que torpe soy, ¿desea usted algo de beber? Debe estar cansada por el viaje.

Sí, está claro que tiene problemas de memoria, hace apenas unos minutos que le he pedido

que me tutee y ya no lo recuerda.

—No se preocupe, estoy bien, aunque si me ofrece un vaso de agua no se lo rechazaré.

—Por supuesto, querida, acompáñame.

La señora Campos abandona el mostrador y avanza en dirección a una puerta, me adelanto y se la abro antes de que llegue y ella responde con una sonrisa de agradecimiento. Creo que solo por conocer a esta adorable anciana ya merece la pena la visita a este lugar. La puerta da paso a un pequeño restaurante, cuyas paredes están forradas de madera haciéndolo aún más acogedor de lo que ya es.

—¿Qué desea, doña Emilia? —pregunta el joven camarero que hay detrás de la barra.

Doña Emilia, de nuevo perdida en la búsqueda de unas palabras que parece que no llegan, se queda mirando al joven con cara de angustia.

—Una botella de agua, por favor—añado yo.

—Ah, sí, eso...—murmura para sí.

Volvemos a recepción, doña Emilia vuelve tras el mostrador y comienza a levantar un papel tras otro.

—¿Ha perdido algo?

—Las llaves, no encuentro las llaves de tu cabaña.

—Las tengo yo, me las ha dado hace un momento—sonríó quitándole importancia.

—Esta cabeza mía, perdona, últimamente soy un desastre.

—No tiene que disculparse, doña Emilia, ya me gustaría a mí llegar a su edad con esa sonrisa tan resplandeciente y sincera que tiene usted.

¿Se ha sonrojado? Creo que sí, y eso me arranca una sonrisa que solo se ve interrumpida por el susto que me da una voz a mis espaldas.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? Tendrías que estar descansando.

—¡Dios! Que susto—digo con una mano en el pecho tras dar un respingo y girarme.

—Lo siento, no quería asustarla—se disculpa la dueña de esas palabras.

Me resulta imposible evitar que mis ojos se pierdan analizando cada detalle de la mujer con un descaro que me avergüenza. Lleva un pantalón verde militar, de esos con bolsillos a los lados, una camiseta de tirantes blanca que se ajusta a la perfección por cada línea de su pecho y una gorra del mismo color del pantalón que deja salir una cola de color castaño que cuelga rozando sus hombros desnudos. Toda ella va manchada de tierra, desde los pies hasta la cabeza.

—Ay, hija, parece que vengas de enterrar un cadáver.

No puedo evitar reír ante el comentario de doña Emilia. ¿Dónde está mi educación?

—Lo siento, no me río de usted, es solo que...

—No se disculpe, mi madre tiene razón. La que debe disculparse soy yo, usted debe ser la señora Toledo, ¿no? —dice tendiéndome la mano, pero antes de que pueda estrechársela la retira al recordar que está cubierta de tierra—lo siento—murmura de nuevo.

—No se preocupe, y llámeme Candela a secas, por favor, si alguien más me llama señora hoy, creo que saltaré por el acantilado.

—No le recomiendo ese salto, pero está bien, si es lo que desea; Candela entonces.

¿Cómo no voy a desearlo? Acabo de cumplir cuarenta, una edad que ni siquiera aparento, ¿por qué tiene que tratarme todo el mundo de usted? Y esta chica, supongo que solo hace su trabajo, pero dudo que a ella le guste que la traten así, diría que debe ser de mi quinta, y con esa pinta tan informal que tiene seguro que si alguien la trata de usted se le deben poner los pelos de punta.

—Me llamo Raquel, soy quién lleva esto ahora junto a mi hermana. Lamento no haber estado

aquí para atenderla, la chica que tenemos por las tardes hoy no ha venido, yo tenía cosas que hacer en el huerto y cuando me he querido dar cuenta se me había pasado la hora. Lo siento mucho.

—No tiene importancia, además, su madre me ha atendido de maravilla—digo guiñándole un ojo a doña Emilia.

—¿Ves, hija? Todavía sirvo—se queja la pobre mujer.

—Ya lo sé, mamá, pero todavía te estás recuperando de la operación de cadera y tienes que hacer reposo, sabes que si haces sobreesfuerzo el dolor no te deja dormir por la noche.

—Lo sé, hija—dice abatida.

—Está bien, siéntate aquí, yo atiendo a la señora Toledo y después te acompaño a la habitación.

Doña Emilia se sienta en la silla, sus pies apenas rozan el suelo con la punta, así que como si fuese una niña, comienza a balancearlos con una sonrisa burlona mientras contempla a su hija. Me tengo que contener para que no se me contagie. Qué manera de quitarme el mal humor en cuestión de unos minutos.

—Atienda a su madre, Raquel, ya me ha dado las llaves y creo que sabré apañarme.

—Aclaremos una cosa—dice apartándome a un lado para que su madre no la oiga—si yo te tuteo, tutéame tú también, ¿de acuerdo?

—De acuerdo—sonrío nerviosa por el ligero cosquilleo que me ha provocado el roce de sus dedos.

—Bien, cuando entres en la cabaña encontrarás un teléfono en la entrada, y junto a él, verás una lista, allí tienes apuntado el número de recepción, y aunque ahora no haya nadie, esta tarde las llamadas están desviadas a mi móvil, así que para cualquier cosa que necesites utilízalo—dice de carrerilla—también tienes el de Alfredo por si necesitas desplazarte y no te apetece caminar, supongo que ya le has conocido.

—Sí, parece un buen hombre.

—Lo es—afirma—y, por último, tienes un menú y el teléfono del restaurante por si no te apetece cocinar, puedes pedir lo que quieras y Alfredo te lo llevará en cuanto esté hecho. Si te apetece más cenar aquí, tan solo tienes que venir, no hace falta reservar mesa. También hay un folleto con todos los servicios y horarios de las actividades que hacemos por la finca. Por cierto, Alfredo también se encarga de hacer la compra, todos los lunes debéis pasarle una lista con todo lo que os haga falta y él se encargará de ir a comprarlo. En las cabañas, de lo único que nos ocupamos de reponer cada semana, son refrescos, agua, cerveza y vino.

—Parece que lo tenéis todo muy controlado—comento sorprendida.

—Bueno, la idea es que vengáis aquí a relajarnos y no preocuparos por nada que no sea centraros en lo que habéis venido a hacer, intentamos facilitaros esa labor al máximo.

—Ya veo, pues es un placer, Raquel, si no os importa voy a ir dando un paseo hasta mi cabaña, aunque me iría bien saber dónde se encuentra.

—Joder, perdona—dice nerviosa mientras estira su cuerpo por encima del mostrador para coger un plano.

Al hacerlo su camiseta se ha subido ligeramente, dejando una porción de su cintura al descubierto y confirmándome lo que ya sospechaba, su piel no tiene ese color tostado por toda la arena que lleva encima, sino que su cuerpo está de un bronceado que hace que me muera de envidia. ¿Me pondré yo igual después de pasar dos meses aquí?

—Perdona de nuevo.

—No hace falta, Raquel...

—No, sí que hace falta—me interrumpe—tienes que disculparme, no es esta la forma en la que recibimos a nuestros huéspedes, pero es que hoy está siendo un día realmente caótico, te prometo que mañana no será así.

—Disculpas aceptadas—digo sonriente.

—Bien, esta es tu cabaña—dice mostrándome una pequeña foto en el plano que sostiene en las manos—como ves, el camino no tiene pérdida, además irás encontrando carteles de madera cada quinientos metros, es difícil que te pierdas, pero si hay cualquier cosa...

—Llamo a Alfredo.

—Exacto, o a mí. Hoy también puedes llamarme a mí—dice bajando la voz en las últimas palabras como si se estuviera arrepintiendo.

Entiendo que llamarla a ella no es algo que ofrezca a nadie, ¿por qué a mí sí? Lo cierto es que la respuesta no me importa, Raquel me despierta una curiosidad que no comprendo, tiene algo que resulta cautivador e inquietante al mismo tiempo.

—Ha sido un placer conocerla, doña Emilia, que pase una buena noche, y haga caso a su hija, debe cuidarse.

—Gracias, querida, buenas noches para ti también.

Me despido de Raquel con la mano y abandono el edificio. Aún faltan un par de horas para que anochezca, así que me lo tomo con calma y disfruto de un magnífico paseo hasta mi cabaña. Cuando llegue me daré una ducha y pediré que me acerquen algo para cenar.

Capítulo 3

Candela

No consigo recordar el tiempo que hacía que no me levantaba tan tarde, es casi mediodía, y si no fuese porque me dejé la ventana abierta para que corriese el aire y ahora el sol me está abrasando, creo que todavía estaría durmiendo. De nuevo pido que me traigan la comida y paso el resto de la tarde deshaciendo las maletas y disfrutando de una increíble puesta de sol mientras me bebo una cerveza en la terraza.

Un ruido de fondo me saca de mi trance. Madre mía, es el sonido de mi móvil, ni siquiera lo he sacado del bolso todavía, por no hablar de que no le envié ni tan solo un mensaje a Fermín para decirle que había llegado bien. ¿Qué clase de mujer soy? Bajo corriendo hasta la habitación y lo cojo, es Fermín.

—Joder, Candela, llevo media hora llamándote, ¿dónde estabas? —pregunta de malas maneras.

—En la terraza de este maravilloso estudio buscando la inspiración, ¿recuerdas? —escupo de forma intencionada—. Por cierto, yo también me alegro de que estés bien.

¿De verdad estas van a ser nuestras conversaciones a partir de ahora? Mientras él contesta separo el teléfono de mi oreja un segundo para comprobar que tengo dos llamadas perdidas tuyas, pero ambas son de hace apenas unos minutos, así que él tampoco se molestó en llamarme o preguntarme ayer. Cada vez tengo más claro que ha sido una gran idea venir aquí, quizá algún día deba darle las gracias a Fermín por esto.

—No quiero discutir, tengo mucho trabajo y además esta noche es la presentación de la nueva escritora, Ainhoa Raya—dice sin más—solo quería saber si el sitio te gusta.

Siento un nudo en la garganta y hago un esfuerzo sobrehumano para no ponerme a llorar con él al otro lado del teléfono todavía. Así que es eso, la presentación de Ainhoa, la había olvidado por completo. Unas palabras ante el micrófono para presentar a la nueva y después el alcohol recorrerá la sala más rápido que los camareros. Puedo imaginarme a Fermín, con los ojos entornados después de haber bebido más de la cuenta y persiguiendo a la nueva o a cualquiera que se ponga a tiro, y si yo no estoy ahí para frenarlo, lo más probable es que mañana se despierte en la cama de alguna trepa que intentará que Fermín lea alguno de sus manuscritos.

—El sitio es perfecto—consigo decir con una punzada atravesándome el pecho—disfruta de la fiesta, Fermín.

—Buenas noches, Candela.

Rompo a llorar en cuanto cuelgo, no dejo de tener la sensación de que lo único que quería era deshacerse de mí. El verano acaba de llegar y con él este tipo de celebraciones son mucho más frecuentes, cualquier excusa es motivo de una fiesta, si yo estuviese ahí estaría también invitada, y siempre he sabido por su comportamiento, que él preferiría ir solo.

Me meto en la cama para no salir hasta el día siguiente.

Capítulo 4

Raquel

—No necesito ninguna niñera, hija, yo puedo apañarme.

—Ya lo hemos hablado, mamá, no es una niñera, tan solo estará por si necesitas algo. Sabes que no me quedo tranquila si estás sola, y sin mi hermana aquí estoy hasta arriba de trabajo. Hazlo por mí—le suplico cogiendo sus manos—solo será hasta que Nuria vuelva.

—Está bien—refunfuña—pero como la pille espiándome, la despido.

—De acuerdo—sonríe—lo único que te pido es que la llames cada vez que quieras salir a la terraza, incluso si te entra hambre ella puede traértelo aquí y así no tienes que caminar.

—Deja de preocuparte, Raquel, haré reposo, te lo prometo. Y ahora vete a trabajar que esto no se mantiene solo—ordena con una sonrisa divertida.

Beso a mi madre en la cabeza y subo al despacho a por el bolso. Esta tarde tengo que entrevistar a dos candidatos para el puesto de recepción del turno de tarde, pero antes debo ir a la ciudad para hacer unos recados. Tengo el tiempo justo y eso es algo que no soporto, no me gusta hacer las cosas con prisas y corriendo, ahí es cuando se cometen los errores. Creo que hasta ahora no había sabido valorar el trabajo de mi hermana Nuria, esto, la casa y las reservas son cosas tuyas, y la verdad es que me resultan tareas tremendamente agobiantes y tediosas.

Salgo a la recepción con la vista clavada en el fondo de mi bolso mientras intento encontrar las llaves, es su aroma dulce y fresco el que me hace saber que Candela Toledo se encuentra en la misma estancia que yo. Mi respiración se agita de una forma que me asusta, desde que la conocí la otra tarde no consigo quitármela de la cabeza, es como si me hubiese hechizado con su sonrisa coqueta y esa dulzura que desprende por cada poro de su piel. Alzo la vista despacio, aprovechando que no me ha visto todavía para recorrer su cuerpo con la mirada sin ninguna prisa, hoy va mucho más sencilla y cómoda que el otro día, pantalón corto, sandalias, y una blusa sin mangas que hace que mi corazón palpite de una forma que debería estar prohibida.

Dios, ¿por qué me tiene que pasar esto ahora?

—Raquel—dice contenta de verme.

Es entonces cuando ya no puedo seguir fingiendo que no la he visto y la miro a la cara, su sonrisa vuelve a maravillarme y siento como mis mejillas arden. Hay algo diferente en ella esta mañana, tiene ojeras y la mirada triste, por algún motivo, pensar que pueda sentirse así me duele. Joder, que mala pinta tiene esto para mí.

—Buenos días, Candela—contesto disimulando perfectamente el torbellino de emociones que me provoca.

Nunca he sido enamoradiza, y mucho menos a primera vista, pero con ella no sé qué coño me pasa, veo famosas por aquí a diario y jamás me he sentido atraída por ninguna, y no porque sea política de empresa que no debe pasar nada entre empleados y huéspedes, simplemente porque como digo, me cuesta horrores enamorarme, solo lo hice una vez y no acabó nada bien. Desde entonces soy más del polvo rápido y de una noche, pero nunca con huéspedes, siempre con mujeres del pueblo. Candela no es precisamente una mujer despampanante, pero tiene algo que

me atrapa irremediablemente, si sigue así va a acabar encandilándome, *nunca mejor dicho*, y no me lo puedo permitir. Debo alejarme de ella.

—Parece que tienes prisa—comenta mientras el chico de recepción vuelve.

—Lo siento, señora Toledo, Alfredo ha salido a hacer unos recados y no volverá hasta más tarde, podemos hablar con el cocinero por si hay algo de lo que usted necesita aquí...

—No te preocupes, no me viene de unas horas, esperaré a Alfredo—le dice amablemente.

—¿Puedo preguntar qué ocurre? ¿Necesitas algo?

—No, tranquila, es que como llegué el lunes por la tarde ya no tuve tiempo de darle mi lista de la compra a Alfredo. Necesito algunas cosas y quería pedirle que me acercase al pueblo para comprar, pero como digo, no tengo prisa.

—Perdona, no caí en ese detalle, yo voy al pueblo ahora, tengo que hacer un par de recados, puedo dejarte en la tienda y recogerte cuando acabe.

Joder, ¿por qué he dicho eso? ¿Así es cómo pretendo alejarme de ella? Que me diga que no, que me diga que no...

—Pues si no te importa, me harías un favor.

Genial, lo estoy haciendo de maravilla.

Ya sentadas en el coche, nos ponemos en marcha y yo clavo la vista al frente evitando mirarla ni una sola vez. Ella parece perdida en sus pensamientos, y aunque me encantaría saber qué es lo que la preocupa como para estar así de triste, decido no preguntarle. No solo porque no soy una cotilla, sino porque si pretendo alejarla de mí, cuanto menos hablemos mejor.

—Es aquí, no hay muchas tiendas en el pueblo, pero en esta encontrarás de todo.

—Gracias, Raquel, te esperaré junto al buzón de correos en cuanto acabe.

—De acuerdo.

No puedo evitar seguirla con la mirada hasta que se pierde tras la puerta de la tienda. Me dirijo al banco, por suerte no hay mucha cola en el cajero y en menos de cinco minutos ya estoy en la gestoría firmando unos papeles que tenía pendientes. Apenas habrá pasado media hora, pero me siento impaciente por llegar a la tienda, de igual modo que no me gusta que me hagan esperar, saber que me esperan me pone nerviosa.

Tal y como habíamos quedado, Candela me espera junto al buzón. Sigue con esa expresión triste dibujada en su rostro, pero en cuanto me ve, noto como hace un esfuerzo por recomponerse y me dedica una sonrisa sincera.

—¿Lo tienes todo? —pregunto observando que apenas lleva un par de bolsas y ni siquiera están llenas—podemos ir a otro sitio si te hace falta algo.

—No es necesario, la verdad es que no me gusta nada cocinar—confiesa entornando los ojos de una forma jodidamente seductora—tan solo quería comprar algo para desayunar por las mañanas y un poco de picoteo para la tarde, está bien que haya cervezas y refrescos en la nevera —sonríe.

—Intentamos que eso no falte nunca, sobre todo en verano, ya has visto el calor que hace y todavía no ha llegado lo peor—comento soplándome un mechón de pelo de la cara.

—Sí, he podido comprobarlo, tengo que dormir con la ventana abierta. Oye, ¿te importaría acercarme a una farmacia antes de volver? He buscado cerca de la tienda, pero no he visto ninguna, y tampoco quería alejarme por si volvías, no quiero molestar, pero...

—No es molestia, ¿te encuentras mal? Lo cierto es que no tienes muy buena cara hoy, quiero decir, que el otro día cuando viniste estabas mucho mejor.

Tengo la suerte de que la deslumbrante sonrisa de Candela interrumpa mi verborrea justo a tiempo de que siga añadiendo gilipolleces.

—Es solo dolor de cabeza, olvidé traer las pastillas, es solo eso.

Por algún motivo, sé que me miente, pero apenas la conozco como para meterme en su vida. Cuando volvemos la llevo hasta la puerta de su cabaña.

—Gracias por todo, Raquel, me has hecho un gran favor.

—No has de darme las gracias, Candela, que no tuvieras acceso a la compra ha sido culpa mía, desde que has llegado no he dejado de meter la pata contigo y lo siento, no es así como atendemos a nuestros huéspedes.

—Raquel, ¿puedo pedirte un favor? —pregunta mientras baja del coche.

—Sí, claro.

—Deja de pedirme perdón de una vez, desde que he llegado me habéis tratado con una amabilidad exquisita, tanto tu madre como todo el personal, y por supuesto, tú, así que deja de disculparte de una vez o tendré que pedir el libro de reclamaciones—bromea con un guiño de ojo que hace que mi piel se erice.

—Está bien—sonrío notando el calor en mis mejillas—que pases un buen día.

—Igualmente.

Vuelvo a casa para darme una ducha antes de comer y prepararme para las entrevistas, pero antes de ir al baño, me detengo en la estantería del comedor y cojo uno de los libros de Candela Toledo. Sí, lo confieso, yo también soy una de esos de cientos de miles de personas que los ha leído y espera con ansia la tercera entrega. Soy más de novelas de misterio que de novela romántica, pero una amiga me recomendó su lectura y el personaje de Eli me atrapó, una chica fuerte y decidida, pero que a su vez siente una tristeza y una soledad arrolladoras, justo como me siento yo últimamente.

Candela tiene el don de transmitir todas las emociones de sus personajes, hace que sientas de la misma manera que lo hacen ellos, y creo que, por eso, aunque sea un personaje lleno de tristeza, ha conseguido que todo el mundo se haya enamorado de ella. Me pregunto como lo hace para transmitir todo eso a través de las palabras, hasta que leí su primer libro, yo era incapaz de describir cómo me sentía.

Tras varios segundos contemplando embobada su fotografía, me centro en la palabra más relevante de toda su biografía: *casada*.

—Que no se te olvide, Raquel—me digo a mí misma.

Capítulo 5

Candela

Llevo casi tres días sin salir de la cabaña, gracias a la compra que hice cuando Raquel tuvo el detalle de acercarme a la tienda, tengo todo lo que necesito aquí. Raquel, ese nombre no deja de rondar por mi cabeza desde esa mañana cuando la vi aparecer en la recepción, parecía otra, recién duchada y sin una pizca de tierra ensuciando su cuerpo. Aunque sé reconocer sin envidia la belleza de otra mujer y he estado con unas cuantas, ninguna antes ha despertado nada en mí de la forma en la que ella lo hace, ni desde luego este intenso hormigueo que crece en mi interior revolucionando mi cuerpo cada vez que pienso en ella.

¿Por qué me pasa esto? No dejo de culpar a Fermín, si él fuese más atento y cariñoso conmigo, tal vez no me estaría empezando a sentir atraída por otra persona, porque debe ser eso, ¿no? Simple atracción, me ha prestado un poco de atención, y yo como una boba me siento como flotando en una nube cada vez que me mira con ese aire desenfadado y enigmático.

Espero que esto se me pase pronto y solo sea fruto de la confusión, me siento tan sola y vacía por dentro, que creo que, si ahora mismo una cabra me guiñase un ojo, también me enamoraría de ella. ¿Enamorada? Ay, Dios, me falta el aire cuando pienso en esa posibilidad. No puede ser.

Decido salir a caminar para que me dé un poco el aire y con suerte despejar mi mente. Al hacerlo me siento tan bien que sin darme cuenta he llegado a la zona principal, aunque debo haberlo hecho por otro camino, porque acabo de descubrir la pista de pádel y la piscina que solo había visto en el folleto y las imágenes de la página web.

Hasta ahora no había visto a nadie más por aquí, pero en la pista hay un par de hombres jugando un partido individual, uno de ellos no ha dudado en levantar la mano para saludarme cuando he pasado, pese a que con ello la pelota ha botado dos veces en su lado de la pista haciéndole perder el punto. En la piscina hay más gente, tres personas en el agua y un par de mujeres con enormes gafas de sol tumbadas mientras su piel se tuesta.

Fermín me dijo que esto estaba lleno de gente famosa, pero no logro reconocer a nadie, ni siquiera me suenan, supongo que serán gente como yo, personajes populares solo entre sus seguidores.

El paseo me ha despertado un apetito voraz, así que, ya que estoy aquí, decido acercarme a la terraza del restaurante y pedirme un bocadillo y un refresco para recuperar energía antes del camino de vuelta. No hay nadie en la terraza y eso hace que me distraiga mirándolo todo a mi alrededor, hasta que veo a doña Emilia acercarse y sentarse en la mesa de al lado.

—Buenas tardes—me saluda con una amplia sonrisa.

¿Me recordará? Espero que sí.

—Buenas tardes, doña Emilia, ¿qué tal se encuentra hoy?

—Oh, muy bien, perdona, ¿puedes recordarme tu nombre? A veces me cuesta recordar algunas cosas, lo siento.

—No se disculpe, incluso a mí a veces me cuesta recordar mi nombre—bromeo arrancándole una sonora carcajada—me llamo Candela.

—Ah, sí, cierto, que nombre tan bonito.

El camarero aparece con mi pedido y deja también un vaso de zumo de naranja delante de doña Emilia.

—¿Tú también estás soltera? —pregunta en cuanto el camarero desaparece.

—¿Disculpe? —pregunto aturdida.

—Oh, no quiero ser una entrometida, perdona, es que como has venido sola he pensado que quizá tú también estabas soltera, pero acabo de ver el anillo de casada en tu dedo—sonríe traviesa.

Sin ser consciente, giro mi silla hacia ella, ¿por qué me resulta tan agradable la compañía de esta mujer?

—¿A qué se refiere cuando dice si yo también estoy soltera? ¿Es por su hija? —pregunto con sumo interés.

—Ay, esta niña mía...—se lamenta—¿Sabes, Candela? He tenido una buena vida, mi marido era un buen hombre, y aunque tuvimos nuestras dificultades como todo el mundo, salimos para adelante. Tuvimos dos hijas maravillosas y logramos levantar todo esto con mucho esfuerzo para asegurarnos de que el día que nosotros no estuviéramos, ellas tuvieran un futuro o algo a lo que acogerse. ¿Y sabes con la única pena que me iré a la tumba? —pregunta conmoviéndome por dentro.

—¿Cuál?

—Mi Raquel, no quiero irme de este mundo sabiendo que ella está sola.

Algo me oprime el pecho y me corta la respiración, Raquel, escuchar su nombre, aunque sea a través de los labios de su madre, hace que mis latidos se disparen de forma descontrolada.

—Su hermana se casó con apenas veinte años—sigue contando—con Alfredo, creo que le conoces.

—¿El señor del todoterreno?

—Sí—sonríe ella—llevan juntos desde el instituto, pero Raquel, a esta hija mía no hay manera de casarla, ¿sabes que jamás le he conocido un novio? Siempre sola, no sabes la pena que es para una madre ver que la vida se me escapa y que mi niña es incapaz de permitir que nadie se le acerque. ¿Tú tienes hijos?

—No—sentencio rotunda.

—Pues deberías, es lo más bonito que puede hacer una mujer en esta vida y si esperas mucho tiempo se te pasará el arroz—ríe divertida.

—¿Tan mayor le parezco? —pregunto preocupada.

—Ay, no, por favor, para nada, ¿qué edad tienes? ¿Cuarenta como mi hija? Parecéis de la misma edad.

—Pues sí, tengo cuarenta.

—No eres mayor, pero si quieres disfrutar de tus hijos deberías ir pensando en ello.

Pues no es que esté yo muy por la labor para un tema así.

—Mamá, por favor, ¿también molestas a los huéspedes con el tema de los hijos? Perdona, Candela, no sé qué obsesión tiene con ese tema—me sorprende Raquel apareciendo por detrás.

El corazón me da un vuelco y de repente comienzo a sentir un calor que se me hace insoportable.

—No es obsesión, es preocupación, hija, ya que te niegas a estar con nadie podrías tener un hijo con la cosa esa artificial, así no estarías sola.

—Mamá, deja ese tema ya, por favor—dice molesta.

Yo apenas las escucho de fondo, desde que Raquel ha aparecido siento una creciente

excitación que no puedo controlar y que no debería estar ahí, ¿cómo es posible que me pase esto a estas alturas?

—Venga, vamos dentro, Candela tendrá cosas que hacer. Siento si te ha molestado—dice con un tono más bajo para que su madre no la oiga.

Tras eso ambas caminan hacia el interior mientras yo las observo atontada. Cuando ya me siento más calmada, entro y pago mi consumición, pero al salir mi corazón se desboca de nuevo, porque Raquel, con su melena suelta y una camisa blanca que resalta su color tostado, está en la puerta.

—Disculpa a mí madre, no sé qué obsesión tiene con el tema de los críos.

—Raquel—le susurro pegándome a ella en un arranque de valentía que me sorprende—deja de pedirme perdón de una vez o la próxima vez te haré pagar una tasa.

Mis labios han estado a punto de rozar ligeramente su oreja y un suspiro ahogado acaba de escapar de su garganta, ¿son alucinaciones mías? ¿o ella también siente cosas extrañas cuando me tiene cerca? De inmediato me separo de ella abochornada por lo que acabo de hacer, Raquel tiene la mirada clavada en el suelo y respira de forma acelerada.

—De acuerdo—consigue decir con un suspiro.

Dios, ¿qué hago? ¿Cómo normalizo esta situación ahora para que la próxima vez que nos encontremos no nos resulte incómodo a ninguna?

—No te molestes con tu madre, solo se preocupa por ti porque no quiere que estés sola. Creo que eso viene en el manual de toda madre—digo tratando de que todo vuelva a la normalidad.

—No necesito que nadie se preocupe por mí—suelta de pronto con la mirada perdida.

No sé qué contestar a eso, está claro que está nerviosa, probablemente por mí culpa, la situación es tan tensa ahora mismo que mataría porque uno de esos agujeros negros se abriera bajo mis pies y me engullera. Pero no hace falta, porque sin decir una sola palabra o dedicarme una mirada, Raquel se ha dado la vuelta y se ha marchado corriendo por un estrecho camino que hay justo enfrente de este edificio. ¿Debería seguirla? Tal vez, pero si no quiero empeorar la situación lo mejor será que me marche, además, hay un cartel en letras mayúsculas y rojas que dice: “ACCESO PROHIBIDO”.

Capítulo 6

Raquel

—¡Tía Raquel! —oigo a lo lejos.

Me giro y veo a mi sobrino Adrián bajando del coche. Por fin una alegría, sonrío al verle, es increíble lo guapo que está. No me muevo del sitio y le observo ayudar a mi hermana Nuria a sacar las maletas del coche, después Alfredo se marcha porque tiene que ir a recoger a un nuevo huésped.

Como Adri la ayuda y veo que no me necesitan, simplemente me quedo de pie esperándoles. Nuria me dedica una sonrisa muy amplia y ambos caminan hacia la entrada con alegría mientras yo les observo orgullosa de que sean mi familia.

—Hola, hermanita—me abraza mi hermana—como te he echado de menos—murmura con ternura.

—Y yo a vosotros, ¿cómo está Nerea? ¿Y el bebé?

—De maravilla, tendrías que verlas, Raquel, la niña es preciosa, está claro que ha salido a mí —bromea.

—Sí, venga, que corra el aire—interviene Adrián apartando a su madre para estrujarme entre sus enormes brazos.

—Madre mía, Adri, no hace ni dos semanas que te vi la última vez y juraría que has crecido un palmo—digo asombrada después de darle un sonoro beso en la mejilla.

—Porque lo ha hecho—se queja mi hermana—si sigue así me arruinará con la ropa, ya puedes buscarte un trabajo—le señala con el ceño fruncido.

Adri sonríe travieso y después desaparece por detrás del mostrador.

—¡Abuela hemos vuelto! —grita a pleno pulmón.

—Dios, cuando sonrío así me recuerda a mamá—me río.

—Ya, pues menuda gracia que haya heredado ese lado travieso de ella—se queja de nuevo mientras entramos—por cierto, ¿cómo está?

—De la cadera mucho mejor, pero me preocupa su memoria. Cada vez se despista más a menudo, en estas dos semanas que habéis estado fuera he tenido que contratar a una mujer porque me da miedo que se pierda cuando yo no estoy y se haga daño.

—Joder, Raquel, ¿por qué no me dijiste nada? Podría haber vuelto antes...

—Venga ya, Nuri, una no se convierte en abuela todos los días, Nerea te necesitaba. Por cierto, ¿cómo te sientes abuelita? —bromeo con malicia.

Un empujón es lo que recibo por respuesta.

Minutos después cruzo la puerta que hay detrás del mostrador de recepción, es la que lleva a la casa de mis padres, que siempre ha estado en este edificio. Nuri y Alfredo se trasladaron aquí cuando murió mi padre, así mi hermana puede estar más pendiente de mi madre. También podría haberlo hecho yo, pero me gusta demasiado mi casa y mantener mi privacidad, a veces me siento egoísta por ello, pero cada uno es como es, y Nuri siempre ha tenido esa necesidad de cuidar a los demás. Sé que con ella está mucho mejor que conmigo.

Les observo desde el quicio de la puerta, mi hermana y mi sobrino le muestran fotos a mi madre de la que es su primera bisnieta. Creo que es la primera vez que sonrío en toda la semana, me siento fatal por cómo me comporté con Candela el otro día, fue una situación absurda, simplemente quiso quitarle hierro a un asunto que solo tenía la importancia que yo había decidido darle, sé que se la di para disimular lo nerviosa que me puse cuando se acercó y me susurró con aquella seguridad. Todavía se me eriza el vello al recordar cómo me excitó su cercanía, como con tan solo una frase consiguió que me humedeciera y deseara arrancarle la ropa allí mismo.

Me comporté como una cría asustada, pero realmente lo estaba, y lo estoy, me gusta tanto lo que Candela me hace sentir cuando la tengo cerca, que simplemente tengo pánico.

Decido acercarme a mi familia para ver si consigo borrar la imagen de Candela de mi cabeza, pero antes de que llegue a ellos mi teléfono suena.

—¿Sí?

—Señorita Campos, soy Ángel, de recepción, acaban de llamar de la cabaña cinco, parece que sale agua por debajo del fregadero.

—Joder...—murmuro para mí con el corazón latiendo a mil por hora.

—¿Cómo ha dicho? —pregunta el chico desconcertado.

—Nada, Ángel, perdona, hablaba conmigo misma, ¿la cabaña cinco has dicho?

—Sí, es de la señora...—dice estirando las palabras mientras busca el nombre.

—Tranquilo, sé de quién es, ahora mismo me ocupo, gracias por avisarme.

El apellido que no encontraba Ángel era Toledo, la cabaña cinco es la de Candela. Joder. Si Alfredo no estuviese ocupado sin duda le enviaría a él, pero parece que el destino quiere ponerme muy difícil eso de intentar evitar a la escritora.

—Familia, salgo un momento, parece que hay una pequeña fuga de agua en la cabaña cinco, voy a ver si puedo resolverlo o si hay que avisar al fontanero.

—Está bien—dice mi hermana—iré preparando la comida mientras tanto, ¿cuento contigo eh?

—Sí.

—¿Puedo ir contigo, tía Raquel? —pregunta mi sobrino.

Lo miro extrañada, es la primera vez que se ofrece para colaborar en algo y me sorprende, pero mi hermana me aclara la duda.

—Después te pedirá dinero.

—No es verdad—se queja Adri torciendo el gesto.

Me arranca una sonrisa, está en esa edad en la que se estudia, pero también en la que se sale con los amigos y probablemente amigas, normal que quiera dinero. Acepto encantada que venga conmigo, puede ser un cortafuegos perfecto entre Candela y yo porque no quiero quedarme a solas con ella.

Llegamos en apenas cinco minutos y por mucho que lo intento no consigo evitar ponerme nerviosa. Tengo el pulso disparado y se me acaba de secar la garganta.

—¿Estás bien? —pregunta Adri alzando una ceja.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—No sé, desde que hemos subido al coche estás rara—dice sin más. Después su móvil emite un pitido y se limita a leer un mensaje con una sonrisa tonta en los labios. Cuando llegue el momento debo averiguar quién hace que se le ponga esa cara de bobo.

Pasamos la verja de la entrada y llamo a la puerta con los nudillos. Candela abre y pone cara de sorpresa. Supongo que no es a mí a quien esperaba, pero tras eso una sonrisa alegre se dibuja

en sus labios y me doy cuenta de que estoy perdida con esta mujer, mi fuerza de voluntad a su lado es cada vez más escasa.

—Hola,—saluda con gesto interrogante.

—Hola,...

Diría que he hablado, pero no es cierto, más bien he exhalado, Candela hace que hasta me cueste respirar, joder.

—Venimos a arreglar el grifo—interviene Adrián.

Le agradeceré este gesto el resto de mi vida, estoy tan nerviosa que si él no llega a intervenir me hubiese quedado aquí en la puerta babeando ante Candela como una adolescente.

—Oh—murmura ella sorprendida—claro, pasad, por favor.

—Me llamo Adrián, señora, puede usted pedirme lo que le haga falta en cualquier momento —dice de pronto mientras coge la mano de Candela en un gesto galán y la besa.

Tengo que hacer un esfuerzo titánico para que no se me escape la risa, Candela le mira completamente atónita, hasta que sonrío y me mira divertida.

—Lo siento, son casi dieciocho años de hormonas descontroladas—me disculpo—es mi sobrino.

—Vaya, pues tienes un sobrino muy guapo.

—Gracias—respondo orgullosa.

—Pasad.

Candela se hace a un lado para permitirnos entrar, en primer lugar, lo hace Adri inflado como un pavo por el piropo que acaba de recibir de forma indirecta, después lo hago yo, y al pasar por su lado oigo un susurro que me corta la respiración.

—Está claro que se parece a su tía.

¿Qué tengo que entender con eso? ¿Cree que soy guapa? ¿Es un simple comentario inocente o tiene alguna intencionalidad? Y una mierda inocente, Candela se ha asegurado de que solo yo lo haya escuchado, ¿cuáles son sus intenciones? Ni idea, reconozco que consigo desconcertarme por completo. Cojo aire lentamente y me concentro en seguir a mi sobrino hasta la cocina como si no la hubiese escuchado.

—Déjame ver—le pido apartándolo a un lado.

Abro las puertas del armario que hay bajo el fregadero y veo un goteo constante caer del grifo de entrada de agua sobre un recipiente que Candela ha puesto para evitar que el agua se derrame por todas partes. Parece que la fuga está en uno de los empalmes que hay antes del grifo, pero necesito cortar el agua general para poder desmontarlo y poner teflón en la rosca.

—Creo que puedo arreglarlo. Adri, ve a la entrada, junto a la puerta está la caja de suministro de agua, cierra la llave de paso, por favor.

—De acuerdo—dice pensativo.

—Adri, sabes lo que te digo, ¿verdad?

—Joder, tía Raquel, claro que lo sé.

—Habla bien—digo haciendo un gesto hacia Candela.

—Perdón—se disculpa.

—Venga, ve, y cuando vuelvas tráeme la caja de herramientas del coche, por favor.

Adri sale con la cabeza bien alta, como si estuviese orgulloso de sentirse útil. Yo solo espero que se dé prisa, estar a solas con Candela no es bueno para mí y tengo que pensar algo rápido para romper el hielo.

—¿Qué tal la cabeza? ¿Te sigue molestando? —pregunto a la vez que me giro para dirigirme a ella.

Dios, voy a morirme, Candela se ha sentado en una silla con las piernas cruzadas. No me había fijado en que va descalza, y el simple hecho de ver sus pies descalzos, seguidos de sus piernas desnudas hasta llegar a su pantalón por encima de la rodilla, y esa camiseta blanca algo grande, pero que por algún motivo me hace intuir que debajo no lleva sujetador, me está provocando un hormigueo constante en medio de las piernas que solo consigo aplacar cuando aparto la vista de ella.

—Estoy mejor, no suele dolerme a menudo, pero cuando lo hace es intenso y muy molesto.

—Ya, es una putada, a mí cuando me duele no consigo pensar en nada que no sea cortarme la cabeza—digo con sinceridad.

Candela sonríe y me mira con ternura. La verdad es que no consigo entender a esta mujer, creo que yo también genero cierto desconcierto en ella, porque unas veces parece muy segura de sí misma y otras se asusta al reconocer y darse cuenta de que sin duda, algo está pasando entre nosotras.

—Ya estoy aquí—anuncia Adri contento mientras deja la caja de herramientas en el suelo.

—¿Has cerrado la llave como te he dicho?

—Sí—sentencia rotundo.

—Perfecto.

Aparto todo lo que me molesta, incluido el recipiente de agua y meto parte de mi cuerpo dentro del armario para poder manipular bien el grifo.

—Dame la llave inglesa, por favor—le pido a Adri.

—Aquí tienes—oigo que contesta Candela.

Me giro de golpe y al hacerlo me doy en la cabeza con la parte inferior del fregadero.

—Joder—me quejo en voz baja—¿dónde está mi sobrino?

—Alguien le ha mandado un mensaje y ha salido fuera, creo que iba a hacer una llamada. ¿Te has hecho daño? —pregunta señalando mi cabeza.

—No, solo me he rozado.

Joder con Adri, la primera vez que viene y ya desaparece. Ahora Candela está a mi lado por si necesito algo más y eso me pone nerviosa. Tenerla tan cerca hace que mi temperatura suba. Espero poder arreglar esto rápido y salir de aquí cuanto antes.

Utilizo la llave inglesa para aflojar la tuerca y cuanto más desenrosco, más agua sale, pero siempre queda algo de agua en las tuberías, así que no me preocupo por ello. Y es un tremendo error, porque en cuanto doy una vuelta más a la rosca, la tubería se suelta y un chorro potente y descontrolado de agua me salta en la cara y comienza a bañarme.

—¡Joder! —grito enfadada mientras intento secarme los ojos con las manos.

El agua sale a borbotones sin que pueda detenerla, no sé qué coño ha hecho Adri, pero desde luego no ha sido cortar el agua. Intento por todos los medios volver a empalmarlo, pero me es imposible con tanta agua sin parar de salir.

—Dime que puedo hacer para ayudarte—se ofrece Candela nerviosa.

Cortar el agua, me gustaría decirle, pero creo que lo más rápido es que vaya yo que sé exactamente dónde está. No es que no confíe en ella, pero después de la chapuza de mi sobrino prefiero asegurarme, así que salgo de debajo completamente empapada y veo como me observa con una sonrisilla traviesa que hace que sienta unas ganas de besarla que me cuesta mucho controlar.

—Coge la tubería y tapónala con la mano todo lo que puedas o saldremos de aquí nadando, yo iré a cerrar la llave de paso—le ordeno con prisas.

—De acuerdo—accede sin rechistar pese a que sabe que acabará tan empapada como yo.

No me gusta pedir nada a mis huéspedes, y mucho menos que se metan debajo de un fregadero, pero si dejamos que el agua salga sin más mientras voy a cortarla, vamos a estar secando agua en la cocina hasta el mes que viene.

Corro lo más rápido que puedo hasta la entrada, abro la puerta de la caja de suministros y cierro el grifo que está claro que mi sobrino no ha tocado. Doy un profundo suspiro y vuelvo para la cabaña. De camino voy buscando a Adrián con la mirada, pero no le veo por ningún sitio y decido mientras tanto que le mataré cuando lo encuentre. Eso consigue calmarme un poco.

—Ya está, ya puedes soltarlo—le digo a Candela en cuanto entro en la cocina.

—¿Segura? —pregunta mientras observo lo bien que se le ajustan esos pantalones—por aquí todavía sale agua.

—Sí, pero es la que queda en la tubería, parará sola, no te preocupes—hablo como si fuese una experta, cuando lo único que he hecho ha sido ponerlo todo perdido.

Candela me hace caso, sale de debajo del fregadero y cuando se pone en pie mi mirada se enciende por el deseo, su camiseta blanca completamente empapada confirma mi sospecha de que no lleva sujetador. Puedo apreciar sus preciosos pechos a través de la tela, sus pezones oscuros, duros y pequeños me apuntan con descaro y las piernas comienzan a temblarme.

—Joder, estás empapada—susurro como si no fuese evidente, a la vez que intento apartar la mirada, pero no lo consigo, mis ojos no obedecen y por mucho que agacho la cabeza no puedo dejar de mirar con los labios entreabiertos.

Intrigada por mi nerviosismo, Candela baja la mirada hacia su pecho y enseguida descubre lo que ocurre. En un primer momento parece abochornada y se ruboriza, yo también estoy empapada, pero mi camiseta es negra, ¡y llevo sujetador! Pero el bochorno le dura poco, y pasa de estar en la fase de miedo, a estar en esa en la que se crece y se muestra segura, es lo peor que podría sucederme en este momento.

—¿Quieres que vaya a cambiarme? —pregunta acercándose peligrosamente.

Su tono es suave, no parece que quiera intimidarme, supongo que no quiere provocar la reacción que tuve el otro día y hacer que salga corriendo. Creo que me tantea porque no sabe cómo tratarme, ni siquiera yo sé cómo espero que lo haga.

—Sí—sentencio agitada.

—¿Segura? —pregunta colocando su mano en mi mentón para que alce la cabeza.

¿En qué momento la he bajado como si estuviese haciendo algo malo?

Cuando la miro mis ojos se inundan, noto una tremenda ansiedad crecer en mi interior, opresión en el pecho, pánico... Todo porque me muero de ganas de besarla y sé que, si lo hago, todo lo que siento hacia ella se multiplicará a niveles alarmantes y estaré perdida.

Odio las situaciones que no puedo controlar, y todo alrededor de Candela es así para mí, incontrolable e impredecible. No puedo con esto, cada vez tengo más claro que también me desea, pero no puedo hacer como parece que hace ella y olvidar que está casada, y que si alguien va a salir perdiendo con esto sin duda seré yo.

Mis lágrimas caen sobre su mano y me mira aterrada, y creo que es en ese momento cuando es realmente consciente de hasta dónde llega lo que ella provoca en mí, su aire seguro desaparece y su rostro se entenece, también sus ojos se encharcan.

—Raquel—susurra colocando sus manos en mi cara—no quiero que llores—dice con tristeza.

—Para esto, Candela, por favor—le suplico intentando contener el llanto—yo no puedo.

Candela traga saliva con esfuerzo y desvía la mirada un segundo mientras asiente con la cabeza, pero después comienza a negar.

—Yo tampoco puedo—susurra enfocándose de nuevo—lo intento, te juro que lo intento,

Raquel, pero cada vez que te veo algo se activa dentro mí y no soy capaz de controlarlo por mucho que me esfuerzo.

No puedo respirar, necesito que me bese o que se aparte, pero debe hacer algo o mi corazón explotará. No sé si puedo soportar más esta ansiedad que me provoca desearla y saber que me desea, saber que quiero pero que no debo. Candela ladea la cabeza ligeramente y comienza a acercar sus labios a los míos mientras mi corazón explota con cada nuevo latido, va a suceder, me va a besar y cuando eso pase volveré a sufrir.

—Candela, por favor—susurro cuando su nariz roza la mía.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y las piernas me flaquean, si me pasa esto por un simple roce, ¿qué pasara cuando sus labios por fin se posen sobre los míos?

—Tía Raquel, ya estoy aquí...—comenta Adri que aparece de la nada.

Candela y yo nos separamos como si nos hubiésemos electrocutado, ella se gira corriendo para evitar que mi sobrino vea sus pechos a través de la tela, solo le faltaba eso al salido este.

—Joder—exclama mirando el suelo encharcado con los ojos muy abiertos—¿qué ha pasado aquí?

—¿Qué ha pasado? —pregunto recobrando la cordura—pues ha pasado que no has cortado el agua y se ha inundado todo, eso ha pasado.

Su cara es de no entender nada y me siento mal por echarle la bronca, así que cojo aire para serenarme y lo suelto lentamente.

—Está bien, espérame fuera, por favor—le pido amablemente.

—Pero tía, puedo ayudarte a limpiar esto...

Y tiene razón, ya hemos armado bastante lío aquí, lo mejor será que comience a comportarme como una profesional y no como una enamorada incapaz de controlar sus emociones.

—Está bien—digo girándole hacia mí—Candela, puedes ir a cambiarte si quieres.

Ella observa de reojo, y al ver que ahora es Adri el que está de espaldas a ella, se gira y sale de la cocina.

—Limpia todo esto, anda, yo acabaré de arreglar la tubería y nos vamos.

Mi sobrino obedece y yo me meto bajo el fregadero de nuevo. Espero que Adri no haya visto nada, no me ha dado la impresión de que así haya sido y es imposible que sepa que he llorado porque estoy tan empapada que es fácil confundir mis lágrimas con el agua.

Cuando termino, Candela ya ha vuelto y ambos están acabando de recoger el agua.

—Esto ya está. Siento todo esto—digo señalando el suelo húmedo.

—No te preocupes, mujer, son cosas que pasan, y además ya lo has arreglado, así que todo está perfecto—sonríe con una mezcla de amabilidad y tristeza que me perfora el pecho.

—Está bien. Venga, Adri, coge la caja que nos vamos.

Candela me mira y asiente, por su mirada sé que le gustaría que hablásemos de lo que ha estado a punto de pasar hace apenas unos minutos, pero creo que lo mejor es zanjar el tema aquí, y como siempre, lo hago de la peor manera. Adrián también se disculpa con Candela y después se despide.

—Raquel—me detiene colocando una mano en mi vientre.

—Estás casada—susurro mirándola directamente a los ojos para dejarle claro mi enfado.

Su gesto se petrifica, y fuese lo que fuese lo que parecía que estaba a punto de decir, se queda trabado en su garganta. Me doy la vuelta sin más y sigo a mi sobrino. Ahora debo concentrarme para no llorar, y sobre todo para no girarme, porque sé que si lo hago la encontraré mirándome.

—¿Me puedes explicar qué grifo es el que supuestamente has cerrado? —le pregunto a mi sobrino para distraerme.

—Pues el que tú me has dicho, aquel—señala con decisión el grifo de la zona de riego. Perfecto.

No digo nada más y subimos al coche, ahora mismo me gustaría estar sola para poder gritar y que saliera la rabia que me recorre por dentro. Noto como Adri me mira de vez en cuando, y por un momento me siento tentada de usarle de paño de lágrimas porque a veces siento que me comprende, él y yo siempre hemos tenido una conexión especial.

—Está muy buena—suelta de pronto.

—¿Cómo dices?

—Pues eso, que está buena—dice encogiéndose de hombros.

Su tono está muy lejos de ser el de un adolescente que piensa en tirársela, es una simple afirmación que no sé muy bien a qué viene. Decido callar, si comenzamos a hablar de Candela, aunque solo sea para decir que es guapa, creo que acabaré llorando.

Dejo a mi sobrino en su casa y le doy veinte euros antes de que se baje del coche. Me devuelve una mirada de sorpresa porque sabe que no se los ha ganado, después me sonrío agradecido y eso bien merece ese billete azul.

Capítulo 7

Candela

Hace varios días que no sé nada de Raquel, desde lo que pasó en mi cocina está desaparecida. He hecho por verla en varias ocasiones, incluso localicé ese huerto en el que parece que se revuelca por las tardes, pero nada, está claro que me evita.

Los días aquí se me pasan volando, hasta he establecido algunas rutinas. Por las mañanas, después del desayuno salgo a pasear, he trazado una ruta circular que tardo dos horas en recorrer. Por el camino he descubierto dos cabañas más, en una de ellas hay un pintor cuyo apellido me es imposible pronunciar. Es alemán y tiene el triple de consonantes que de vocales. Parece un buen tipo, siempre le encuentro a un lado del camino frente a su cabaña, está pintando el acantilado y desde esa posición lo cierto es que la vista es espectacular.

Después de comer escribo durante casi toda la tarde, no es que aquí haya encontrado la inspiración, porque por suerte, por ahora nunca he llegado a perderla, pero sí que encuentro un tipo de paz que me permite escribir con una relajación absoluta, no hay nada que consiga distraerme, salvo Raquel. Ella es lo único que me quita el sueño y muchas veces el aliento, ni Fermín ni el trabajo, solo ella.

He pedido que me traigan la comida a casa como cada día. Acaba de sonar el timbre y sé a ciencia cierta que es Alfredo, siempre llama dos veces y mantiene pulsado el botón durante un par de segundos en ambas. Mis tripas rugen al oírle, estoy hambrienta.

—Buenas tardes, Alfredo—saludo contenta de verle.

—Hola, Candela, aquí tienes.

Sí, por fin he logrado que Alfredo también me tutee, aunque me ha costado lo mío.

—Umm, que bien huele—sonrío agradecida.

—Te encantará, nadie hace el estofado como mi mujer—comenta orgulloso—por cierto, ¿tienes la lista de la compra? En cuanto termine de repartir las comidas bajaré al pueblo.

Le indico a Alfredo que espere un segundo y corro hacia el interior de la cabaña para coger la lista.

—Aquí tienes. ¿Sobre qué hora vendrás? Para estar por aquí...

—No te preocupes por eso, tú haz lo que tengas que hacer y si cuando venga no estás, te dejaré las bolsas en la repisa de la ventana de la cocina.

—De acuerdo.

Alfredo se marcha y es entonces cuando se me ocurre un brillante plan. Si él se va esta tarde a comprar, quiere decir que si necesito cualquier otra cosa va a ser Raquel la que tenga que acudir. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

En cuanto termino de comer, me visto con unos vaqueros cortos y una camiseta y salgo a caminar haciendo el mismo recorrido que hago por las mañanas. Un poco más arriba de donde suelo encontrarme al pintor alemán, hay otro camino que no sé a dónde lleva, lo cual es perfecto para mi plan. Me adentro por él unos metros y me detengo para llamar a la recepción.

—Recepción—contesta Miguel, el chico que hay esta semana por la tarde.

—Hola, Miguel, soy Candela Toledo, estaba caminando y me he torcido el tobillo, no es grave, pero creo que es mejor que no siga, ¿podrías avisar a don Alfredo para que venga a recogerme, por favor?

—Don Alfredo no está, señora Toledo, ha salido a hacer la compra semanal, pero si me permite un segundo, la pongo en contacto con doña Raquel para que pueda ir a buscarla enseguida, no cuelgue, por favor.

—Está bien—sonrío con malicia.

Miguel me pone una musiquita de esas de fondo que tanto odio, aunque esta no está mal, parece el sonido del agua del mar. Todavía no me ha dado tiempo a pensar exactamente lo que voy a decir cuando Raquel contesta y un agradable hormigueo me pellizca el pecho.

—¿Candela?

—Hola, Raquel.

—Hola, ¿qué te ha pasado? ¿estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, no es nada, solo una torcedura, pero estoy algo lejos de la cabaña y prefiero no forzar el pie—miento—¿podrías recogerme?

Me siento mal, pero es por una buena causa, no creo que pueda soportar un día más sin ver a Raquel.

—Claro, dime dónde estás y voy a buscarte ahora mismo.

—Pues la verdad es que no lo tengo muy claro—vuelvo a mentir—me he desviado de mi ruta habitual y no sabría decirte.

—Pues mira a tu alrededor y dime que ves, necesito alguna referencia, este sitio es enorme, Candela.

Eso ya lo sé, y si he mentido es porque tengo un objetivo, conseguir su número de teléfono. Sigue siendo por la buena causa, no puedo estar esperando a que algún trabajador no se presente a su puesto y ella tenga que desviar las llamadas a su móvil para poder contactar con ella.

—No sabría decirte, Raquel, solo veo árboles y el camino, pero podría mandarte la ubicación exacta si me das tu número...

—Ya...

¿Ya? ¿Qué pasa, no me cree? No, claro que no. Raquel no es tonta, pero soy su huésped y para ella eso está por encima de todo, así que...

—Te envío un mensaje a este mismo número, ¿te parece? —propone haciendo que me sienta absurdamente orgullosa de mi malvado plan.

—Me parece perfecto—digo con media sonrisa.

Raquel cuelga, y tras unos segundos que se me hacen eternos, por fin me entra un mensaje de un número que no conozco, pero que pienso añadir a mi lista de contactos entre dos corazones.

Número desconocido: si querías mi número solo tenías que pedirlo.

Yo: no me lo hubieses dado. Reconócelo.

Número desconocido: cierto, bien jugado, envíame la ubicación, anda...

Se la envío a la vez que una amplia sonrisa se dibuja en mi cara. Una vez hecho, me siento en el suelo bajo la sombra de un árbol a esperar y mientras lo hago, un nudo se instala en la boca de mi estómago y comienzo a ponerme nerviosa, ni siquiera sé lo que voy a decirle.

Durante unos segundos pienso que tal vez ha sido una estupidez lo que he hecho, seguro que Raquel tiene cosas más importantes que hacer que perder el tiempo con las tonterías de una cuarentona que se muere por volver a verla. Pero todo eso desaparece de mi mente cuando veo

aparecer un todoterreno negro con Raquel al volante. La boca se me seca de golpe, mi pulso se dispara y mi corazón se encabrita tanto que incluso siento dolor cada vez que golpea mi pecho, no puedo creerme que sea tan fuerte lo que esta mujer me hace sentir.

Raquel aparca en medio del camino y se baja, lleva esa dichosa gorra que le da un aire juvenil y sexi y unas gafas de sol que ocultan su preciosa e inquietante mirada.

—A ver ese pie—dice sin quitarse las gafas y agachándose frente a mí.

He de reconocer que me duele que siga evitándome incluso ahora, esperaba que hubiese un poco de conversación, que pudiésemos hablar de lo que pasó el otro día como dos personas adultas, pero está claro que Raquel solo viene con la intención de recogerme y llevarme a la cabaña. Parece que ha decidido que tenerme lejos es lo mejor para ella.

—No es nada, solo me duele un poco—digo sin moverme.

—Déjame verlo—insiste.

Me quito la zapatilla de deporte y bajo mi calcetín por debajo del talón. Veo como las cejas de Raquel se alzan por encima de sus gafas mientras observa mi tobillo en perfecto estado y sin rastros de la típica inflamación tras una torcedura.

—Joder, Candela—se enfada poniéndose en pie.

—Me lo he torcido, poco, pero me lo he torcido—vuelvo a mentir como una bellaca mientras lo cubro y yo también me pongo en pie.

—Ya...—responde incrédula—venga, sube, te llevaré a tu cabaña.

—Raquel, por favor...

—Sube, Candela—ordena mientras rodea el vehículo y se sube—te doy tres segundos para que lo hagas o me marchó—amenaza.

Abro la puerta y me siento a su lado con la intención de hablar, pero antes de que habrá la boca Raquel enciende el motor y se pone en marcha, quiere deshacerse de mí cuanto antes y no puedo describir lo mucho que me duele percibir eso.

—Raquel, por favor, solo quiero hablar contigo, llevas días evitándome.

Ve su barbilla temblar y como sus manos se aferran con fuerza al volante hasta que sus nudillos se ponen blancos.

—No me hagas esto, Candela, te lo suplico—susurra con voz ahogada sin apartar la vista del camino.

Su respiración es agitada y se muerde los labios, sé que solo tiene ganas de llorar y yo también, pero no puedo permitir que se vaya sin aclarar las cosas. Que yo esté casada no me convierte en culpable de lo que está pasando.

—Solo quiero que aclaremos lo del otro día, que lo hablemos.

—No hay nada que hablar, Candela, ¡estás casada, joder! —grita mientras esquiva los baches del camino con maestría.

—¿Crees que no lo sé? —contesto con impotencia—para el coche, por favor, hablemos unos minutos, solo eso—insisto casi suplicando.

—No pienso parar, y no creo que necesitemos hablar de nada, Candela, lo que pasó el otro día no se repetirá, eso es lo único que importa—sentencia muy segura.

Ahora soy yo la que apenas puede respirar, sus palabras me duelen, me duelen mucho, y la frialdad con la que es capaz de pronunciarlas solo lo empeora.

—Eres una cobarde—la acuso.

—¿Yo soy una cobarde? —se enfada indignada—te recuerdo que eres tú la que está casada, imagino que no debe irte muy bien y por eso buscas consuelo fuera, no sé quién es más cobarde de las dos.

—Yo por lo menos no me escondo de mis sentimientos—contesto mientras un mar de lágrimas baña mi rostro.

Dicen que la verdad duele, pero duele mucho más cuando te acusan de algo que no es cierto, puede que mi matrimonio no funcione, que esté sentenciado, pero en ningún momento he buscado nada fuera de él, lo que me pasa con Raquel ha surgido así, ajeno a mi voluntad, no he podido controlarlo y está claro que ella tampoco.

Raquel por fin para el coche y me mira mientras lloro, sé que le duele verme así y me gustaría parar, pero no puedo, si lo mío con ella no puede ser, por lo menos que me deje llorarlo.

—Yo tampoco me escondo de mis sentimientos, Candela—susurra con angustia—pero no quiero sufrir, y si alguien tiene las de perder con todo esto soy yo.

—Eso no lo sabes—respondo entre hipidos.

—Ya...—suspira incrédula.

Una lágrima le cae por debajo de las gafas. Trago saliva y tomo aire para intentar calmarme.

—Quítatelas—le pido.

—No.

—Es de mala educación hablar con alguien sin mirarle a los ojos—digo intentando relajar la situación.

—También lo es mentirle—contesta mordaz.

—Cierto, pero necesitaba verte, y no me has dejado muchas opciones.

—Claro, ahora la culpa es mía—dice mientras otra lágrima se le escapa.

Me acerco, y aunque ella se cubre con el brazo e intenta que me aparte, finalmente logro sujetar su barbilla temblorosa con una mano y quitarle las gafas con la otra. Sus ojos están tan inundados como los míos, pero no deja de mirarme y me pierdo en ellos, en su mirada triste, pero a la vez anhelante.

—Voy a besarte, Raquel.

—No—suplica, pero sus ojos no dicen lo mismo.

—Sí—susurro sin dejar de mirarla.

Coloco la mano en su cuello y lentamente la atraigo hacia mí. Raquel no opone resistencia, solo me mira muerta de deseo y con labios temblorosos, justo como me siento yo. Poso mis labios sobre los suyos en un beso tierno y cálido y un ahogado suspiro se escapa de la garganta de ambas. Creo que voy a desmayarme, jamás había sentido nada igual al besar a nadie.

Me retiro un instante, solo lo suficiente para acariciar su rostro con suavidad y volver a mirarla para constatar que tiene tantas ganas de seguir como yo, pero un bicho con un sonido que me pone los pelos de punta pasa entre nuestras caras y los ojos se me abren tanto que por poco se me salen de las cuencas.

Nos apartamos bruscamente por el susto y seguimos al bichito con la mirada alerta, hasta que descubrimos que es una avispa, ¡hay una avispa dentro del vehículo!

—¡Es una avispa! —grito como si Raquel no supiese lo que son.

—Bájate del coche sin hacer movimientos bruscos o nos picará—me pide ella con una calma asombrosa.

¿Qué le pasa? ¿Es que no le da miedo el jodido bicho infernal?

Supongo que, viviendo aquí, no debe ser la primera vez que se enfrenta a una situación como esta y sabe cuál es la mejor manera de proceder, pero no consigo hacerle caso, tengo pánico a las avispas, no las soporto.

En cuanto veo que comienza a volar cerca de mi cara doy un grito aterrador, abro la puerta con una mano y prácticamente salto del coche mientras que con la otra hago aspavientos para

evitar que se me acerque. Me alejo del coche y observo a mi alrededor para asegurarme de que no la tengo cerca, entonces veo a Raquel, también ha bajado y mira con ojos entornados en el interior del coche.

—¡Apártate, Raquel! —le pido angustiada.

—Tengo que asegurarme de que sale.

Parece que la tiene localizada, veo como la va siguiendo con la mirada, pero con precaución de no acercarse. De pronto Raquel mete parte del cuerpo en el interior, sube ambas ventanillas desde su puerta y después la cierra y bordea el coche para cerrar la mía.

—Ya ha salido—dice dedicándome una mirada divertida.

—Me dan miedo, ¿vale? —me defiende avergonzada.

—¿En serio? No me había dado cuenta—suelta sarcástica.

Raquel se ríe y la miro atontada, ojalá lo hiciera más a menudo, me produce una ternura infinita verla así.

—¿Estás bien? ¿Te ha picado? —pregunta preocupada.

—No, y es raro, porque normalmente cuando te mueves, atacan.

—Y que lo digas—murmura alzando una ceja.

—¿Tú estás bien?

—Sí, pero vas a tener que conducir tú, porque me ha picado y soy alérgica—dice alzando su brazo derecho con cara de fastidio.

No puedo creer lo que veo, tiene dos picaduras, una en la parte superior de la mano y otra por encima de la muñeca, está tan inflamado que es como si de pronto tuviera dos pelotas de golf bajo la piel.

—¡Dios mío, Raquel! —exclamo muerta de preocupación—¿Qué tipo de alergia tienes? ¿Te vas a ahogar?

Siento un nudo en el pecho y no puedo evitar sentirme culpable, si yo no me hubiese comportado como una niña asustada y hubiese mantenido la calma, seguro que ambas hubiésemos bajado del coche sin problema, pero le ha picado a ella y parece que las bolas crecen por segundos, tiene el brazo completamente deformado.

—No voy a ahogarme—sonríe con dolor—pero se me está durmiendo el brazo, siento como si tuviera hormigas por dentro. Y me duele un montón—añade con una mueca.

—Vale, vale—digo nerviosa—te llevo al hospital, si ese brazo sigue creciendo creo que acabará reventando.

—No has de llevarme al hospital, solo a casa de mi madre, en la nevera tengo inyectables de cortisona, mi hermana me lo pondrá y problema solucionado. ¿Sabes conducir?

—Sí, claro, aunque no me gusta demasiado y nunca he llevado un trasto de estos.

Raquel me mira con gesto preocupado. La ayudo a subir, cierro su puerta porque su mano apenas cabe por el tirador y me monto a su lado. Cuando arranco e intento poner la primera marcha el coche se me cala. Perfecto.

Raquel me observa sin decir nada, estoy muy nerviosa y este coche no tiene nada que ver con el mío, que es automático y pequeño. Sentada en este trasto me siento como si estuviera al volante de un autobús. Consigo ponerlo en marcha a trompicones, tiene demasiada fuerza y cada vez que piso el acelerador, freno en seco porque pienso que vamos a salir disparadas.

—Creo que será mejor que llamemos a Alfredo, seguro que ya ha llegado—dice con cara de susto.

—Puedo hacerlo, solo tengo que cogerle el truco a este trasto—aseguro mientras aguanto el volante con esfuerzo y rasco la marcha al ponerla.

—Dios, conduces fatal—se ríe Raquel.

—Me alegra divertirme, pero yo no tengo la culpa de que te hayas comprado un tanque—me quejo.

Me sigue mirando divertida y yo le devuelvo miradas de reojo, no quiero apartar mucho la vista del camino porque me da miedo perder el control, pero también quiero tenerla controlada a ella porque me aterra que le entre un ataque o se desmaye a causa de la infección.

—Gira a la izquierda, y en cuanto veas el primer cartel vuelve a girar a la izquierda—me indica con calma.

—De acuerdo, tu aguanta, ¿vale?

Dios, que largo se me está haciendo el camino.

—No va a pasarme nada, Candela, relájate—dice sin contener una risilla.

—Ojalá pudiese.

Por fin veo el dichoso edificio de recepción, nunca me había alegrado tanto de ver nada. Aparco y salto del coche con prisa, abro la puerta de Raquel y en cuanto baja tiro de ella hacia el interior mientras Miguel nos mira con cara de asombro.

—¿Cómo se llama tu hermana?

—Nuria—responde extrañada.

—¡Nuria! —grito como una loca.

—¿Qué haces? —pregunta sin poder contener la risa.

—Buscar a tu hermana para que te cure. ¿No es evidente?

—Mucho, sígueme, anda—me invita cabeceando como si yo estuviese chiflada.

Tal vez un poco sí que lo esté, si no hubiese urdido este plan maquiavélico digno de una auténtica bruja, ahora mismo no estaríamos en esta situación.

Raquel abre la puerta que hay tras el mostrador y ambas pasamos al otro lado. Es un pasillo y al fondo puedo ver una enorme cristalera y a doña Emilia sentada en un sillón adormilada por el sol. Por una de las puertas de la izquierda aparece Nuria con gesto preocupado.

—¿Qué pasa? —pregunta desconcertada.

—Le ha picado una avispa y tiene alergia—digo de carrerilla.

—¿Otra vez, Raquel? —pregunta acercándose.

Raquel simplemente se encoge de hombros. ¿Es que no le preocupa? Su hermana observa el brazo con horror y no me extraña, ni siquiera se me ocurre algo con lo que poder compararlo, pero quizá lo más parecido sería una patata deformada. Nuria coge a Raquel de la otra mano y tira de ella, yo las sigo consumida por un calor insoportable y entramos en la cocina.

—Desabróchate el pantalón—ordena mientras busca algo en la nevera.

—No puedo—dice Raquel levantando esa cosa que le cuelga por debajo del codo.

—Ven—digo sin pensarlo.

Me planto frente a Raquel y la miro a los ojos mientras mis dedos temblorosos se pelean con el botón y la cremallera de sus pantalones.

—No sabes cuánto me gustaría quitártelo todo—susurro muerta de deseo mientras miro sus labios.

Raquel va a decir algo, pero las palabras se quedan en su garganta y en lugar de eso, su lengua se desliza con suavidad entre sus labios para humedecerlos. ¡Qué cabrona! Siento que voy a desfallecer, si su hermana no estuviera aquí, ahora mismo la empujaría contra la pared y agarraría su culo con fuerza para pegarla a mí mientras la beso. Cierro los ojos y cojo aire.

—Esto ya está listo—dice su hermana con una jeringa en la mano.

Raquel hace un gesto como si acabara de volver a la realidad y se gira dándome la espalda.

—Bájalo un poco—me pide su hermana.
—¿Qué? —respondo atontada.
—El pantalón, tengo que pincharle en el culo.
—Ah, sí, claro—respondo tontamente.

Introduzco un par de dedos por debajo de sus braguitas y tiro ligeramente hacia abajo dejando un trozo de su trasero al aire, y antes de que pueda apreciarlo bien, su hermana clava la aguja como el que pincha una oliva y hasta yo aprieto los cachetes del culo de la impresión que me produce. Raquel da un respingo y yo me aparto de golpe como si temiera que la siguiente me la clavase a mí. Qué poca delicadeza, por favor.

—Joder, Nuri—se queja Raquel con razón—cada vez eres más bruta.
—No seas nenaza, y a ver si tienes más cuidado, Raquel, cualquier día nos darás un susto de verdad.

Raquel se sienta y Nuria comienza a extenderle una pomada blanquecina por las picaduras.

—Es para bajar la inflamación—me explica al ver que miro extrañada.

—¿Otra vez, hija? —pregunta una voz anciana a mis espaldas.

Cuando me giro veo a doña Emilia junto a la puerta.

—Sí, mamá, otra vez—suspira con resignación—pero no es nada, Nuria ya me ha pinchado, así que tranquila, ¿de acuerdo?

Doña Emilia asiente con la cabeza y centra su mirada en mí. Durante unos instantes siento que me examina y que busca en su cerebro esa información que le permita saber quién soy.

—Hola, Candela—dice de pronto contenta de verme.

Me sorprende que me haya reconocido, pero todavía me sorprende más que esta vez haya recordado mi nombre.

—Hola, doña Emilia, ¿qué tal se encuentra hoy?

—Muy bien, hija, con los achaques de la edad, ya sabes...

—No diga eso, está usted hecha una moza.

Doña Emilia sonrío traviesa, ¿es que acaso tiene un novio esta mujer? Todas nos contagiamos de su increíble sonrisa, y mientras ella se sienta al lado de Raquel, su sobrino Adrián entra por la puerta.

—Joder, tía Raquel—dice con asco—pareces un monstruo con el brazo de plastilina.

—Muy gracioso—se queja ella mientras él se agacha y le besa la mejilla.

—Hola, señora Toledo—me saluda el chico.

—Hola, Adrián.

Creo que ha llegado el momento de irme, me gustaría poder seguir hablando con Raquel, incluso cuidar de ella, pero entiendo que es aquí donde debe estar ahora, dejando que su familia la cuide porque por mi culpa le ha picado una avispa. Justo cuando voy a decirles que me voy, aparece Alfredo.

—Hola—saluda dejando unas cuantas bolsas sobre la encimera—Candela—dice alzando las cejas sorprendido de verme.

—Hola, Alfredo.

—No sabía que estabas aquí, acabo de dejarte las bolsas de la compra en la cabaña.

—Gracias, solo he venido para traer a Raquel, ya me iba.

—Joder, Raquel—dice Alfredo con el mismo gesto de asco que su hijo—¿cuántas han sido esta vez? —pregunta divertido.

—Una—sentencia ella—dos veces.

—Bueno, ahora que estás bien creo que debería marcharme—digo por fin.

—¿Marcharte? —pregunta doña Emilia como si le extrañase—es la hora de la cena, quédate y nos cuentas que maldad estabais haciendo cuando le ha picado la avispa—se ríe con esa cara de traviesa que tanto me divierte.

—¿Maldad? —pregunto nerviosa, ¿nos habrá visto alguien?

—Bueno, nunca le pican por estar haciendo nada bueno—responde su hermana.

Raquel y yo nos dedicamos una mirada tórrida, solo de recordar ese beso que nos estábamos dando cuando ha aparecido ese dichoso bicho del demonio, noto un hormigueo intenso recorrerme todo el cuerpo.

—Ha entrado en el coche cuando llevaba a Candela a su cabaña—contesta por fin—se ha torcido un tobillo y he tenido que ir a buscarla cerca del cruce de los establos.

Ahora mismo la odio por contar mi mentira delante de todos. Le dedico una mirada incendiaria, pero como respuesta solo alza una ceja y se muerde el labio de forma provocativa, así que esas tenemos, se está vengando.

—Dios—dice su hermana alarmada—¿y estás bien? ¿quieres que te lo mire? Puedo ponerte un vendaje si está muy inflamado, aunque no te he visto cojear—murmura extrañada.

—Tranquila, Nuri—interviene Raquel—Candela se recupera muy pronto, cuando he llegado ya no le dolía ni una pizca, ¿verdad? —me pregunta sin reducir esa mirada prepotente y desafiante.

—Verdad—digo dejándole claro con la mirada que lo he pillado.

—Perfecto entonces, pues te quedas a cenar—decide sin preguntarme—Adri, hijo, ve preparando la mesa del jardín, hace una noche estupenda y cenaremos fuera.

—Creo que yo debería irme, estáis en familia y no quiero molestar...

—¿Molestar? Eso ni de broma—dice doña Emilia de pronto—todos estamos encantados de que te quedes, además, has ayudado a Raquel, que menos que una cena de agradecimiento.

—Por supuesto—añade Alfredo.

Miro a Raquel porque lo último que deseo es molestar, pero ella no deja de mirarme de esa forma que hace que tenga ganas de estrangularla, y a la vez de besarla.

—Claro, quédate—dice de pronto.

Ahora mismo la odio.

—Ya verás, voy a hacer verduras asadas con patatas, me salen muy ricas, ¿te gustan? —me pregunta su hermana.

—Sí.

—Por cierto, yo soy Nuria, la hermana de esta maleducada que hay aquí—dice estampándose dos besos.

—No soy maleducada, estoy convaleciente—se defiende Raquel mientras yo las observo divertida.

—Mucho cuento es lo que tú tienes—la acusa su hermana.

—Toma, cuñada, con esto te sentirás mejor—dice Alfredo ofreciéndole una cerveza y entregándome a mí otra.

—Gracias—sonrío.

—De nada, bueno, chicas, yo me voy al patio a encender el fuego.

Dicho eso, desaparece por la puerta trasera de la cocina seguido por doña Emilia. Nuria entra en la despensa, momento que Raquel aprovecha para ponerse en pie y acercarse tanto a mí que por un momento pienso que va a besarme y todo mi cuerpo comienza a temblar.

—Podrías mostrar la misma predisposición que has tenido para desabrocharme el pantalón y abrochármelo ahora—dice sin dejar de mirarme.

Bajo la mirada hacia su cintura, en efecto, sigue teniendo el pantalón desabrochado. Sin dudarle un segundo, vuelvo a colocar mis manos en esa zona de su cuerpo y sin ninguna prisa y con la vista clavada en sus labios de nuevo, comienzo a abrochar. Primero abrocho el botón, y manteniéndolo sujeto con los dedos, utilizo la otra mano para subir lentamente la cremallera ejerciendo más presión de la cuenta sobre su pubis. Noto como la respiración se le corta y cuando llego al final, doy un tirón fuerte hacia arriba y un suspiro ahogado sale de su garganta, mataría por estar a solas con ella.

Su hermana vuelve justo cuando acabo, Raquel coge la cerveza con su mano buena y sale al patio dejándome sola.

—Ve con ella, Candela, yo enseguida salgo con la bandeja.

La cena transcurre con una normalidad que me sorprende, pensé que me sentiría incómoda o fuera de lugar, pero es justo lo contrario, todos me tratan como si fuese una más, incluso Raquel parece más relajada, aunque apenas me habla.

—¿Necesitas que te corte eso? —pregunto señalando las verduras de su plato.

—No te preocupes, las parto con el tenedor, pero gracias.

—Tenemos una conversación pendiente, Raquel—le susurro aprovechando que la familia está enzarzada en una discusión sobre quién protagonizó una película que no he visto.

—¿Y qué vas a hacer esta vez? —pregunta con ironía—¿llamar diciendo que un jabalí se ha colado en tu cabaña?

—Había pensado llamarte a tu móvil e invitarte a cenar, a comer, a pasear, o lo que tú prefieras, pero si no me coges el teléfono lo del jabalí no me parece una mala idea.

Raquel sonríe con tristeza, sé que todo esto le hace daño y es lo último que deseo, estoy segura de que piensa que soy una especie de golfa que se ha encoñado con ella, pero que una vez me marche de aquí me olvidaré de ella. No me parece justo que no me dé la oportunidad de explicarme.

—¿Qué me dices? ¿Me cogerás el teléfono? —insisto.

—Tal vez.

No es la respuesta que quiero, pero al menos no me ha dicho que no. ¿Habrá jabalíes por aquí? Adrián se ocupa de meternos en la conversación de nuevo, quiere que le expliquemos cómo ha sido el momento en el que la avispa de las narices le ha picado a Raquel. Ella narra la situación obviando que cuando ha entrado en el coche nos estábamos besando. Comienza a imitar mis gestos cuando he salido despavorida del coche y todos se ríen, yo también lo hago porque es cierto, además, Raquel se ha relajado del todo y se comporta con naturalidad, me gusta, adoro verla feliz.

De pronto vemos algo volar, algo que sube y después baja con rapidez increíble para caer encima del vaso de agua de doña Emilia y salpicarlo todo, es un trozo de patata.

La miro atónita sin comprender lo que acaba de pasar, al igual que todos, pero doña Emilia comienza a reír divertida por lo sucedido y entonces coge otra patata ante mi mirada de asombro y la lanza al aire con un gesto travieso, esta vez cae sobre el plato de Alfredo.

La abuela hace palmas mientras ríe y de pronto todos comienzan a hacerlo mientras yo los miro con los ojos muy abiertos, al final, su risa me contagia y no puedo parar, doña Emilia coge otra patata y vuelve a lanzarla, esta vez cae al suelo.

—Vale ya, mamá, nos vas a dejar sin cena—interviene por fin Nuria.

Doña Emilia sigue con la sonrisa dibujada en su cara y nos mira uno a uno para asegurarse de que a todos nos parece divertido lo que ha hecho, como si buscara nuestra aprobación. Poco a poco todo vuelve a la normalidad, pero doña Emilia tiene la mirada perdida y la del resto de su

familia se ha cargado de tristeza.

—¿Qué acaba de pasar? —le pregunto a Raquel en voz baja.

—Principio de demencia.

Su confesión me provoca una punzada en el pecho, me había dado cuenta de que su memoria fallaba, pero no esperaba esto.

—Lo siento mucho, Raquel.

—La primera vez que hizo algo parecido Nuria y yo la regañamos, pensamos que si le decíamos que estaba mal dejaría de hacerlo, pero se puso a llorar—comenta cogiendo la cerveza—entonces nos dimos cuenta de que, en aquel momento, al igual que ahora, es como si tuviera seis o siete años, solo busca hacer travesuras para llamar la atención. La segunda vez, al ver que ella se lo pasaba bomba, decidimos reír con ella, no es muy difícil porque reconozco que la primera vez tuve que morderme la lengua para no hacerlo—sonríe.

Y la entiendo, primero me ha sorprendido toda la situación, pero una vez he visto que todos reían con ganas me he sentido aliviada por no tener que aguantarme.

—Cuando reímos con ella es feliz, ya la ves, así que la dejamos hacer su broma y ya está—dice encogiéndose de hombros.

—Tienes una familia encantadora, Raquel—digo con sinceridad.

—Gracias.

Minutos después, parece que el ambiente se ha relajado de nuevo y doña Emilia vuelve a estar en el momento actual, completamente ajena a lo que ha sucedido antes. Después de ayudar a recoger la mesa, finalmente decido que ya es hora de marcharme.

—Bueno, familia, ha sido un placer pasar la noche con vosotros, pero creo que debo marcharme ya, la cena estaba exquisita, Nuria, tienes muy buena mano en la cocina.

—Muchas gracias, Candela, otro día lo repetimos.

—Claro.

—Yo te llevo—se ofrece Alfredo.

—No hace falta, iré dando un paseo, de verdad.

—No es negociable, Candela—interviene Raquel—por la noche es fácil desorientarse, no me gustaría que acabases en medio del bosque torciéndote el otro tobillo—sonríe burlona.

—Está bien, como queráis—concedo agradecida.

Lo cierto es que mi cabaña está algo lejos de aquí y me da un poco de respeto caminar sola a estas horas. Todavía pienso en los dichosos jabalíes.

—Te acompaño, papá—se ofrece Adrián.

—Te esperamos fuera, Candela—dice Alfredo.

—De acuerdo. Voy enseguida—digo mientras me despido de doña Emilia y de Nuria.

—Ha sido un placer, Candela—dice su hermana—ya nos veremos, ahora si me disculpas voy a ayudar a mi madre a acostarse.

—Claro.

Me quedo a solas con Raquel y ambas caminamos por el pasillo. Sé que en cuanto cruce la puerta que lleva a la recepción perderé todas mis opciones de besarla de nuevo, y me muero de ganas de hacerlo, así que me detengo en seco. Raquel me mira nerviosa, no es tonta, pero está claro que no quiere, sigue teniendo miedo.

—Te llevaría yo, pero...—dice mostrando su brazo.

La verdad es que la inflamación ha bajado un poco y ya no parece tan deforme, aun así, tiene dos enormes bolas en el lugar de las picaduras.

—¿Todavía lo tienes adormecido?

—Un poco, sigo teniendo la sensación de que tengo hormigas bajo la piel.

—Yo siento hormigueo en todo el cuerpo cuando estoy contigo.

—Joder, Candela, no hagas eso.

—¿De verdad quieres que me aleje de ti?

Raquel me enfoca, sé que ahora mismo tiene una pelea consigo misma, su mirada se entristece de nuevo y el brillo previo a las lágrimas comienza a aparecer en sus ojos. No quiero que lllore, no quiero que sufra, pero tampoco quiero que me aleje.

—Concédeme esa cita, por favor—le suplico—si después de eso sigues pensando que no me quieres en tu vida te juro que me alejaré, no volverás a verme.

Suspira profundamente, no me ha dicho que sí, pero tampoco que no. Cojo su cabeza entre mis manos y noto como todo su cuerpo se tensa, le doy un beso en la frente y me marchó.

Capítulo 8

Raquel

Hoy tengo el día libre y ojalá no fuese así, me muero de ganas de ver a Candela, y tener tanto tiempo disponible hace que sienta la tentación de llamarla a todas horas. Cada vez que recuerdo el beso, lo excitada que me sentí cuando me desabroché los pantalones, cuando me susurró... La piel se me eriza y me cuesta respirar, el nudo en el pecho cada vez es más grande y la ansiedad me consume.

Busco cosas que hacer en casa para no pensar en ella y finalmente me entretengo lijando la baranda del porche, quiero pintarla.

—No deberías utilizar esa mano—aconseja de pronto la voz de mi hermana.

—¡Joder, Nuri! Te he dicho mil veces que me llames antes de venir, ¿quieres que me dé un puto infarto? —me quejo enfadada.

—Te he llamado, no es culpa mía que no contestes al teléfono—dice encogiéndose de hombros.

—No lo he escuchado—digo más tranquila.

—Bueno, ¿me vas a invitar a un refresco o no?

Alzo las cejas, son las diez de la mañana.

—No vas a irte pronto, ¿verdad? —pregunto entornando los ojos.

—Dios, yo no te eduqué para que fueses tan desagradable—se ríe—no me extraña que sigas soltera—bromea.

—Ya.

Entro en casa, saco un par de refrescos de la nevera y los coloco en la mesa que tengo en el porche.

—¿Dónde está lobo? Es raro que no haya ladrado.

—Eso es porque está en la terraza despatarrado debajo de la mesa. Con este calor lo puedes encontrar tumbado en cualquier rincón. ¿Qué ocurre, Nuri? ¿Mamá está bien?

—Sí, sí, no te preocupes, en realidad quería hablarte de un par de cosas, pero no tienen nada que ver con ella.

—Pues tú dirás.

—La primera es Adrián, últimamente sale más, y con ello también gasta más—dice con una mueca de evidencia—a nosotros no nos importa darle para sus gastos porque ya sabes que queremos que estudie, pero como te digo, cada vez pide más, no gran cosa, pero ahora comienzan a salir a las discotecas y esas cosas, y además creo que anda con alguna niña.

—Ah, ¿sí? —pregunto intrigada, yo también sospecho que tiene a alguien por ahí—¿Te refieres a esa persona que le escribe al móvil y hace que se le ponga cara de imbécil? —me río.

—¿Lo ves? Tú también lo has notado, ¿verdad? Alfredo dice que son cosas mías, pero una madre sabe estas cosas, los hombres son más zoquetes—ríe ella también.

—¿Te preocupa que tenga novia?

—No, no es eso, si están bien yo me alegro, solo espero que sea una buena chica y tomen

precauciones, quizá tú podrías hablar con él sobre eso.

—¿Yo? —pregunto perpleja.

—Sí, Alfredo ya sabes lo callado que es, él jamás le sacará un tema así a Adrián, y si se lo saco yo saldrá corriendo, en cambio tú—añade señalándome—contigo siempre ha tenido una complicidad que a veces envidia, no digo que vayas expresamente, pero si tienes oportunidad...

—Está bien, hablaré con él.

—Gracias. Pero bueno, que me voy por las ramas, el tema por el que he venido es lo del dinero. Ya que ahora gasta más, nos gustaría que una parte del dinero que recibe se lo ganase, quiero que sepa lo que cuesta ganar un euro, así que hemos pensado que quizá podría hacer alguna cosa por aquí, ayudarnos con lo que creamos que él puede hacer y que se saque algo para parte de sus gastos. ¿Te parece bien? No queremos decirle nada sin antes consultarte a ti.

—¿A mí? Joder, Nuri, sabes de sobra que no me importa, aquí siempre hay cosas que hacer y a veces Alfredo y yo no damos abasto, además, me parece muy bien que comience a saber que el dinero no cae del cielo.

—Perfecto entonces, por cierto, ¿qué tal lo hizo el día que fue contigo a arreglar la fuga de agua? —pregunta curiosa.

—¿Sinceramente? Fue un desastre—me río—pero aprenderá. Tenemos que empezar a quitar las hierbas que invaden los caminos, puede encargarse de eso por ahora.

—De acuerdo—dice contenta—bien, aclarado esto, pasemos al asunto número dos de mi visita.

Joder, había olvidado que hay dos asuntos, y por supuesto a mí hermana nunca se le olvida nada.

—Quiero saber qué es lo que te pasa, Raquel, y antes de que me ofendas diciendo que no te pasa nada, te diré que estás rarísima últimamente, así que habla—exige señalándome con un dedo amenazador.

La verdad es que, si antes estaba nerviosa por tener ganas de ver a Candela, ahora estoy temblando solo de pensar en que mi hermana sea capaz de llegar hasta ella con sus preguntas.

—Pues siento decepcionarte, pero no me pasa nada, Nuria—digo nerviosa.

—¿Lo ves? Te pones tensa, y además te conozco. Desde que llegamos de casa de Nerea te noto nerviosa, estás esquiva, irritable y sobre todo triste, algo ha pasado aquí cuando yo estaba fuera y quiero saber qué es.

—Nada—digo notando ese asqueroso nudo en mi garganta.

—Joder, Raquel, no hagas esto, sabes que a mí no puedes engañarme.

—Ya... —suspiro sabiendo que es cierto.

—Cuéntamelo—dice acercándose a mí y colocando sus manos en mis rodillas.

Yo suspiro y niego, siento que me ahogo y las lágrimas suben de nuevo y pelean por salir. Cuando Nuria se pone así de intensa no puedo esquivarla y decido que no quiero resistirme, ya no puedo más.

—Raquel, cariño—dice con voz dulce—no puedo ayudarte si no sé lo que te pasa.

—Tampoco puedes, aunque lo sepas—sollozo.

—¿Candela tiene algo que ver en todo esto?

Su pregunta me paraliza de tal modo que no necesita que le confirme nada porque la expresión de mi cuerpo acaba de hacerlo.

—Vale, es por Candela, ¿qué ha pasado? ¿Os habéis peleado? Perdona, cariño, hablo por hablar, es que no entiendo nada, no sé en qué momento os habéis hecho amigas, tú no eres de mezclarte con los huéspedes y la verdad es que me sorprendió mucho verte entrar con ella ayer.

—Ya—sonríó con esfuerzo—a mí también me sorprende todo últimamente.

Mi hermana me seca las lágrimas con sus manos del mismo modo que cuando era pequeña y me hacía daño.

—Está bien, entonces, ¿sois amigas? —me tantea.

—Algo así.

—¿Algo así? Venga ya, Raquel—dice molesta—ayúdame un poco.

—Candela no quiere ser solo mi amiga...

Los ojos de mi hermana se abren enormemente por la sorpresa, en una situación normal me reiría, pero no puedo porque sigo teniendo ganas de llorar.

—Le gustas—afirma intrigada.

—Sí.

—Pero, eso cómo lo sabes, ¿lo deduces tú? ¿o te lo ha dicho ella?

—Ambas cosas.

—Vaya, vale, le gustas, pero está claro que tú no estás así porque le gustas, ay, madre—dice nerviosa cuando por fin ve la puta luz—tú estás así porque ella también te gusta—afirma.

—¿Tan malo te parece?

—¿Qué? No, no me parece malo, pero si te hace sufrir sí que me parece mal, cuéntame qué pasa, Raquel, ayúdame a entender por qué estás así de triste, si tú le gustas y ella te gusta a ti, ¿cuál es el problema?

—El problema es que está casada.

—Oh, joder—dice nerviosa—¿es que le va mal en su matrimonio? —intenta entender.

Puedo imaginarme lo rápido que va la cabeza de mi hermana ahora mismo, acaba de confirmar que su hermana se siente atraída por una mujer y, además, tiene que intentar entender por qué alguien estaría dispuesta a tener una aventura fuera del matrimonio cuando es algo que a ella jamás se le pasaría por la cabeza.

—No lo sé.

—¿No se lo has preguntado?

—No.

—¿Por qué no? —pregunta incrédula.

Me está poniendo nerviosa.

—Porque no es asunto mío, Nuri.

Mi hermana alza las cejas como si no entendiera.

—A ver si me aclaro, tú estás así de triste porque ella te gusta, pero ella está casada, algo te habrá dicho al respecto, ¿no? Hasta donde yo sé, estas cosas se hablan, cuando surge una aventura fuera de un matrimonio hay un motivo, puede ser una simple aventura o puede ser que ella esté a punto de separarse, o incluso que os quiera a ambos, ay, madre mía, que malo sería eso—dice para sí—algo te habrá dicho, Raquel.

—No me ha dicho nada porque no la he dejado, no quiero hablar con ella, no quiero escuchar cómo me dice que le importo pero que no puede romper su matrimonio así como así, no puedo soportar eso, por eso intento mantenerla lejos.

—Mira, Raquel, imagino que una relación entre mujeres funciona exactamente igual que la de hombre y mujer, así que desde mi punto de vista te digo que te estás equivocando. Puedes tomar la decisión que tú quieras, estás en tu derecho, pero no la tomes sin haber hablado con ella antes, aclara las cosas, que te explique su postura y te diga qué es exactamente lo que quiere de ti y, sobre todo, lo que puede ofrecerte.

Alzo las cejas cuando acaba de hablar, me sorprende que mi hermana me esté diciendo todo

esto con lo tradicional que es.

—Lo pensaré.

—Claro, tú y tus pensamientos, siempre tan hermética, encerrada aquí—dice señalando a nuestro alrededor—siempre sola.

—Es mi pequeño paraíso—digo orgullosa.

—Cierto, pero sería muchísimo mejor si lo compartieras con alguien, Raquel—dice poniéndose en pie.

—¿Vas a empezar como mamá?

—No es empezar como mamá, es que mamá tiene razón, no puedes pasarte la vida sola, alguna vez tendrás que abrirte a alguien.

—No quiero hablar más de esto, Nuri, ¿lo podemos dejar?

—Claro—suspira resignada.

—Nuri, ¿no te sorprende que te diga que me gusta una mujer? —pregunto con curiosidad.

Mi hermana sonríe y se rasca la cabeza con calma.

—No, creo que lo he sabido siempre.

—Ah, ¿sí? —pregunto estupefacta.

—Desde pequeña siempre fuiste diferente, Raquel, era como si no encajases con las demás niñas, preferías estar sola antes que jugar con ellas a cosas que no te atraían en absoluto. He sufrido mucho por ti, aunque no lo creas, sobre todo cuando eras una cría. No entendía por qué no te esforzabas para adaptarte, poner un poco de tu parte, intentarlo al menos, pero conforme fuiste creciendo me di cuenta de que tenías muchísima personalidad, y que hacer algo que no iba contigo simplemente no entraba en tus planes.

—Nunca me has preguntado...

—Siempre he pensado que cuando llegase el momento me lo dirías tú misma, como ahora.

Sonrío y me miro los pies.

—¿Crees que mamá lo sabe?

—No. Lo dudo bastante, si es que alguna vez ha sospechado algo nunca ha tenido manera de comprobarlo.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Tú sí? —pregunto nerviosa.

Nuri no puede evitar que una sonrisilla traviesa se dibuje en su rostro.

—Joder, Nuri, ¿qué sabes? —insisto impaciente.

—Alfredo te vio una vez, en el pueblo, ya sabes que él va mucho por allí—dice encogiéndose de hombros mientras yo noto como mis mejillas se encienden.

Siempre he sido muy discreta, no soy de ir paseando por la calle con mis ligues.

—¿Y qué vio exactamente?

—Te vio besarte con una chica en un balcón, él estaba en el estanco que había enfrente y desde la cristalera le pareció reconocerte, así que se fijó bien y te vio.

—Joder, que vergüenza, ¿por qué no me dijisteis nada?

—Porque no éramos ni somos nadie para pedirte explicaciones, Raquel, yo solo quiero que seas feliz, me da igual con quien.

Me abrazo a mi hermana y suspiro relajada.

—Bueno, voy para casa que he dejado a mamá con Adrián y ya sabes que el niño este se despista y no se entera de nada. Haré pollo asado para comer, te espero—dice clavando su dedo índice en mi hombro antes de irse.

Recojo los refrescos y comienzo a quitarme la ropa, me apetece nadar.

Capítulo 9

Candela

Me siento feliz, ese beso con Raquel despertó cosas en mi interior que jamás había experimentado antes, ni con Fermín ni con nadie. Esta noche apenas he dormido, no podía dejar de pensar en ella y en mi vida, sé que me encuentro en una situación compleja, intento analizar las cosas con frialdad, valorar los pros y los contras de todo lo que hago.

A veces tengo claro que lo que debo hacer es dejar a Fermín, pedirle el divorcio y comenzar mi vida desde cero, sin él. Pero otras me pregunto si no debo intentar pelear por mi matrimonio antes de tirarlo todo por la borda. Tengo dudas, cuando pienso en Raquel lo tengo todo claro, pero ella está aquí, Fermín no, y quizá eso no me deje ver las cosas con la perspectiva necesaria, no hay una igualdad de condiciones y ahora mismo sé lo que siento cuando tengo a Raquel cerca, pero ¿qué pasa con él?

Hace muchos días que no le veo y las pocas veces que hablamos acabamos discutiendo por tonterías, quizá cuando le vea sienta algo, algo que se despierte en mí porque en el fondo le he echado de menos sin darme cuenta. Quiero pensar que pasará algo así, porque lo cierto es que desde que estoy aquí no le he echado de menos ni un solo segundo, quizá sea por el enfado.

Si sigo así me acabaré volviendo loca, llevo dándole vueltas a la cabeza desde que he salido a caminar, y de eso hace una hora. Me acabo de cruzar con el pintor cuyo apellido no sé pronunciar, me ha dedicado la mejor de sus sonrisas y me he sentido incómoda al pensar que pueda sentirse atraído por mí, porque yo solo quiero atraer a una persona y no es a él, y tampoco a Fermín. Joder, ¿por qué se me ha tenido que complicar tanto la vida?

Me hago a un lado del camino para atarme el cordón de la zapatilla y mientras estoy agachada escucho unos pasos rápidos que se acercan por detrás, ¿será el pintor? No creo, ese hombre siempre está clavado en el sitio, tal vez se trate de alguien dando un paseo igual que yo.

Cuando me estoy levantando y la veo me quedo atónita, es doña Emilia la que está pasando por delante de mí con paso decidido y la mirada fijada en el frente, va en camisón y zapatillas y lleva un palo cargado al hombro con algo que cuelga. Tengo que empujarme los ojos y tapar el sol con la mano para conseguir identificar lo que veo, ay, madre, creo que es un palo de escoba y lo que cuelga en la punta es una sábana hecha una bola donde seguramente lleva algo de ropa dentro. Por Dios, ¿doña Emilia se está fugando de casa?

Para cuando consigo reaccionar ya me saca varios metros de distancia, no me puedo creer lo rápido que camina, ni siquiera lleva el bastón, no cojea, es como si estuviera poseída por su espíritu de cuando tenía quince años. Tengo que detenerla antes de que se haga daño.

—¡Doña Emilia! —le grito.

Pero ni siquiera se inmuta, sigue caminando con pasos militares mientras yo corro hasta alcanzarla y ponerme delante.

—Doña Emilia, ¿a dónde va?

Su cara es de completo asombro, me observa unos instantes en los que pagaría millones por saber lo que se le está pasando por la cabeza ahora. Sé que los enfermos de Alzheimer tienen

reacciones inesperadas y lo cierto es que me asusta. Doña Emilia sigue analizándome durante unos segundos más que a mí personalmente se me están haciendo eternos.

—Doña Emilia...—susurro tocando su brazo con suavidad.

Gran error por mi parte, ha soltado un grito desgarrador y ha comenzado a correr para huir de mí, no me lo puedo creer, ¿cómo es posible que corra tanto?

—¡Doña Emilia! Soy Candela, estuve anoche cenando en su casa—le grito mientras la persigo como si fuese una policía tratando de atrapar a una delincuente.

Finalmente, la adelanto y consigo bloquearle el paso de nuevo. extendiendo las manos frente a ella en son de paz. Jadeo mientras observo como me tiemblan, estoy muy nerviosa, si no consigo detenerla y que se calme, se acabará haciendo daño, y eso no puedo permitirlo.

—Vete, malvada—dice de pronto colocando el palo de escoba entre ella y yo.

¿En serio? ¿Me va a pegar con el palo?

—No voy a hacerle daño, doña Emilia, solo quiero que paremos a descansar—le digo con calma sin dejar de mostrarle las manos.

—No hay tiempo para descansar, he de llegar al molino antes de que caiga el sol, mamá dice que los hombres malos salen por la noche.

Tengo la piel de gallina y unas ganas increíbles de llorar, que pena que tengamos que vernos así después de toda una vida luchando.

—Y es cierto, doña Emilia, pero todavía falta mucho para que se haga de noche, ¿qué le parece si nos sentamos en esa sombra y descansamos un poco?

—¿Quién eres?

—Me llamo, Candela...

—Candela es bonito—murmura pensativa.

—Sí, a usted le gusta mucho ese nombre, soy amiga de su hija, de Raquel.

—Raquel—repite como si estuviera recordando algo.

De pronto baja el palo y lo deja caer, yo aprovecho para sacar el móvil de mi bolsillo y buscar el número de Raquel, la mano me sigue temblando.

—Tengo sed—dice de pronto.

Joder, no tengo agua, podría ir corriendo hasta la cabaña del pintor, pero no me atrevo a dejarla sola y que se escape de nuevo.

—Escuche, doña Emilia, vamos a ponernos aquí en la sombra y llamaré a alguien para que nos traiga un buen vaso de agua fresca, ¿qué le parece?

—Sí—afirma—tengo la boca seca—dice sacando la lengua emblanquecida.

La ayudo a caminar hasta el árbol, hay una roca lo suficiente alta para que le sirva de asiento. La acomodo y marco el número de Raquel.

—Candela, ahora no puedo—responde nerviosa en cuanto descuelga—mi madre se ha escapado, te llamo luego...

—No cuelgues, Raquel, está conmigo—digo de carrerilla.

—¿Qué?

—Tu madre, la he encontrado cuando paseaba y he conseguido retenerla, por eso te llamo.

—¿Dónde estáis, Candela? —pregunta con angustia.

—Ve dirección a la cabaña nueve, pásala de largo, nos encontrarás un poco más arriba.

—Voy.

Raquel cuelga y me siento junto a doña Emilia, ahora parece asustada.

—¿Qué hacemos aquí, Candela?

Joder, ha vuelto en sí, y además me recuerda.

—Se ha perdido usted cuando paseaba, pero no se preocupe, Raquel viene de camino y la llevará a casa.

—¿Me he perdido? —pregunta con labios temblorosos.

—No pasa nada, no se preocupe, a mí también me pasa a veces, ¿sabe? Ayer mismo tuvo que venir Raquel a buscarme porque no sabía volver.

—Mi Raquel—sonríe.

Su Raquel, mi Raquel.

En apenas un par de minutos veo como a lo lejos se levanta una nube de polvo y Raquel llega junto a Nuria, ambas se bajan del coche con una cara de preocupación importante.

—¿Está bien? ¿Se ha hecho daño? —pregunta su hermana de forma atropellada.

—Solo está sedienta y supongo que cansada, pero está bien.

Raquel no dice nada, creo que ahora mismo está superada por la situación, me hace un gesto de agradecimiento con la cabeza cuando pasa por mi lado y entre las dos cogen a su madre y la ayudan a subir al asiento trasero.

—Gracias por quedarte con ella—me dice su hermana.

—No hay de qué.

En cuanto desaparecen doy una gran bocanada de aire y me siento un segundo en la roca que hasta hace un instante ocupaba doña Emilia. Siento lástima por doña Emilia y toda su familia, en especial por Raquel. Esta tarde, cuando hayan tenido tiempo de relajarse y digerir el susto, la llamaré para preguntarle cómo se encuentra su madre.

Capítulo 10

Candela

Después de comer subo a la terraza y me siento frente al portátil, es frustrante, sé lo que quiero escribir, pero soy incapaz de encontrar las palabras adecuadas para expresarlo y no consigo trasladar al papel lo que hay en mi cabeza, odio cuando me pasa esto.

Suena el timbre, a esta hora me parece raro y por un momento pienso que quizá sea Alfredo, pero lo descarto enseguida, él tiene su peculiar forma de llamar. ¿Será Raquel? Mi pulso se dispara solo de pensarlo.

—Fermín...—digo completamente aturdida cuando le veo plantado frente a la puerta.

—No parece que te alegres mucho de verme—dice con calma mientras me da un tierno beso en los labios.

—No es eso, es que no te esperaba—consigo sobreponerme—. ¿Por qué no me has dicho que venías?

—Quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido.

—He aparcado un poco el trabajo y he pensado quedarme contigo aquí hasta mañana, si a ti te parece bien, claro.

—Sí, claro...

Fermín encuentra la nevera sin mi ayuda y coge un par de cervezas. Subimos a la terraza y en lugar de fijarse en las maravillosas vistas que ofrece este lugar, él solo se alegra de ver mi portátil encendido.

—¿Estabas escribiendo? —pregunta contento.

—Sí.

—¿Puedo leerlo?

—No—respondo tajante mientras cierro la tapa del ordenador.

—Joder, Candela, que sosa eres coño, que soy tu marido.

—El capítulo está a medias, ya lo leerás cuando esté completo—me excuso.

—Está bien—dice sentándose en una de las sillas.

—¿Cómo lo llevas? ¿Has avanzado?

—Joder, Fermín, ¿eso es lo único que te interesa? Ni siquiera me has preguntado cómo estoy o si me gusta estar aquí.

—Vale, vale, nena, perdona, tienes razón, ya sabes que a veces me obsesiono con el trabajo y la verdad es que tu novela me pone bastante nervioso, es muy importante que acabes dentro del plazo, ya lo sabes.

Suspiro. Es como volver al bucle de siempre.

—¿Te gusta esto? La verdad es que no se oye ni un alma—dice como si acabara de darse cuenta.

—Es un sitio maravilloso, me alegro mucho de haber venido.

—¿Entonces te está sirviendo?

—Sí, Fermín—respondo con hastío—no te preocupes, la novela va viento en popa, estará lista a tiempo.

—Esa es mi chica—dice, y da un largo trago a su cerveza como un macho satisfecho.

El resto de la tarde lo pasamos en la terraza hablando de cosas banales, conversaciones absurdas que ni me interesan a mí ni le interesan a él. Me pregunto cuanto hace que nuestra vida es así de trivial.

Hoy he decidido no pedir nada para cenar y preparar una ensalada junto con el embutido que tengo por aquí, ¿por qué? Ni yo misma lo sé, tal vez porque no quiero que Raquel se entere de que estoy acompañada, con un poco de suerte, Alfredo no se lo habrá comentado. Tengo un nudo en la boca del estómago desde que Fermín ha llegado y no logro deshacerme de él.

Después de cenar mi marido se acerca por detrás cuando estoy fregando los platos.

—Deja eso—me susurra tras besar mi cuello.

Cierro los ojos y me giro nerviosa, no deja de ser mi marido, el hombre del que me enamoré hace tres años, y ahora que lo tengo delante me esfuerzo por creer que lo nuestro todavía puede tener solución, quizá si lo hablamos logremos salvar nuestro matrimonio.

Me seco las manos y Fermín vuelve a besar mi cuello mientras se deshace de su camisa y cierro los ojos de nuevo. Estoy muy nerviosa y tengo una sensación extraña que no me permite disfrutar, pero decido que voy a intentar dejarme llevar porque necesito comprobar si todavía puede despertar algo en mí.

Mi marido coloca sus enormes manos en mi cintura y me pega a él a la vez que comienza a besarme, noto su erección de forma inmediata y en lugar de excitación solo siento ganas de llorar. Me siento fatal, hay una sensación de traición que recorre mi cuerpo y no me deja reaccionar.

Fermín, ajeno a lo mal que lo estoy pasando ahora mismo, me agarra hasta sentarme sobre la encimera en un movimiento rápido y yo siento que no puedo respirar, pero no es por excitación, es porque siento que estoy traicionando a Raquel, no puedo quitármela de la cabeza.

—Para, Fermín—le pido angustiada.

Mi marido se detiene y me observa confuso. Yo apenas puedo sostenerle la mirada, me siento triste porque me doy cuenta de que hay un problema que es muy evidente, él no es Raquel.

—¿Qué pasa? —pregunta de mal humor.

Quiero hablar, pero no me salen las palabras. Debería sentirme mal por estar junto a él mientras pienso en otra persona, y en lugar de eso me siento mal porque siento que al estar Fermín aquí, a quien traiciono es a Raquel cuando ni siquiera tengo nada con ella. Mi marido es él.

—No puedo, Fermín—digo apartándole y bajando de la encimera.

—¿Cómo que no puedes? —pregunta desconcertado.

—Tengo la regla.

Ni siquiera sé por qué he dicho eso, es lo primero que se me ha pasado por la cabeza, no es que sea una cobarde, quiero hablar con Fermín cara a cara y decirle lo que de verdad ocurre, pero antes necesito que deje de intentar follarme.

—¿Tienes la regla? Joder, Candela, si lo llego a saber no vengo.

La sangre me hierve.

—Así que para eso has venido, ¿no? —digo indignada—no para verme o porque me eches de menos, solo para asegurarte de que estoy escribiendo y de paso echar un polvo.

—No seas dramática, Candela, lo estás sacando de contexto, me he expresado mal, nena—se excusa acercándose de nuevo.

—Pues a mí no me lo ha parecido, si lo que quieres es follar ya puedes largarte con una de tus amiguitas, porque conmigo lo tienes bastante mal—le aseguro.

Reconozco que me ha venido muy bien su metedura de pata, pero eso también me ha hecho recordar las numerosas veces en las que he estado convencida de que me ha engañado a pesar de que él lo ha negado siempre.

—¿Ya estamos otra vez con las amiguitas? No estoy con nadie, Candela, te lo he dicho mil veces.

—Ya—suspiro—mira, Fermín, me da igual, quiero el divorcio y que te vayas de aquí.

—¿Qué? —pregunta incrédulo.

—Ya me has oído—digo con calma mientras mis lágrimas comienzan a caer—no sé si tienes amiguitas ahora o no, y me da igual, de verdad, hace tiempo que no soy feliz, y sé que tú tampoco.

—¿No eres feliz? —me corta—pero si lo tienes todo conmigo, joder.

No quiero discutir, no quiero que empecemos a gritar para nada, lo único que quiero es hacerle ver algo que él sabe de sobra que es cierto, simplemente estamos juntos porque nos hemos acomodado, esa es la única verdad.

—No lo tengo todo, me falta lo más importante, el amor.

—¿No me quieres? —pregunta sorprendido.

—Claro que te quiero, y sé que tú también me quieres, pero nuestro amor hace tiempo que se acabó y lo sabes, Fermín.

—Habla por ti, Candela—dice ofendido—si te hace sentir mejor decir que yo no estoy enamorado de ti, adelante, pero no es cierto.

Acaban de llamar al timbre, no sé quién puede ser ahora, pero Fermín va directo a la puerta mientras yo me seco las lágrimas y voy tras él. Me quedo paralizada cuando veo que es Raquel la que está al otro lado de la puerta, este sería otro buen momento para que el suelo se abriera bajo mis pies.

—¿Puedo ayudarla en algo? —pregunta mi marido de malas formas.

—No, solo quería darle las gracias a su mujer por haber ayudado a mi madre esta mañana, pero veo que no es un buen momento, ya volveré en otra ocasión—dice de carrerilla sin apartar la vista del pecho desnudo de mi marido.

Se da media vuelta y se va.

Joder.

Este es el momento que me deja claro lo que realmente siento por ella y quién es a quien necesito a mi lado. Sin dudarle un segundo, le digo a Fermín que vuelvo enseguida y salgo corriendo tras ella.

—¡Raquel, espera! —la llamo gritando.

Pero no se detiene, camina con paso decidido hasta atravesar la puerta de fuera. No puedo permitir que llegue a su coche y se marche, así que corro más rápido hasta que la alcanzo antes de que suba.

—No me toques, Candela—dice con rabia.

Su cara es un mar de lágrimas y sus labios tiemblan, siento que mi alma se hace pedazos al verla así, es incapaz de mirarme, llora sin cesar con la mirada clavada en el suelo.

—No es lo que parece, Raquel, te lo juro—le digo con voz calmada.

—Me importa una mierda lo que sea, no quiero saber nada, Candela—dice entre sollozos—solo he venido porque quería agradecerte lo que has hecho esta mañana, nada más.

—No es verdad, no has venido solo por eso y lo sabes.

Intento abrazarla, pero Raquel me aparta con desprecio y rabia, mis lágrimas también empiezan a caer como cascadas.

—Te he dicho que no me toques, vuelve a tu cabaña, tu marido te espera.

A la mierda.

Pese a que sé que no quiere y forcejea con todas sus fuerzas para que la deje, consigo agarrar sus brazos y empotrar su espalda contra el coche mientras la bloqueo con mi cuerpo.

—¡Suéltame, joder! —grita con desesperación.

Me siento fatal, no quiero hacerle daño, tengo sus brazos cogidos por la muñeca y noto la inflamación de su brazo derecho por culpa de las picaduras, pero si la suelto sé que se irá y hará todo lo posible por evitarme.

—Escúchame, Raquel—le suplico entre lágrimas.

Apoyo mi frente en la suya y hago fuerza para que levante la cara y me mire.

—Por favor, Raquel—sigo suplicando.

Poco a poco noto como deja de hacer fuerza, finalmente cede, y sin dejar de llorar apoya su frente en la mía, moviéndose lentamente hasta apoyar su mejilla en la mía. Siento que voy a deshacerme de amor, mi marido está dentro de la cabaña esperando a que vaya a darle una explicación y yo solo quiero estar así con Raquel, pegada a ella, llenándome de su calor y deseando que entienda que solo la quiero a ella.

—No ha pasado nada entre nosotros—comienzo a susurrar sin apartarme de ella—sé que en el fondo me crees, Raquel, no tengo ningún motivo para mentirte y lo sabes. Se ha presentado aquí esta tarde, ni siquiera sabía que iba a venir...

—Candela, no...

—Shhh, déjame acabar, por favor. No sabía que iba a venir, pero me alegro de que lo haya hecho, ¿sabes por qué?

Raquel niega con exquisito cuidado, permitiendo que, con el movimiento nuestras mejillas se masajeen. Nunca he sentido la magia del amor, había oído hablar de ella, pero es la primera vez en mi vida que siento el amor suspendido en el aire levitando alrededor de nosotras, desearía que el resto del mundo desapareciera para quedarme así con Raquel eternamente.

—Porque al verle, las pocas dudas que me quedaban han desaparecido, te quiero a ti Raquel, solo a ti. Cuando has llegado le estaba pidiendo el divorcio.

—No es verdad—susurra incrédula.

—Sí que lo es, sabes que lo es—digo hundiéndola entre mis brazos.

Raquel poco a poco comienza a rodearme y me devuelve el abrazo. Noto como su cuerpo tiembla nervioso pegado al mío y tengo la sensación de que en cualquier momento va a desfallecer entre mis brazos.

—¡Candela! —grita Fermín desde el porche.

Raquel se tensa y doy un profundo suspiro antes de contestar.

—¡Voy enseguida, un momento!

—Entra—me pide Raquel separándose de mí.

Me limpio las lágrimas con los dedos y ella hace lo mismo.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien, muy cansada, se ha pasado toda la tarde tumbada, pero está bien, gracias a ti.

—Me alegro—digo con sinceridad—¿te puedo llamar mañana?

Raquel duda y odio esto, aunque puedo entender su miedo, al fin y al cabo, apenas nos conocemos y no tiene motivos para confiar en mí, pero pienso luchar por ella.

—Mejor te llamo yo, ¿vale?

—Está bien, pero hazlo, Raquel, por favor.

Asiente con poco convencimiento, yo me acerco y beso su cabeza aspirando el aroma de su pelo despacio. Ella me dedica una sonrisa apenas imperceptible antes de subirse al coche y marcharse.

Cuando entro, Fermín está sentado en el sofá como si nada. Estoy segura de que, si hubiese sido al revés, yo me hubiese asomado para intentar descubrir lo que sucedía, pero a él le da igual, supongo que los hombres son de otra manera.

—Dormiré aquí en el sofá y me marcharé por la mañana—dice de pronto—te quedan tres semanas aquí, céntrate en acabar la novela y ya hablaremos de la chorrada esa del divorcio cuando vuelvas, creo que estás demasiado estresada y yo te estoy presionando mucho, te dejaré tu espacio.

—No quiero espacio, Fermín, no es el estrés ni es la novela, ni siquiera eres tú, se trata de mí, de lo que yo quiero, y no quiero estar contigo—afirmo con un nudo en la garganta.

Es entonces cuando se gira para mirarme y también cuando se da cuenta de que mis ojos están enrojecidos.

—¿Has estado llorando?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Te ha hecho algo esa mujer? ¿Qué coño decía de su madre? ¿Qué ha pasado?

—Olvidalo, Fermín, estoy cansada, me voy a la cama.

Y ahí ha terminado nuestra conversación. Me acuesto con la sensación de que Fermín no me lo va a poner fácil con el divorcio.

Capítulo 11

Raquel (tres días después)

—Tienes ojos de sapo—comenta mi sobrino en cuanto me ve.

—Y tú eres un maleducado.

—Pero me quieres—contesta abrazándose a mí.

—Mucho—susurro besando su hombro.

Parece mentira, hace apenas un par de años con este gesto besaba su pelo, ahora tendría que ponerme de puntillas para eso. Entramos en el almacén, voy a entregarle la desbrozadora y el equipo de protección que necesita para cortar las hierbas que están comenzando a invadir los caminos, Alfredo pasará a buscarlo y le enseñará cómo hacerlo.

—Tu primer trabajo—digo alzando una ceja.

—Bueno, podríais enrollaros un poco y darme algo más divertido—rezonga rodando los ojos.

—Cuando acabes tus estudios decidirás en qué quieres trabajar, pero ahora, esto es lo que hay, guapo.

—Estás triste—comenta dejándome con la boca abierta.

—No es verdad, Adri, ¿por qué dices eso, cariño?

—Porque es cierto—dice encogiéndose de hombros.

La ansiedad me consume. Noto ese pinchazo de dolor que últimamente sacude mi pecho por dentro y me deja sin aliento. Mi sobrino tiene razón, estoy triste y no quiero llorar delante de él. Debo cambiar de tema, y su móvil vibrando me lo pone en bandeja, porque Adri lee el mensaje y sonríe, después escribe algo rápido y vuelve a guardarlo en su bolsillo.

—¿Quién es?

—Nadie.

—¿Nadie? —pregunto alzando una ceja.

—Sí, nadie. Eso he dicho—se ríe nervioso.

—Venga ya, cada vez que te veo con el móvil se te pone cara de tonto, Adri, tú estás enamorado. Venga, dime quién es—le suplico.

Adrián se pone como un tomate y agacha la cabeza.

—Joder, Adri, así que sí, estás enamorado—confirmo yo sola.

—Sí—suspira.

—Vaya, estaba segura de que había alguna chica por ahí, pero que te hubiese calado tanto no me lo esperaba—digo acariciando su cara.

—Pues ya ves.

Adri apoya el culo en una mesa de madera y me mira con cara de bobo. La verdad es que no sé cómo abordar esto, creo que quiere contarme algo, pero debo tener cuidado con las preguntas que le hago porque no quiero que haga como yo y se cierre en banda cuando algo le incomoda.

—¿Y esa persona te corresponde? —tanteo apretando los labios.

—Sí.

—Entonces estáis saliendo...

—Sí.

—Adri, cariño, ¿puedes decir alguna palabra más...?

—No sé qué decir, tía, ¿qué quieres saber?

—Pues creo que todo, pero lo primero es lo primero, ¿tomáis precauciones?

Adri comienza a reír con ganas y me siento bastante estúpida por la pregunta.

—Pues claro, tía Raquel, ¿crees que soy tonto?

—No, cariño, pero tenía que preguntártelo—respondo aliviada—¿tus padres lo saben?

—¿El qué? ¿Si tomo precauciones? —bromea.

—Muy gracioso.

—No, no lo saben, ¿crees que mamá no te lo habría contado?

—No tiene porque...

—Ya, claro—se ríe.

—Tu madre te guardaría un secreto si tú se lo pides, pero tienes que especificar primero.

Ahora reímos los dos.

—Bueno, ¿cómo se llama?

—John—suelta a bocajarro.

—¿Qué? —pregunto con el corazón a punto de saltarme del pecho.

—Soy gay, tía Raquel.

Me acaba de coger tan desprevenida que no sé qué contestar. Adri es muy bromista, pero está tan serio que me da miedo reírme y ofenderle, ¿de verdad es gay?

—Adri, no me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

Mi sobrino no contesta, simplemente mete la mano en su bolsillo y saca el móvil, busca algo en él y me lo planta en toda la cara con una imagen, es un selfi de él y otro chico besándose dentro de un coche. Mis ojos se abren enormemente.

—¿Te importaría decir algo? Me estoy poniendo nervioso.

—Perdona, Adri, cariño, es que no me lo esperaba—digo pasándome una mano por el pelo.

—¿Estás enfadada?

—¿Cómo voy a estar enfada, Adrián? No digas tonterías, es solo que me ha pillado por sorpresa, jamás había sospechado nada.

—Nadie lo sospecha, y es una putada ¿sabes? Los chicos no se me acercan porque creen que soy hetero y me tengo que quitar a las chicas de encima.

—Pues sí que es una putada—me río—¿desde cuándo, Adri? ¿Desde cuándo lo sabes?

—Saberlo con seguridad desde hace cosa de un año, sospecharlo creo que siempre.

—¿Por qué nunca me has dicho nada?

—No lo he pasado mal si es lo que te preocupa, simplemente me di cuenta, lo acepté, y ya está.

Ojalá todos y todas aceptasen como él un descubrimiento tan importante como ese.

—¿Cuándo te has vuelto tan maduro?

Adri sonríe y se encoge de hombros.

—¿Tus amigos lo saben?

—Sí.

—¿Tengo que matar a alguien?

—No—ríe de nuevo—deja de preocuparte, estoy bien, mis amigos me tratan igual que siempre.

—Está bien—digo después de respirar muy hondo—¿cuándo se lo vas a contar a tus padres?
—Es que no sé cómo decírselo—suspira nervioso.
—Pues igual que me lo has dicho a mí.
—No es igual y lo sabes, contigo todo es diferente, es más fácil, mis padres son unos carcas y no sé cómo se lo van a tomar.

—No les importará, te lo garantizo, ellos solo quieren que tú seas feliz.
—También quieren que lo seas tú.
—¿A qué viene eso? —pregunto incómoda.
—¿Qué pasa entre la señora Toledo y tú? ¿Te gusta, tía Raquel?
—Adrián, este no es el tema...
—¿Por qué no? —me corta—yo he sido sincero contigo y sé que esa mujer te gusta, se te nota...

No puedo respirar, pensar en Candela me paraliza y no quiero hablar de ella.
—No se me nota nada, y esta conversación se acaba aquí—digo dándome la vuelta para irme.
—Lleva tres días viniendo a buscarte, por la mañana y por la tarde. Mamá siempre le dice que estás ocupada cuando yo sé que no es cierto, podrías escaparte cuando quisieras para atenderla, pero no lo haces. ¿Por qué tengo que contaros yo las cosas y vosotros a mí no? No confías en mí.

Me paro en seco con el corazón latiéndome en la garganta, no quiero hablar de ella, pero tampoco quiero perder la confianza de Adrián. Me giro hacia él, mis ojos vuelven a estar inundados y me odio por ser incapaz de dejar de llorar por ella.

—Es complicado, Adri—consigo decir.
—Estás llorando—dice con tristeza, creo que es la primera vez en su vida que me ve llorar.
—No es nada, cariño. No te preocupes, es que últimamente estoy más sensible de lo que me gustaría, eso es todo—digo mirando hacia otro lado.

—¿Eres lesbiana? —pregunta sin rodeos.
Eso me hace reír pese a que sigo llorando.
—Que delicadeza la tuya, eh...
Se encoge de hombros y me estruja entre sus enormes brazos.
—¿Lo eres? —susurra en mi oído permitiendo que yo hunda mi cara en su pecho para seguir llorando.

Asiento con la cabeza para confirmárselo.
—Y estás enamorada de Candela—afirma.
Yo vuelvo a asentir.
—¿Y ella de ti?
Vuelvo a asentir, al menos eso creo.
—Pues no entiendo nada, ¿por qué la evitas?
—Porque tengo miedo—confieso.

Creo que es la primera vez que lo digo en voz alta y ha resultado ser jodidamente liberador. Siempre he tenido una química especial con Adri, quizá sea porque ambos somos gays o simplemente porque se parece mucho a mí. En realidad, me da igual, me está resultando más fácil de lo que pensaba hablar con él.

—¿Miedo a qué? —pregunta tratando de comprender algo que aparentemente parece fácil.
—Es complicado, Adri, ella está casada, aunque dice que se va a divorciar, pero estas cosas no son tan sencillas, me da miedo que se arrepienta y decida volver con él.

Mi sobrino me separa un poco de él y me mira con esos ojazos negros que tanto me gustan.
—A mí también me da miedo que John me deje, no está casado obviamente, pero podría

conocer a otro en cualquier momento y decidir que no quiere seguir conmigo. También podría morirse mañana y yo me quedaría solo. Vivo con ese miedo cada día, con el miedo a perderle porque lo quiero, pero prefiero vivir con miedo y aprovechar cada segundo a su lado que esconderme y mirar hacia otro lado para no afrontar lo que realmente siento.

Si su madre hubiese escuchado el sermón que acaba de darme, se sentiría tan orgullosa de él como lo hago yo ahora.

—Devuélveme a mi sobrino—bromeo golpeándole el pecho.

Adrián se ríe, vuelve a estrujarme entre sus brazos y yo suspiro relajada por primera vez en los últimos días. El sonido de un claxon pone fin a nuestro momento.

—Ve con tu padre, anda.

Adrián camina con decisión hacia la puerta, pero antes de salir se para un segundo y se gira hacia mí de nuevo.

—Tú ve a por Candela—me señala con el dedo.

Después me guiña un ojo y sale por la puerta.

Capítulo 12

Candela

Ya estoy harta, Raquel no contesta a mis llamadas ni a mis mensajes, y para colmo, cada vez que me acerco a la recepción para preguntar por ella, su pobre hermana tiene que salir a decirme que está muy ocupada. Me sabe mal por ella, puedo ver su cara de resignación cada vez que abre la boca para mentirme. Pero de hoy no pasa, si Raquel se piensa que voy a dejar de luchar por ella está muy equivocada.

Me planto en la recepción y el chico del mostrador sonríe divertido de verme, debe estar alucinado con todas mis visitas de esta semana.

—¿Viene en busca de doña Raquel?

—Sí, hijo—digo resignada.

—Enseguida llamo—sonríe.

Ahora los dos sabemos lo que va a pasar, él llama a un número que contesta su hermana Nuria, y entonces ella sale para decirme que Raquel no puede atenderme. Tres, dos, uno... y la puerta que hay tras el mostrador se abre para dejar salir a Nuria.

—Hola, Candela—sonríe.

—No me lo digas, no está—digo con ojos entornados.

Su hermana sonríe y ambas salimos a la entrada y nos sentamos en uno de los escalones del porche.

—Siento molestarte—digo dedicándole una sonrisa.

No sé hasta qué punto conoce su hermana la historia, no tengo claro que es lo que Raquel le ha contado, esta es la primera vez que parece que Nuria sale para algo más que para decirme lo mismo de siempre.

—No me molestas, mujer, justo acabo de duchar a mi madre y en nada me iré a preparar la comida.

—¿Cómo se encuentra? Tu madre, quiero decir.

—Está bien, de vez en cuando se despista o simplemente vuelve cincuenta o sesenta años atrás, ya la viste la otra noche.

Parece que haga un mundo de aquello.

—No ha vuelto a intentar escapar, pero como nos es imposible vigilarla las veinticuatro horas del día, hemos vuelto a contratar a la chica que ayudó a Raquel cuando yo no estaba. Con todo lo que hay que hacer por aquí fuera, Raquel y Alfredo apenas pisan esta casa, y yo sola no puedo con todo, las comidas, atenderla a ella, a mi familia, limpiar la casa...

—No has de excusarte, es normal que necesites ayuda.

Desde el día que estuve cenando aquí, me di cuenta de que Raquel era la única que no vivía en esta casa. A través de mis paseos diarios, he recorrido ya todas las cabañas con la esperanza de dar con la suya, pero no he tenido suerte. Estoy segura de que vive en el recinto, aunque no acierto a adivinar donde, quizá pueda sonsacar un poco a su hermana.

—¿Raquel no vive aquí?

—No, que va—sonríe—tiene su propia cabaña, bueno, nosotros también tenemos una casa al otro lado del camino, pero me es más fácil cuidar de mi madre aquí, por eso nos trasladamos.

—Creo que ya me he recorrido todas las cabañas del recinto y en ninguna de ellas he visto a Raquel...

Nuria sonríe y me mira, no es tonta, sabe leer entre líneas y está muy capacitada para deducir que le estoy preguntando de forma indirecta.

—Ni la verás, la cabaña de Raquel no está en los caminos.

—No me vas a decir dónde está...—sonríe resignada.

—Te aseguro que me gustaría, sigo sin comprender por qué mi hermana te evita, pero ante todo es mi hermana y debo respetar sus decisiones, así que no, no puedo decirte dónde está su cabaña, lo siento, Candela.

—No te preocupes, lo entiendo. Pero hoy sí que vas a decirle una cosa, ¿me harás ese favor?

—Claro, pero no esperes una respuesta, ya sabes cómo es.

—Tranquila, no espero una respuesta, simplemente espero una reacción. Dile que no pienso moverme de este escalón hasta que venga a verme. Me da igual si se hace de noche, si comienza a llover o si mi culo se vuelve plano, no me moveré de aquí—sentencio.

—Pero, Candela, ¿cómo vas a quedarte ahí? —pregunta preocupada.

—Necesito verla, Nuria, y ya no sé qué más hacer—digo desesperada.

—Está bien, la llamaré ahora mismo.

—Gracias.

Nuria se mete para adentro y yo comienzo a arrepentirme de no haber escogido un lugar para esperar que tuviera algo de sombra, el sol me da de lleno. Me entretengo mirando el móvil, si lo llego a saber me traigo un libro, supongo que es de esperar que Raquel no aparezca, sabe que tarde o temprano tendré que moverme de aquí si no quiero morirme achicharrada. El camarero del restaurante sale y me trae una bandeja con un refresco, un plato de olivas y una bolsa de patatas.

—Doña Nuria me ha pedido que le traiga esto.

—Gracias, y dale las gracias a ella también.

Media hora más tarde el chico sale a recoger la bandeja y me deja una botella de agua fría, por lo menos sé que no acabaré deshidratada. Joder, me duele el culo, me escuecen los brazos, las piernas y la cara, creo que me estoy comenzando a quemar con el sol, quizá lo mejor sea que me marche, está claro que Raquel no tiene ninguna intención de aparecer. ¿Merece la pena coger una insolación por alguien que no quiere saber nada de mí? La respuesta es sí, ella lo merece.

Me cambio de posición, tengo el culo dormido, además de dolorido y seguramente plano como una tabla. Estiro mi camiseta para intentar encajarla por encima de las rodillas para taparme el sol de las piernas cuando el ruido de un motor me hace levantar la vista. Tengo que enfocar unos segundos tapándome el sol con la mano para darme cuenta de que Raquel acaba de parar en la puerta subida en un quad de color negro. Mi pulso se acelera mientras ella me observa sin bajarse de ese trasto, está preciosa, de nuevo con esa gorra, una camiseta de tirantes y un pantalón corto con sandalias.

—Vete a casa, Candela—dice muy seria.

—¿Has venido solo para decirme eso? —pregunto molesta.

—Sí.

—Pues lárgate y vuelve cuando estés dispuesta a hablar.

Me echo lo que queda de la botella por la cara, si sigo así me desmayaré en breve. Raquel sigue parada, me mira enfurruñada, dubitativa.

—Sube—ordena.

—¿En ese trasto?

—Sí, venga, hace calor.

Que graciosa, sabrá ella lo que es el calor. Llevo tres putas horas esperando como una tonta bajo un sol abrasador, y todo por su culpa. Cuando me pongo en pie mis rodillas crujen y me duele el culo, me lo masajeo un instante y comienzo a bajar los tres escalones que faltan con cuidado, creo que estoy un poco mareada.

—Estoy sudada, ahora mismo doy asco—digo con mal humor cuando al fin llego a su lado.

—Ya lo veo—sonríe con malicia—sube.

Ahora mismo la estrangularía con mis propias manos y la enterraría en ese huerto que tanto le gusta labrar. Apoyando una mano en su hombro, coloco el pie en una estribera y me impulso para subir, me agarro a su cintura y noto como su cuerpo se tensa bajo mis manos.

—¿A dónde vamos? Y no me digas a mi cabaña porque como me lleves allí no pienso bajarme.

Raquel sonríe.

—Vamos a un sitio al que tú no sabes llegar con tus paseos. Agárrate.

—Está bien, pero no corras, por favor—le suplico.

—No corro nunca con esto, a no ser que lleve protecciones, ¿sabes lo que duele que te salte una piedra?

Me pego a ella y nos ponemos en marcha, aunque realmente va despacio, se mueve lo suficientemente rápido como para que note el aire en la cara, y aunque está caliente, siento alivio.

Durante varios minutos me limito a disfrutar de las vistas a la vez que me inundo con el aroma de su pelo, podría pasar el resto del día así junto a ella. Dejamos atrás todas las cabañas de uno de los caminos y Raquel tuerce a la derecha para tomar un sendero hasta que una cadena nos impide el paso. Se detiene y se baja, saca unas llaves del bolsillo y abre el candado que une uno de los extremos de la cadena a un poste. Dedicándome una mirada que me abrasa por dentro, se sube de nuevo y nos ponemos en marcha por este sendero donde el quad pasa bastante justo y la sombra de los árboles nos libera un rato del sol mientras dura el camino.

En pocos minutos comenzamos a ascender y el camino se ensancha, el sol vuelve, los árboles cada vez están más dispersos y finalmente llegamos a una enorme explanada llena de hierba, rocas y un precioso lago que hace que me quede con la boca abierta y los ojos desorbitados mientras nos detenemos.

—Dios mío, Raquel, que sitio tan bonito...—acierto a decir.

—¿Te gusta?

—Claro, esto no sale en el folleto de actividades que hay en la recepción.

—No, está bastante retirado y el acceso en coche es imposible aquí, así que decidimos dejarlo como rincón secreto para la familia.

—Qué maravilla de sitio—murmuro mientras me bajo.

Raquel abre la caja que hay en la parte trasera del quad y saca una mochila junto con una enorme toalla de playa. Yo apenas le presto atención al principio, el lago me tiene hipnotizada. El agua está completamente calmada y es tan cristalina que puedo ver perfectamente las piedras del fondo.

Si miro hacia delante, miles de pequeñas estrellitas se forman en el agua por el efecto del sol, y en uno de los lados, hay varias flores silvestres que se reflejan en el agua en modo espejo, de forma que parece que haya el doble, sin duda, este lugar es maravilloso.

Sin pensarlo un segundo y como poseída por algún tipo de imán que tira de mí, comienzo a

desnudarme sin pudor alguno hasta quedarme en ropa interior. Me giro un instante para observar a Raquel, que me mira con media sonrisa mientras extiende la enorme toalla de flecos en la hierba.

Su mirada me excita y siento un escalofrío recorrer mi cuerpo. Tomo aire y trago saliva, y finalmente me giro de nuevo y comienzo a adentrarme en el agua.

—Entra despacio, Candela—me advierte—está muy fría y tú demasiado caliente.

La miro y sonrío mordéndome el labio.

—Por el sol, digo—se ruboriza.

—¿Tú no vas a entrar?

—Sí, preparo esto y voy.

Es cierto que está muy fría, pero estoy tan acalorada que enseguida me adapto. Camino hasta que el agua me llega al cuello y entonces me tapo la nariz y me hundo completamente, Dios, que refrescante. Echo mi cuerpo hacia atrás y miro a Raquel, está agachada sobre la toalla dejando su móvil en la mochila.

—Venga, Raquel, el agua está buenísima.

Raquel se pone en pie y se gira hacia mí, y sin dejar de mirarme, se quita las sandalias, se deshace de sus pantalones y su camiseta y por último se quita la gorra y se hace la cola de nuevo. Cuando pienso que ya está lista para venir a nadar, se quita el sujetador en un gesto hábil y rápido y lo deja caer sobre la toalla mirándome descaradamente. Sin poder apartar la vista de sus pechos menudos y juguetones, entiendo por qué lo ha hecho, no tiene la marca del bikini, sus pechos tienen el mismo tono tostado que el resto de su cuerpo porque está claro que siempre toma el sol sin la parte de arriba.

—Deja de mirarme—dice alzando una ceja mientras camina hacia el agua.

—Lo siento, pero es imposible no mirarte—confieso de forma sincera.

Raquel me enfoca y me excito, la visión del agua subiendo lentamente por su abdomen me está mareando, poco a poco llega también a sus pechos, cubre sus pequeños y endurecidos pezones y finalmente llega a su cuello. Raquel también se hunde y yo soy incapaz de dejar de mirar sus labios mojados cuando saca la cabeza del agua, se limpia el agua de los ojos y pasa por mi lado nadando.

La veo alejarse en dirección a la otra orilla, el lago es bastante grande, no sabría decir exactamente cuánto mide, pero a mí me parece inmenso y Raquel se hace cada vez más pequeña. Me asusta, si le pasa algo no sé si yo seré capaz de nadar tan lejos para ir a buscarla, finalmente, se detiene sin llegar al otro lado y se da la vuelta.

—No deberías alejarte tanto—digo cuando llega de nuevo a mí.

—No cubre mucho, la parte más honda es más o menos por el medio y mide unos cinco metros—dice mientras recupera el aliento.

—Ya...

Bajo la mirada, no soy capaz de mantenerla y controlar las ganas que tengo de besarla a la vez. Ella lo nota y se aleja un poco, las dos nos echamos hacia atrás y nos mantenemos a flote mirando al cielo, y a pesar de que lo intento, soy incapaz de evitar que mis ojos se posen una y otra vez sobre sus pechos. Si sigo así me quedaré bizca.

—¿Te incomoda que esté así? Puedo ponerme el sujetador si...

—No me incomoda en absoluto—respondo poniéndome recta y apoyando los pies en el suelo—te voy a desear igual si te lo pones, así que no te molestes.

Eso le arranca un suspiro tan profundo que incluso se le entrecorta la respiración.

—¿Me puedo acercar a ti?

Raquel me mira y tras tomar una bocanada de aire, no dice nada. Me lo tomaré como un sí.

—El que calla otorga, Raquel—la advierto acercándome despacio.

Puedo percibir lo nerviosa que está, esa lucha interna consigo misma y esa mirada que me pide que me detenga, pero que a la vez me suplica que no lo haga. Cuando llego no me paro, dejo que mi cuerpo se pegue al suyo, el roce de su piel desnuda contra la mía me enerva y me excita tanto que apenas puedo respirar. Cojo sus manos bajo el agua y entrelazamos los dedos, se las aprieto para liberar tensión, no sé cuánto rato más aguantaré sin besarla, pero entonces Raquel me sorprende con un gesto que me desarma por completo y ahora mismo puede hacer conmigo lo que quiera.

Ella es la que ha comenzado a besarme con una devoción exquisita, y también la que se ha deshecho de mi sujetador en un movimiento rápido y ahora mis pechos desnudos acarician los suyos. Raquel tiembla, pero no es de frío. Normalmente, me entretengo más en los preliminares, pero deseo tanto estar dentro de ella, que de forma decidida bajo la palma de mi mano por su vientre hasta colarme por debajo de sus bragas.

Casi de forma automática Raquel imita mi gesto y un suspiro ahogado escapa de nuestras gargantas, el hecho de que Raquel también esté acariciando mi sexo hace que la posición me sea incómoda para penetrarla. Ya habrá tiempo para eso, ahora me centro en buscar los puntos que más la alteran y la hacen suspirar.

Ella no deja de mirarme, sus labios tiemblan y yo pego mi frente a la suya al mismo tiempo que atrapo su labio inferior entre los míos y lo acaricio con la punta de la lengua mientras nuestros dedos nos arrancan un suspiro tras otro.

Gemimos sin importarnos en absoluto que nuestros gritos de placer hagan eco en la lejanía, incluso alguna sonrisa se nos escapa al oírlos.

—Oh, joder—jadeo por la intensidad de lo que acabo de sentir.

Raquel acaba de dar con un movimiento que hace que me retuerza y en cuestión de segundos noto como mi orgasmo crece y avanza arrasándolo todo en mi interior hasta que no puedo más y me dejo arroyar por unas inmensas oleadas de placer.

Apenas puedo respirar, las piernas me tiemblan y mi corazón bombea con furia dentro de mi pecho. Sigo con la frente apoyada en Raquel, rozando el temblor de su labio con la punta de la lengua y con mi mano sobre su sexo mientras respiro su aliento como si fuésemos un solo ser.

Ahora sí que puedo hacer lo que quiero, que mi orgasmo haya llegado antes que el suyo me permite impulsarla hacia arriba con la poca fuerza que me queda. Raquel enrosca sus piernas en mi cintura y yo doy un paso atrás para estabilizar mi posición, entonces sí, aparto sus braguitas hacia un lado y de forma muy lenta y con mucho cuidado, la penetro con dos dedos. El grito de su garganta es tan placentero como desgarrador y eso me enloquece.

Raquel pasa sus brazos por detrás de mi cuello y me agarra el pelo con fuerza tirando hacia atrás mientras mis dedos se mueven por su interior cada vez más rápidos. Creo que jamás olvidaré sus suspiros y jadeos, esa manera de gemir una y otra vez se graba en mi memoria con cada una de mis embestidas.

Acelero y araño su espalda con la otra mano, mientras ella sigue tirando con fuerza de mi pelo para ayudarse a mantener la postura cuando sus movimientos de cadera se intensifican sobre mi mano.

—Candela...—suspira con un hilo de voz.

Su tono me derrite y justo cuando estoy a punto de atrapar su labio con los dientes, su orgasmo llega con fuerza y lo barre todo. Noto sus paredes vaginales temblar y contraerse alrededor de mis dedos, apenas tiene tiempo para respirar entre gemido y gemido, hasta que

finalmente un último grito ahogado escapa de su garganta y todo su cuerpo se relaja, quedándose abrazada a mí. Raquel rompe a llorar desbordada por el cúmulo de sensaciones, sentimientos y emociones y yo también. Sé que llora porque tiene miedo, pero también porque es feliz, puedo notarlo, y eso me alivia porque sé que tarde o temprano comprenderá que no voy a irme a ninguna parte sin ella.

Dejo pasar varios minutos hasta que por fin la noto relajada, entonces la sujeto con fuerza y me dejo caer hacia atrás, arrastrándola conmigo debajo del agua. Al salir nos separamos, nos limpiamos el agua de los ojos y nos quedamos la una frente a la otra.

Sus ojos brillan con una intensidad diferente, ahora no solo siente miedo, también es vulnerable porque acaba de entregarme su parte más íntima, sabe que me pertenece, ¿cómo le hago entender que yo también le pertenezco a ella?

—¿Estás bien? —pregunto con calma.

Raquel asiente, hunde la barbilla en el agua hasta que llega a sus labios y sopla muy flojo, de manera que unas diminutas ondas se dibujan frente a su cara y sus ojos oscuros brillan con mucha más intensidad que antes. El sol a sus espaldas dibuja una silueta de esta mujer ante mí que me corta el aliento de forma literal.

—¿Salimos? —pregunto de nuevo.

Asiente otra vez y ambas caminamos fuera del agua hasta la toalla. Nos sentamos y enfoco hacia una roca que hay junto en la orilla y veo que mi sujetador se ha quedado atrapado por una rama que sobresale justo al lado.

—Pensé que lo había perdido—comento sin dejar de observarlo.

Raquel no habla, tampoco parece enfadada ni nerviosa, creo que voy a tener que acostumbrarme a sus silencios y desarrollar un extra de paciencia con ella. Me echo hacia atrás y me tumbo apoyando la cabeza sobre la mochila, le señalo mi pecho y Raquel también se recuesta apoyando la cabeza sobre la zona que le he indicado y pasa su brazo sobre mi abdomen. Se está tan bien así, en este lugar y con ella. Ahora que nos hemos refrescado se agradece el calor del sol y no tengo palabras para describir lo bien que me siento ahora mismo mientras hago tirabuzones con su pelo y ella traza círculos alrededor de mi pezón con la yema del dedo.

—¿Siempre mujeres? —pregunto tras un largo rato de silencio.

—Sí—contesta con un suave susurro.

—¿Siempre, siempre?

—Ajá. ¿Y tú?

—A veces hombres, a veces mujeres—comento mirando al cielo.

—¿Y de qué ha habido más? —pregunta con curiosidad.

—Umm, déjame contar—bromeo a la vez que Raquel me pellizca un brazo con suavidad—mujeres, siempre han predominado las mujeres, pero tampoco creo que sea una preferencia, yo siempre he considerado que me enamoro de las personas indistintamente del sexo al que pertenezcan.

—Sin etiquetas.

—Sin etiquetas—repito—¿vienes mucho por aquí?

—No. Antes veníamos a menudo, cuando éramos adolescentes. Nos juntábamos el grupo de amigos del pueblo, incluyendo a mi hermana y Alfredo, y pasábamos la mayor parte de los días aquí, hasta que hubo un pequeño accidente y mi padre nos prohibió venir radicalmente. Solíamos venir aquí con las motos, ya has comprobado que está lejos para venir andando, fue entonces cuando colocó la cadena en el camino.

—¿Qué ocurrió? —pregunto muerta de curiosidad.

—Yo tenía diecisiete años, me había bebido un par de cervezas, hacía mucho calor y apenas había comido, comencé a sentirme mareada y pensé que lo mejor era darme un baño para ver si se me pasaba. Debido al mareo, calculé mal la distancia cuando estaba nadando y me estampé de cabeza contra aquellas rocas—señala hacia un lado bastante retirado de donde estamos ahora.

—Joder, Raquel...

—Perdí el conocimiento al momento y me quedé flotando bocabajo, por suerte, mi hermana y Alfredo estaban haciendo manitas cerca y él me sacó del agua, tuvo que venir un helicóptero a buscarme, estuve en coma dos días.

Tengo los ojos como platos, y mientras yo la observo con un nudo oprimiéndome el pecho pensando en lo que pudo pasar, ella se suelta el pelo y levanta una parte en el lado izquierdo, dejando a la vista una cicatriz en forma de ele de un tamaño considerable.

—Este es el único recuerdo que tengo después del golpe de aquel día.

—¿Te das cuenta de la suerte que tuviste de que Alfredo pudiese sacarte? —pregunto muy seria.

—Sí, claro que lo sé, supongo que les debo la vida a él y a mi hermana.

Una enorme nube tapa el sol y mi piel se eriza cuando una leve brisa ha comenzado a soplar.

—¿Tienes frío? —pregunta preocupada.

—No, ha sido solo el cambio de temperatura. Me había acostumbrado al sol, pero estoy bien.

—Va a llover—dice a la vez que se incorpora.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto estupefacta.

A mí no me parece que esté el día como para llover.

—Por la brisa y aquellas nubes—señala a mis espaldas—siempre que vienen desde aquella dirección traen agua—dice encogiéndose de hombros como si fuese un hecho obvio.

Miro hacia atrás y descubro sorprendida que es cierto, se está formando un banco de nubes grises y el viento las arrastra en nuestra dirección.

—Deberíamos irnos—dice tranquila—pero si no te importa, antes me daré un último baño.

—No, claro que no, pero no te alejes, ¿quieres?

—No me alejo—confirma sonriente después de depositar un beso en mis labios y dejarme con las piernas temblando.

Aprovecho para recuperar mi sujetador y escurrirle el agua mientras Raquel recorre unos metros nadando. Después sale, lo recogemos todo y nos marchamos bajo la amenaza de unas nubes que cada vez están más cerca, suerte que no he dejado nada en la terraza.

Raquel conduce despacio, y al igual que cuando hemos venido, se detiene después de pasar la cadena y vuelve a colocar el candado.

—¿Cuántos caminos privados hay por aquí?

—Bastantes.

—¿Tú donde vives? —intento indagar.

—En una cabaña.

—¿En cuál?

La veo sonreír a través del espejo retrovisor.

—¿No me lo vas a decir? —pregunto haciéndome la enfadada.

—Todavía no—contesta soltando la mano izquierda para hacerme una caricia cariñosa en la pierna.

—Pues todavía no—bufa para mí con resignación.

Llegamos a la puerta de mi cabaña cuando comienzan a caer las primeras gotas, son gotas enormes y dispersas que anuncian un potente chaparrón, esto lo sé yo sola.

—¿Quieres entrar? —pregunto mordiéndome el labio.

Deseo que lo haga, pero si me dice que no, he decidido que no insistiré. No quiero tensar la cuerda demasiado, la línea que mantiene a Raquel unida a mí todavía es demasiado fina y temo que se rompa.

—¿Y tu marido?

—Futuro exmarido, Raquel—aclaro con cansancio—no tiene ningún motivo para volver, y si lo hace; lo echaré.

—¿Entonces aceptó el divorcio sin más?

No me puedo creer que vayamos a tener esta conversación aquí fuera.

—No, creo que no acaba de creérselo y que me va a costar que lo firme así por las buenas, pero bueno, cuando mi abogado acabe de redactarlo y se lo entregue ya veré su reacción y decidiré el siguiente paso en consecuencia. Me gustaría decirte otra cosa, Raquel, pero no puedo hacer más, ahora ya no depende de mí.

Estoy aterrada, temo que todo lo que he conseguido hoy se vaya al traste porque sus miedos vuelvan. Cada vez tengo más claro que lo que necesito para tranquilizar a esta chica es el maldito documento firmado que diga que Fermín y yo, ya no somos matrimonio.

—¿Tienes algo para comer? —pregunta de pronto.

No he reparado en lo poco que he comido hoy hasta que no ha nombrado la comida y mis tripas han rugido.

—No hay gran cosa—digo con sinceridad, contenta de que quiera entrar—pero llamaremos al restaurante para que nos traigan lo que quieras, la verdad es que yo también tengo hambre.

Asiente y tengo que morderme la lengua para evitar sonreír y que vea la alegría que me produce.

Nada más entrar, es Raquel la que llama y pide que nos traigan varios platos de tapas y una barra de pan. Son las siete de la tarde y para cuando lo traigan será casi una cena más que una merienda.

Dejo a Raquel en el sofá contestando algunos mensajes en su móvil y yo me meto en el baño para darme una ducha. Un trueno ensordecedor me asusta, en la ciudad no suenan tan fuerte, o quizá sea que el ruido de los coches y la gente lo disimulan un poco.

Creo que no he tardado ni diez minutos, pero para cuando salgo, me encuentro a Raquel dormida en el sofá. Sonrío al verla y le echo por encima una camisa de manga larga que tengo colgada en una silla, es la que me pongo por las noches cuando salgo a la terraza.

La comida llega unos minutos después y Raquel ni siquiera se entera, así que dejo la bandeja sobre el mármol de la cocina y subo a la terraza, apenas caen unas gotas y ha refrescado bastante, así que me pongo una sudadera y me siento en el sofá esquinero que hay bajo la parte techada colocando los pies sobre una silla. Empiezo a escribir.

Capítulo 13

Raquel

Cuando abro los ojos me cuesta mucho identificar el lugar dónde estoy y por un momento me asusto, pero entonces veo un cuadro en la pared, es una pintura de la cabaña en la que me encuentro, la número cinco; la de Candela.

Observo la pintura y sonrío con melancolía, el cuadro lo pintó Nuri durante el embarazo de Nerea. Pintó uno para cada cabaña, después nació ella y mi hermana abandonó su afición a la pintura para dedicarse en cuerpo y alma a su familia.

Miro a mi alrededor y no veo a Candela por ningún sitio, pero huele a comida. Miro mi reloj y me sorprendo al ver que son algo más de las ocho, menuda cabezada. Imagino que estará arriba, así que subo con cuidado de no hacer ruido, atravieso el estudio y me asomo a la terraza.

Candela está sentada con el portátil colocado sobre sus piernas mientras escribe, ni siquiera se ha percatado de mi presencia, está tremendamente concentrada mirando la pantalla a través de los cristales de unas gafas de pasta mientras sus dedos bailan con agilidad sobre las teclas. Me acomodo contra el marco de la puerta y la observo sonriendo al mismo tiempo que comienzo a sentir mariposas en el estómago. Debo asumir que estoy colada por ella, y cada vez que pienso en lo que ha pasado esta tarde en el lago se me corta la respiración.

—¿Me espías en mi propia casa? —dice de pronto sin dejar de teclear.

—Bueno, técnicamente es mi casa...

—Pago una suma importante de dinero por estar en ella, así que mientras eso suceda es mía y tú eres mi invitada.

Sonrío, que sexi me parece.

—Siéntate aquí—ordena palpando con la palma de la mano a su lado.

Lo hago, me siento pegada a ella.

—No sabía que usabas gafas.

—Realmente no me hacen falta, veo bien, pero cuando llevo mucho rato escribiendo me suele doler la cabeza, llevarlas me ayuda a evitarlo.

—Te quedan bien—digo con sinceridad.

—¿Sí? —pregunta curiosa.

—Ajá.

Ladeo la cabeza para leer la pantalla, pero en cuanto ve mis intenciones cierra el portátil con rapidez y se levanta.

—Venga, vamos a cenar.

—¿No me dejas leer? —pregunto divertida.

—No—sentencia rotunda.

Candela

Decidimos cenar abajo en el comedor, con la lluvia de antes ha refrescado bastante y se está mejor dentro que fuera.

—¿Cómo llevas el libro, Candela? No te he preguntado desde que estás aquí, ¿has conseguido avanzar? —pregunta interesada.

Ahora caigo en la cuenta de que seguramente ella también piensa que estoy aquí para encontrar la inspiración, a saber que les dijo Fermín cuando hizo la reserva.

—El libro está acabado, prácticamente ya lo estaba cuando vine, de hecho, ayer mismo le envié el manuscrito completo a mi editor, Fermín—confieso con una mueca.

—¿Y por qué viniste? —pregunta sin entender.

—¿Te digo la verdad? —pregunto mientras pincho un poco de ensalada.

—Siempre.

—Lo mío con Fermín no iba bien desde hace tiempo, entonces no me daba cuenta de que todos mis actos eran por lo mismo, porque en realidad no me apetecía tenerle cerca. Cuando él llegaba a casa yo me iba a mi estudio después de cenar bajo el pretexto de que debía escribir. Tenía el libro muy avanzado, pero aun así le mentía y le decía que no conseguía encontrar las palabras. Ahora me doy cuenta de que todo era una excusa porque no quería pasar tiempo con él en el sofá, ni acostarme con él, no me iba a la cama hasta que no estaba segura de que ya se había dormido.

Raquel me observa con atención sin decir una palabra.

—Es curioso lo que cuesta darse cuenta de las cosas incluso cuando las tenemos delante, he tenido que venir aquí para descubrir que lo mío con mi marido no iba a ninguna parte desde hace tiempo.

—¿Cómo te das cuenta de algo así? Quiero decir, llegaste aquí, ¿y de repente ya no le querías? —pregunta sin comprender.

—No, mujer, no es tan banal como eso, al menos en mi caso. Son detalles, pero creo que el más importante fue que vine aquí y no le echaba de menos en ninguna circunstancia, ni en la cama, ni para comer, ni simplemente su compañía. Es triste que estas cosas pasen, pero pasan.

—Eso sigue sin aclararme el motivo de que vinieras aquí—insiste.

—Perdona, me voy por las ramas—sonríe retirando un mechón de pelo de su cara—acabé aquí porque como siempre le decía que no conseguía escribir; él se estresó. Entonces solo faltaban tres meses para la entrega del manuscrito a la editorial y Fermín creía que solo tenía un capítulo escrito, así que sin preguntarme o tener en cuenta mi opinión, alquiló esta cabaña y me dijo que aquí encontraría la inspiración o la tranquilidad que me hacía falta para escribir.

Raquel sonríe y meneas la cabeza incrédula.

—¿Te das cuenta de que nos conocemos gracias a tu mentira?

—Sí, y no me siento bien por haberle mentado, no soy así, pero no sabes cuánto me alegro de haberlo hecho.

—Yo también—confiesa.

Recogemos los platos de la cena y Raquel se queda de pie mirando la puerta.

—No te vayas—le suplico.

—Mañana tengo que madrugar, Candela, tengo que pasar la cortadora de césped por tres cabañas y me gustaría hacerlo antes de que el sol empiece a caer con fuerza. Una de ellas es la tuya, por cierto, si me dices a qué hora sales a dar tu paseo aprovecharé, así no te molesto con el ruido del motor.

—¿Es que no quieres verme? —pregunto con ojos entornados.

—Sí, pero prefiero estar concentrada, y si sé que estás aquí no podré, Candela—confiesa nerviosa.

La abrazo, hundo mi nariz en su pelo y beso su cuello con ternura.

—Está bien—susurro—me voy a las nueve y no suelo volver antes de las once, puedes venir a esa hora.

—De acuerdo.

Nos despedimos con un beso en los labios que me sabe a muy poco y tengo que hacer esfuerzos titánicos para no cogerla del brazo y arrastrarla hasta mi cama. Ella camina con decisión hasta su quad y, solo cuando ya está subida en él y lista para marcharse, levanta una mano con timidez para decirme adiós, yo imito su gesto desde el quicio de la puerta y no entro en la cabaña hasta que no ha desaparecido del todo.

Capítulo 14

Raquel

—Hola, mamá—la saludo con un beso en la mejilla.

—Hola, hija—dice contenta—hace días que no vienes a desayunar con nosotras.

No es que no lo recuerde, es que es cierto, desde aquella noche que Candela cenó con nosotros, tan solo he entrado para saludar a mi madre una vez al día.

—Esto ya está—anuncia Nuri colocando un plato de churros sobre la mesa—¿has visto que buena pinta tienen? —pregunta orgullosa.

—Estoy salivando—digo con sinceridad—¿dónde están mi cuñado y mi sobrino?

—En la granja. Alfredo ha decidido que una de las tareas que puede hacer Adrián es limpiar allí y de paso recoger los huevos de las gallinas y aprender a ordeñar a las cabras. En este momento debe tener una tetilla entre las manos, así practica—añade con una sonrisa maliciosa.

Sonrío con ella, me gustará ver su cara cuando se entere de que no son precisamente tetas lo que a Adri le gusta tocar.

—¿Cómo fue con Candela? —pregunta cambiando de tema mientras mi madre nos observa y juega con su dentadura.

—Mamá, no hagas eso—le pido arrugando la nariz.

—Dios, cualquier día se le caerá en la taza de leche—rezonga mi hermana para sí.

Mi madre sigue a lo suyo completamente ajena a nosotras, a veces tengo dudas, no sé si realmente se ha desconectado o si lo hace para ver si contamos cosas que normalmente no contaríamos delante de ella. Siempre ha tenido una picardía importante.

—Bueno, dime, ¿qué te contó? Yo te veo más tranquila.

Podría mentirle a mi hermana o hacer como suelo hacer a menudo, cambiar de tema o largarme, pero lo cierto es que me apetece hablar de Candela, diría que será la primera vez que le hablo de alguien.

—Estoy más tranquila.

—¿Y cómo consiguió ese milagro? Porque vaya días llevabas, hija mía...

—No sé—digo encogiéndome de hombros—me explicó su situación y supongo que simplemente, la creo.

Mi hermana alza una ceja y yo hundo un churro en el chocolate avergonzada por las ganas que tengo de contarle lo feliz que fui ayer por la tarde.

—La llevé al lago, ¿sabes? —suelto sin levantar la vista de mi taza.

—¿Al lago? Tú padre os lo tiene prohibido, ya veréis como se entere—nos advierte mi madre enfadada.

Nuria y yo nos miramos aturridas, tenemos comprobado que es inútil cualquier intento de hacerla entrar en razón cuando está en este estado, así que le solemos dar la razón para evitar que se altere.

—Es verdad, mamá, pero solo ha sido hoy, no se lo digas, será un secreto solo de chicas—le pide mi hermana guiñándole un ojo.

Mi madre sonríe con los ojos achispados por la emoción de guardar un secreto. Tuvo que ser tremenda cuando era joven.

—Bueno, sigue—insiste mi hermana con curiosidad.

—No sé qué decir—me sonrojo—pasamos la tarde allí, charlamos un poco, nos bañamos, fue bonito—confieso dejándome caer contra el respaldo de la silla.

—Me alegro muchísimo, Raquel, de verdad, no sabes lo feliz que me hace que tengas a alguien.

—Bueno, no sé si se puede decir que tengo a alguien, es pronto para eso...

—Joder, Raquel—dice enfadada—¿qué más necesitas? Se va a divorciar, te ha dicho que te quiere y se ha pasado tres días, mañana y tarde, humillándose aquí en la puerta para conseguir hablar contigo. Por Dios bendito, si ayer estuvo a punto de pillar una insolación solo porque quería verte, si eso no te parece prueba suficiente de que te quiere, ya me dirás tú cuál es la definición exacta que tienes del amor.

—No digo eso, Nuri, es solo que no quiero precipitarme. Me apetece ir despacio con ella y ver cómo se van presentando las cosas, que quiera divorciarse no significa que ya lo haya hecho, y por lo que me ha dicho, parece que su marido no se lo va a poner fácil.

—El amor es así, ¿sabes? No es un camino de rosas donde todo propicia que tú seas feliz y folles mucho. Perdón mamá—dice mientras yo sonrío—por el amor hay que luchar, el amor es que tú te mantengas a su lado cuando las cosas se le compliquen y no salgas corriendo.

—Vale, lo he pillado, Nuri, cómo estás hoy...—murmuro en voz baja.

—Ya lo sé, perdona, es que anoche discutí con Alfredo y todavía me dura el enfado.

—¿Discutisteis?

—Sí, pero no te preocupes, son tonterías—dice quitándole importancia con un gesto de mano—¿entonces volverás a verla?

—Sí, claro, he pensado llamarla esta tarde, cuando acabe de hacer las tareas me pasaré por su cabaña si ella quiere.

—¿Por la cabaña de quién? —pregunta mi madre que ya ha vuelto al momento actual.

—De Candela, mamá, le estaba diciendo a Nuri que esta tarde me pasaré a verla.

—Ah, Candela, esa mujer me gusta, ¿sabéis?

—A mí me gusta más, mamá—digo nerviosa.

Mi madre me mira y se rasca la cara sin entender.

—¿Qué quieres decir?

Estoy muy nerviosa, no sé si hacer esto es buena idea o no porque puede que dentro de un rato lo haya olvidado, pero mi madre siempre ha estado preocupada porque no quiere que esté sola, así que, si no se lo digo ahora, ¿cuándo lo hago? ¿Cuándo sea incapaz de reconocerme? Miro a mi hermana y ella asiente conforme.

—Digo que Candela me gusta, mamá, me gusta mucho.

Joder, tengo las mejillas a punto de explotar.

—¿Te acuestas con ella? —pregunta muy seria.

A mí se me atragantan las palabras, no tengo muy claro a quién tengo delante ahora mismo, no sé si es mi madre de ahora o mi madre de cuando yo no había nacido, pero parece que ha leído la duda en mi rostro.

—Estoy aquí hija, es que no sé si te estoy entendiendo. A mí me gustan muchas cosas, pero yo solo me acostaba con tu padre, ¿eso es lo que me estás diciendo? ¿Qué Candela te gusta como para acostarte con ella?

—Sí, me gusta de ese modo—respondo roja como un tomate.

Mi madre sonríe y me coge una mano entre las suyas.

— Y ella?  Ella también quiere acostarse contigo?

—S , mamá, ella también quiere—respondo con los ojos vidriosos.

Los labios de mi madre tiemblan mientras asiente sin cesar. Puedo notar su emoción y como lucha por encontrar las palabras que expresen lo feliz que se siente de que por fin está con alguien. Como no las encuentra, simplemente me abraza y llora conmigo. Nuri se levanta y nos abraza a las dos.

Cuando todas nos calmamos mi hermana prepara un café para nosotras y una tila para mi madre. Después de que Nuria se siente mi madre rompe el silencio y me hace la pregunta cuya respuesta sí que mi hermana est  deseando conocer.

— Y ya os habéis acostado?

Por poco me atraganto con el café. Nuria se ríe y alza las cejas animándome a responder.

—Más o menos—respondo avergonzada.

— C mo que más o menos? —pregunta Nuri divertida— hubo tema o no lo hubo?

—Lo hubo—concedo por fin.

Mi madre sonríe y aplaude divertida, no s  si se ha ido o realmente le emociona saber que me he acostado con una mujer.

— En su casa? —pregunta mi hermana entornando los ojos.

—En el lago, y deja de preguntar, cotilla.

Les doy un beso en la mejilla a ambas y me despido.

—No olvides que mañana es el cumpleaños de Adrián—me recuerda mi hermana antes de que cruce la puerta.

— Alguna vez lo he olvidado?

Capítulo 15

Raquel

Llego a la cabaña de Candela pasadas las nueve, lo he hecho a propósito, prefiero que ella esté fuera mientras hago mi trabajo porque si no, no podré concentrarme. Cruzo la puerta de entrada al patio y me subo sobre la máquina de cortar césped como si tuviese más prisa que nunca. Si nada me entretiene, en una hora estaré fuera.

No sé si es porque me pone nerviosa estar aquí y pensar que puede llegar en cualquier momento, pero tengo un calor insoportable. Me detengo un instante y me acerco al grifo que hay en la pared para refrescarme la cara y los hombros mientras pienso en que ya podía aparecer alguna nube durante un rato. Cuando me pongo en pie me doy un susto de muerte, Candela está frente a mí con una botella de agua en la mano y una sonrisa radiante que me hace temblar.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mientras trato de limpiarme un poco el sudor de la frente con la mano.

—Vivo aquí—se encoge de hombros divertida.

—Quedamos en que no estarías, Candela—digo algo aturdida.

Es increíble lo nerviosa que me pone con solo su presencia.

—Ya sé lo que dijimos, pero estoy, Raquel—anuncia acercándose peligrosamente.

—Estoy sudada, Candela, es mejor que te quedes ahí.

Eso es lo que opino yo, pero está claro que no es lo que opina ella, porque se planta frente a mí y colocando su mano en mi nuca, me arrastra hacia sus labios y yo me pierdo en ellos sin remedio. Candela profundiza el beso y soy consciente de que ya no tengo fuerzas para negarle nada.

—Tengo que acabar—susurro nerviosa.

—Ya lo sé, y no quiero entretenerte, de verdad, solo he venido a traerte agua fresca. Te he echado de menos—confiesa sin más.

—No hagas eso, Candela, no me digas esas cosas ahora, necesito concentrarme.

—Está bien, perdona—dice besando mi frente—¿me llamarás cuando acabes?

—Sí—respondo como si no tuviese remedio.

Ella me sonríe satisfecha, me entrega la botella y se dirige hacia la salida dispuesta a comenzar su caminata de todos los días.

—¡Candela! —la llamo haciendo que se gire de inmediato.

—¿Qué?

—Yo también te he echado de menos.

La sonrisa que me devuelve me derribe más que el sol. Candela se marcha y yo comienzo a contar las horas que faltan para acabar mis tareas de hoy.

Cuando termino estoy agotada, pero aun así me siento llena de energía por culpa de la mujer de la cabaña cinco. Me doy una ducha con agua fría en casa de mi madre después de guardar la máquina en el garaje, me pongo ropa cómoda y me voy a la cabaña de Candela, hemos decidido pasar la tarde allí, bueno, en realidad, lo ha decidido ella porque dice que seguro que estoy

cansada, no le falta razón.

Al llegar me está esperando en la puerta y el corazón por poco se me escapa por la boca cuando la veo. Lleva el pelo recogido en un moño informal del que cuelgan varios mechones y la camiseta blanca que llevaba el día que vine a arreglar la fuga de agua, de nuevo sin sujetador. Entramos en la cabaña y la situación es extraña, no sé qué decir y parece que ella tampoco, lo único que me apetece ahora es hacerle el amor, su sola presencia me excita tanto, que tengo que coger mucho aire para ir calmando las sacudidas de deseo que se producen entre mis piernas.

—¿Cómo estás de cansada? —pregunta con mirada tórrida.

—Estoy perfectamente—respondo nerviosa.

Sé que va a pasar, su mirada está encendida y sé que desea lo mismo que yo, solo que yo no me atrevo a dar el paso y eso me pone nerviosa. Es algo que no entiendo, a mí nunca me frena nada cuando deseo a una mujer, simplemente me lanzo a por lo que quiero, pero con Candela no funciono igual, con ella todo me da miedo y creo que es porque estoy tan colada por cada uno de sus huesos, que me da pánico dar un paso y que ella me rechace, creo que no estoy preparada para soportar algo así.

Por suerte, Candela está muy lejos de querer rechazarme, es ella la que tras un bufido que indica que está harta de que ambas estemos plantadas como dos bobas, me coge de una mano y me pega a su cuerpo. A partir de ahí me dejo llevar y arranco su ropa con la misma desesperación que ella arranca la mía hasta que caemos de lado en el sofá.

Candela se sienta a horcajadas sobre mí y me incorporo para besar sus pechos mientras ella enreda sus manos en mi pelo y suspira. Su cuerpo tiembla de excitación bajo mis labios y poco a poco voy acercando una mano a su sexo a la vez que ella hace lo mismo con el mío, pero se la aparto, quiero centrarme en ella y si me toca siento tanto placer que soy incapaz de coordinar.

Mi gesto de dominación parece que le gusta porque sonrío, así que hundo mis dedos en su interior sin previo aviso y Candela se muerde el labio inferior antes de dejar escapar un suspiro que me eriza la piel. Muevo mis dedos dentro de ella y me clavo lo más hondo que puedo al ver que busca la profundidad y otro grito ahogado escapa de su garganta. Ella me mira y sonrío mientras se mueve contra mi mano sin dejar de jadear, estoy tan excitada viendo como balancea su cuerpo sobre mi mano con elegancia y un toque salvaje, que sé que en cuanto me toque no va a tener que esforzarse mucho para arrancarme un orgasmo.

—Joder, Raquel...—exhala sin apenas aliento.

Su humedad empapa mi mano y sonrío. Candela echa su cuerpo hacia atrás, apoyando las manos en el sofá y dejando sus pechos completamente expuestos ante mi mirada lobuna. La estampa de su cuerpo desnudo y sus rítmicos movimientos de pelvis me desquician tanto, que no puedo evitar posar mi otra mano sobre mi propio sexo para masturbarme.

Ella me mira con los ojos muy abiertos durante un segundo, pero después los cierra para dejarse llevar hasta que su cuerpo finalmente se destensa cuando yo todavía me estoy retorciendo. Salgo de ella y me dejo caer hacia atrás cuando ahogo el último gemido, pero Candela no me da tregua, se incorpora hacia delante, separa mis piernas con delicadeza y su lengua se hunde en mi humedad haciendo que un agradable escalofrío me recorra todo el cuerpo.

Hundo mis manos en su pelo revuelto y la pego a mí. Candela succiona mi clítoris con tanta devoción, que antes de que pueda recuperarme del primer orgasmo, llega el segundo y me arrasa como una oleada de fuego.

La arrastro hacia mí y Candela sonrío y me besa cuando se coloca a mi lado. Nuestros cuerpos brillan por el sudor y me gusta la sensación de que su piel resbale contra la mía. Tras varios minutos de silencio donde no hemos hecho otra cosa que acariciarnos, levanta un poco la cabeza

y me besa.

—¿Qué te parece si nos duchamos y después preparo unos cafés? He comprado dulces y algunas guarrerías para merendar.

—Me gusta el café solo, sin azúcar y con hielo—anuncio entornando los ojos.

—Muy bien, señorita—dice mordiéndome un pezón con exquisito cuidado—un café solo, sin azúcar y con hielo para ti, y uno con leche, sacarina y muy caliente para mí.

—Puaj, ¿cómo puedes bebértelo caliente con el calor que hace?

—No me gusta de otro modo—dice encogiéndose de hombros.

Después de una calurosa ducha en la que ni siquiera el sonido del agua podía aplacar nuestros gemidos, subimos a la terraza. Candela lo dispone todo en la pequeña mesa de madera, pensada para un máximo de dos personas, y nos sentamos de cara al mar.

—Es una lástima que toda la parte que da al mar sea un acantilado, si tuvieseis una playa aquí, creo que tendríais que ampliar las instalaciones—comenta con la mirada perdida en ese fondo azul.

—Si esto tuviese playa creo que no sería lo mismo, quiero decir, que entonces mis padres seguramente lo hubiesen dedicado directamente al turismo familiar, y yo entonces no estaría aquí—confieso.

—¿Por qué no? —pregunta con curiosidad.

—Porque me gusta tener mi espacio, me gusta la tranquilidad y la calma. Las aglomeraciones y el turismo de masas me ponen nerviosa. Si estoy aquí es porque este lugar se pensó precisamente para que los huéspedes encontraran la paz que no hay en las ciudades.

—Y no sabes cuánto se agradece un lugar así. A mí no me importa vivir en la ciudad, me crie en una y estoy acostumbrada, pero entiendo que no quieras irte de aquí, después de haber probado esto me cuesta horrores pensar que en algún momento tendré que volver.

Un nudo de angustia y ansiedad se me instala en el centro del pecho, yo también soy consciente de que ese momento tiene que llegar y no tengo ni idea de lo que va a pasar entre nosotras entonces, me da tanto miedo que no me atrevo a preguntarle lo que opina.

—Esta mañana me ha llamado Fermín—comienza a decir mientras mi gesto se contrae sin que pueda evitarlo.

—No te pongas nerviosa, Raquel—dice dulcemente mientras coloca su mano sobre la mía—era una llamada por trabajo, recuerda que él es también mi editor, y te aseguro que no hemos hablado más que de eso. Era para decirme que el jueves tengo que ir para reunirme con la fotógrafa y el diseñador de la portada, tienen un par de bocetos y quieren mi opinión para acabar de decidir los detalles, siempre lo hacemos así.

—¿Qué te han dicho del libro? ¿Les ha gustado?

—Mucho, Fermín me ha dicho que están encantados con el resultado, solo espero no decepcionar a los lectores—dice nerviosa.

—Debe ser difícil aguantar esa presión—pienso en voz alta.

—Mucho—se ríe—sobre todo los primeros días, lo paso fatal pensando en si les estará gustando o simplemente pensarán que es una basura y que ya no sé contar una historia, no se me pasa hasta que comienzan a llegar las primeras opiniones, entonces ves que gusta y cambias la ansiedad por la euforia y la satisfacción del trabajo bien hecho.

Suspiro profundamente, yo no sé si podría dedicarme a algo que la gente no deja de juzgar.

—Tengo una pregunta, Candela, si ayer no estabas escribiendo el libro, ¿qué escribías? ¿Has comenzado otro?

—Entre novela y novela siempre escribo cosas, es algo que no puedo evitar, me gusta

demasiado contar historias.

—¿Qué tipo de historias? —quiero saber.

—De todo, a veces incluso hago un pequeño relato de algún sueño que he tenido. También invento historias alrededor de alguna noticia que leo, algún cotilleo que me cuentan, no sé, supongo que los escritores tenemos ese problema, que a cualquier cosa le podemos dar cuatro giros y convertirla en una historia de cualquier tipo de género.

—Yo he leído todas tus novelas—confieso ante su cara de asombro—todas son de género romántico, ¿escribes algo que no sea así?

—No sabía que me habías leído—comenta sonrojada, yo me encojo de hombros—tengo muchas historias escritas. Muchísimas, si te enseño la carpeta donde las guardo encontrarás decenas de archivos de cualquier género. He escrito cosas de terror, de ficción, de investigación, erótica, suspense... Lo que pasa es que nunca he llegado a publicar nada de eso, quizá algún día coja alguna de esas historias y la alargue hasta convertirla en una novela.

—¿Escribes erótica? —pregunto alzando una ceja.

En sus libros hay relaciones entre los protagonistas, pero nunca entra en las descripciones que vayan más allá de un beso o una caricia inocente, siempre se salta esas partes dejándolas a la libre imaginación de cada uno y no me la imagino entrando en detalles.

—¿Crees que no puedo?

—Déjame leer algo—pido sin contestar a su pregunta.

—Me da vergüenza, Raquel—confiesa para mi sorpresa.

—Venga ya—digo poniéndome en pie y colocándome detrás de su silla.

Bajo las manos por sus hombros con calma, hasta que llego a sus pechos, los agarro y beso su cuello mil veces.

—Te he visto desnuda, Candela, hace un rato que hemos estado haciendo el amor en tu sofá —susurro erizando su vello—¿y ahora te da vergüenza que lea lo que escribes?

—¿Siempre consigues todo lo que quieres? —pregunta con ojos entornados.

—Casi siempre—sonrío pensativa.

Candela se pone en pie, me agarra de la cintura y me besa con una profundidad que me marea.

—Creo que soy incapaz de negarte nada, Raquel.

Apoyo mi frente contra la suya y suspiro, estoy intentando seguir el consejo de mi sobrino y disfrutar de cada segundo al lado de Candela. Si su novela ya está terminada no tiene sentido que siga aquí, podría decidir irse en cualquier momento, y eso me inquieta.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí.

—¿Segura? ¿Por qué no hablas conmigo, Raquel? —pregunta en un susurro—confía en mí, no puedo ayudarte si no sé lo que te pasa.

—Estoy bien, demasiado bien—consigo decir.

—¿Pero?

—Me aterra que desaparezcas—confieso haciendo que me mire suspirando.

—No pienso desaparecer. No sé cómo van a ir las cosas de aquí en adelante, pero quiero estar contigo, eso es lo único que tengo claro y lo único que me importa ahora mismo, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien—dice besando mi pelo mientras yo me paso los dedos por los ojos para evitar que mis lágrimas caigan—te voy a imprimir un par de hojas y me dices lo que te parece, ¿vale?

—Está bien—sonrío.

Candela entra en el estudio, conecta el portátil a la impresora y se coloca las gafas para buscar entre sus archivos. Yo la observo con una devoción absoluta, me parece preciosa haga lo que haga, lleve lo que lleve. Unos segundos después, vuelve con un par de folios en la mano.

—¿Te apetece una cerveza para leer?

—Sí, por favor.

Me acomodo en las butacas y justo cuando estoy lista para comenzar, Candela llega con las cervezas y se sienta a mi lado con el portátil.

—Aprovecharé para contestar correos mientras tanto.

—¿Tus fans? —bromeo, pero Candela se sonroja y yo estallo en una carcajada—¿te escriben mucho?

—Bastante...

—¿Y qué te dicen? —pregunto traviesa.

—Eso no es asunto tuyo, ahora ponte a leer antes de que me arrepienta—me amenaza divertida.

Me acomodo, doy un trago a mi cerveza y comienzo a leer.

Capítulo 16

Catwoman Parte 1

—¡La tengo, Aby! —grita Pablo levantándose en volandas.

—¿Qué haces tarado? ¿Quieres que nos despidan? —le regaña mientras miro en todas direcciones.

Pablo tira de mí, me arrastra hasta el lavabo de hombres y cierra la puerta en cuanto estamos dentro. Yo ruedo los ojos con resignación, le cojo de la mano y tiro de él hasta la cafetería, por lo menos aquí no pensarán que estábamos follando si nos pillan.

—¿Qué tienes? —pregunto resoplando—y espabila que no quiero que me echen por tu culpa.

—Eres la mejor redactora que hay aquí, ¿por qué iban a echarte? —se pregunta extrañado.

Dios, qué paciencia la mía.

—Porque esto no es el patio de un colegio, y si sigues comportándote como un crío harás que nos despidan a los dos, recuerda que tú estás aquí porque yo di la cara por ti, haz el favor de comportarte.

—Está bien, está bien—dice dándome la razón como a los tontos—escucha, ¿recuerdas aquel club sobre el que te hablé?

—Umm, ¿el de intercambio de parejas? —pregunto pensativa.

—Exacto—dice eufórico dando una palmada que me asusta.

—¿Te quieres calmar? ¿Qué pasa con ese club? —le pregunto en voz baja, a ver si tengo suerte y me imita.

—He conseguido una invitación.

—¿No dijiste que eso era imposible? ¿Qué solo se podía entrar si alguien de su selecta clientela te daba una invitación?

—Eso mismo, por eso estoy tan alterado, Aby, resulta que el año pasado entrevisté a una ricachona, no sé si tú la recuerdas, se dedicaba a... bueno, eso da igual—se corta el mismo sacudiendo la mano como si no tuviese importancia—el caso es que ayer me la encontré y salió el tema, descubrí que ella va por allí a menudo y me ha dado una invitación.

—Pues enhorabuena, ahora ponte a trabajar—digo dándole una palmadita en el hombro.

—Espera, espera—me pide bajando la voz al fin—no puedo ir solo, es un club de intercambio, solo se puede ir acompañado.

—¿Y? —pregunto temiendo su respuesta.

—Pues que necesito que me acompañes, no se lo puedo pedir a nadie más.

—Ah, no, ni hablar, conmigo no cuentas para eso, bastante hago con aguantarte todo el día.

—Por favor, Aby—suplica—soy tu mejor amigo.

Eso es cierto, incluso sería justo decir que es el único. Pablo y yo nos conocemos prácticamente desde que tengo memoria y haría cualquier cosa por él, pero esto, esto me pone los pelos de punta solo de pensarlo.

—Por favor—insiste otra vez—tú no tienes que hacer nada si no quieres, ni siquiera hemos de fingir que somos pareja, solo entrar juntos, después, no sé—se ríe nervioso—si alguien te gusta pues vas, y si no, pues nada.

—No, rotundamente no. He leído que en esos sitios pasan cosas en cualquier rincón, no pienso entrar ahí para ver como todo el mundo folla a mi lado.

Joder, que asco me da pensarlo.

—Mi amiga me ha dicho que la primera sala es una toma de contacto, puedes tomarte algo en la barra y decidir si te vas con alguien a las siguientes salas o no. Si no quieres hacer nada, pues supongo que te puedes quedar ahí, venga, solo te pido una hora, acompáñame ese tiempo y después vete si no te sientes cómoda.

—A ver si me aclaro, yo te acompaño porque si no vas con alguien no te dejan entrar.

—Exacto.

—¿Y por qué no se lo pides a una de tus amiguitas? Seguro que estarán encantadas.

—Porque si entro con una de ellas me sentiré cohibido, solo puedo ser yo cuando estoy contigo.

—Lo siento, Pablo, pero no me veo entrando en un sitio de esos.

¿Y dónde estoy ocho horas más tarde? En la puerta del club, con el único vestido que cuelga de una percha en mi armario, porque encima aquí una no puede venir cómoda con sus pantalones y unas zapatillas, no. Aquí estoy, aguantándome la falda del vestido porque cada vez que pasa un coche tengo la sensación de que se va a levantar y unos tacones que hacen que sienta vértigo cuando miro al suelo. Pablo lleva un traje negro con camisa blanca, clásico pero efectivo, dudo que le dure mucho rato puesto.

Una vez dentro me siento abrumada, la música es suave, pero a la vez, ¿erótica? ¿sensual? No sabría definirlo muy bien. Toda la sala está oscura, con unas pocas lámparas situadas en lugares estratégicos que aportan una mezcla de tono blanco cálido con rojo, la única zona bien iluminada es la barra, atendida por un chico con un antifaz de Batman y una chica con un antifaz de Catwoman, a ninguno de los dos se les ve la cara.

—Joder, me estoy poniendo cachondo—me susurra Pablo nervioso.

En una ocasión normal le diría que es un cerdo, pero no en esta, porque le creo, todo en el ambiente de esta sala invita a la excitación. Incluso yo también me siento un poco excitada, pero eso no pienso decírselo.

No creo que haya más de cuarenta o cincuenta personas, y hasta ahora no había prestado atención, pero con mis ojos adaptados a este tono rojizo comienzo a distinguir bien las figuras. Todo son pequeños grupos de dos o tres personas, algunos hablan mientras se toman una copa, otros se insinúan y se acarician de un modo extraño y sensual, ¿es que hay un manual para hacer esto? Y otros... ¡Joder!

—Están follando, Pablo—le grito alarmada—están follando aquí, delante de todos.

—Ya lo veo—comenta divertido.

Son una pareja, chico y chica, ella con la espalda pegada a la pared y él clavándose dentro de ella al ritmo de una locomotora sin ningún tipo de pudor. Al menos no se han quitado la ropa, ella simplemente se ha subido la falda del vestido lo suficiente para que él le meta esa cosa que les cuelga a los hombres y que tanto rechazo me produce.

Observo a mi alrededor nerviosa, seguro que hay más en la misma situación y todavía no los he visto.

—¡Ajaa, allí hay más! —señalo orgullosa a dos mujeres y un hombre que se lo están montando en el sofá del rincón.

—Aby, cálmate o nos echarán—me pide Pablo sin poder borrar una sonrisa lobuna de sus ojos, está claro que busca presas.

—Estoy calmada—le digo.

Pero no es cierto, estoy muy nerviosa, noto como todos nos miran porque somos carne fresca, seguro que en cualquier momento aparece alguien y nos pide que nos unamos a ellos. Ay, Dios, pero ¿qué hago aquí? Maldigo la hora en la que le dejé que me convenciera para venir.

—Vamos a tomar algo, te sentará bien—me pide.

Y estoy de acuerdo, necesito alcohol. Pablo coge mi mano, algo que en una situación normal no permitiría, pero que aquí agradezco porque no quiero pasear sola entre medio de estos depredadores. Cuando vamos de camino a la barra no puedo evitar mirar otra vez a la pareja del vestido, descubriendo que ella me está mirando mientras suelta unos discretos gemidos. Me altero, sobre todo cuando me hace un sutil gesto con la mano para que vaya. Madre mía.

Aprieto la mano de Pablo con fuerza, como si temiera perderme, y clavo mi mirada en sus hombros. Pablo pide dos Gin-tonics y ambos nos sentamos en un taburete, pero él apenas dura dos sorbos a mi lado, porque la mujer que hace unos segundos me ha pedido que me uniera a ellos, ahora le ha hecho el mismo gesto a Pablo y él ha saltado de su taburete con la misma facilidad que su polla saltará de sus pantalones.

Perfecto, ya estoy sola ante el peligro. Miro mi reloj, son las once y media, una hora, eso es lo que le prometí a Pablo, después me largo de aquí. Cojo mi copa y me bebo la mitad de golpe, después doy una gran bocanada de aire y lo expulso lentamente mientras me giro en busca de mi amigo, ya no están, ni él ni la pareja de la locomotora.

No puedo evitar que mis ojos se pierdan por toda la sala sin observar a nadie en concreto, pero a la vez a todos, esta vez es un hombre el que me pide que me acerque y un nudo se instala en mi garganta, que hora más larga.

—¿Eres una mirona? —la voz de Catwoman a mis espaldas me asusta.

Raquel

—¿Ya está? ¿Y el resto? ¿Dónde está lo que falta? —pregunto dejando los folios sobre la mesa.

—¿Te gusta? —pregunta entornando los ojos con cierta inquietud.

—Por supuesto que me gusta, Candela, pero no puedes dejarme así, dame lo que falta.

—No—responde tajante con una sonrisa que no me gusta ni un pelo.

—¿Qué? ¿Por qué no? —me quejo después de dar otro sorbo a mi cerveza.

Candela se pone en pie, y esta vez es ella la que se coloca a mis espaldas, agarra mis pechos con suavidad y me susurra al oído.

—Quiero ver tu cabaña, no te pido que pasemos el día o la noche allí, solo que me enseñes donde vives.

—¿Me chantajeas? —pregunto burlona, pero ella no bromea.

—No, solo quiero ver tu hogar, Raquel, quiero conocerte y saberlo todo de ti, ¿tan malo es?

—No, supongo que no.

—Bien—me besa en la mejilla.

—De acuerdo, te llevaré, ahora dame lo que falta—exijo impaciente.

—Ni hablar, bonita, cuando me lleves leerás el resto, no antes.

Me pongo en pie y la miro con ojos entornados, pero no consigo persuadirla de su decisión.

Candela se gira con un movimiento elegante y seductor y vuelve a sentarse alzando una ceja.

Estamos en la puerta del patio que da salida a su cabaña, Candela me ha acompañado para despedirse y noto como se muerde la lengua para no pedirme que me quede a pasar la noche. Yo también lo deseo, pero también me gusta que me respete y no me presione.

—¿Nos vemos mañana? Me gustaría invitarte a comer cuando acabes, hasta he pensado ponerme un tutorial y cocinar yo—comenta sonrojada.

—¿No sabes cocinar nada? —pregunto sin poder evitar que se me escape la risa.

—Nada que vaya más allá de un huevo frito o una tortilla.

—Vaya, pensaba que eras una mujer de provecho, no sé si a mi madre le gustarás tanto después de esto—bromeo.

—Está bien, pues no te cocino nada—comenta intentando parecer ofendida.

—Claro que quiero que me cocines, pero no mañana. Verás, es el cumpleaños de Adri y siempre lo celebramos haciendo una gran comilona en casa de mi madre—comento nerviosa.

—Oh, no te preocupes—responde apartando la mirada—si estás ocupada lo entiendo, ya nos veremos más tarde, o mejor al día siguiente, es un día familiar y no quiero molestarte.

—No, Candela, escucha, llevo toda la tarde dándole vueltas y no sé si te parecerá muy precipitado, pero me gustaría que vinieses. Si tú quieres, claro.

—¿De verdad quieres que vaya? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Sí—confieso.

Candela sonrío y me coge de la mano.

—¿Y qué les vas a decir? Yo no pinto nada allí, Raquel, se harán preguntas.

Me falta el aire, ¿me he precipitado? ¿seré yo la que al final resulta que la está presionando a ella?

—Uy, uy—dice alzando las cejas—no sé qué piensas con esa cara que acabas de poner, pero no te equivoques, Raquel, me encantará ir contigo si es lo que tú quieres. Yo lo único que digo es que tu familia se hará preguntas, solo eso, y no quiero que te sientas incómoda.

—Mi hermana y mi madre lo saben—confieso tras un profundo suspiro.

—Ah, ¿sí? —pregunta sorprendida.

—Sí, bueno, seguro que mi madre lo olvida a ratos, pero en el fondo lo sabe, y se alegró mucho cuando se lo dije.

—¿Entonces no voy en calidad de amiga? —pregunta socarrona.

—Supongo que no. ¿Te paso a recoger cuando termine? —comento cambiando de tema.

—No, creo que bajaré dando un paseo y te esperaré en el restaurante, ¿te parece bien?

—Perfecto—susurro justo antes de besarla.

Cuando me dirijo hacia el coche noto la mirada de Candela clavada en mi espalda, me giro y sonrío, ella me guiña un ojo y mi respiración se corta.

—¡Ah! —le grito justo antes de irme—¡no olvides traer el resto del relato, cuando acabemos de comer te llevaré a mi casa!

Capítulo 17

Candela

Llevo sentada en la terraza del restaurante apenas quince minutos cuando de pronto alguien me tapa los ojos con las manos. Al principio me asusto, pero enseguida sé que es Raquel, porque su aroma me envuelve y sus labios se posan en mi mejilla para darme un sonoro beso que me llena de una felicidad que jamás había sentido antes.

—Hola, escritora—susurra liberando mis ojos.

Yo cojo sus manos y tiro de ellas hacia delante, de forma que ella apoya su barbilla en mi hombro y puedo verle la cara por el rabillo del ojo.

—Hola, cariño—susurro colocando una mano en su mejilla.

Raquel me la coge y besa mis dedos con ternura, ahora mismo me siento tan feliz que tengo ganas de llorar, ¿será la edad? Desde que cumplí los cuarenta creo que estoy más sensible que de costumbre. Cojo aire y lo expulso mientras ella me rodea y coloca una silla justo enfrente de mí, las dos nos inclinamos hacia delante y le cojo ambas manos a la vez que la miro y sonrío, pero no consigo evitar que mis ojos se inunden.

—¿Qué te pasa? —pregunta preocupada, volviendo a besar mis manos.

—Nada, de verdad—suspiro—es que soy feliz, Raquel, soy feliz contigo—confieso.

Ella sonríe y baja la mirada avergonzada, es como si le costara creer que sea ella la que me provoque ese efecto. Su melena castaña cae en cascada por encima de su hombro izquierdo, busco su cicatriz y la beso, después bajo mis dedos hasta colocarlos detrás de sus orejas, y colocando los pulgares en sus mejillas la obligo a mirarme.

—Te quiero, Raquel Campos, métetelo en la cabeza.

Un carraspeo masculino rompe nuestro momento. Raquel se incorpora de inmediato y vemos a su sobrino Adrián en pie junto a la entrada, está junto a otro chico rubio algo más alto que él.

—Adri—dice ella sorprendida.

Su sobrino se acerca a nosotras y el otro chico le sigue pegado a su espalda, ambos parecen bastante nerviosos. Raquel felicita a Adrián estrujándolo entre sus brazos y repartiendo miles de besos en sus mejillas.

—Mi hombretón—comenta orgullosa.

—Muchas felicidades, Adrián—le digo yo.

—Gracias, señora Toledo.

—Candela, por favor.

Adrián mira a su tía extrañado, supongo que, porque desde pequeño le tienen enseñado a tratar con educación a los huéspedes y el chico duda ante mi petición, pero Raquel asiente y él sonríe cuando vuelve a mirarme.

—Tía Raquel, él es John—dice haciéndose a un lado.

—Hola, John, es un placer.

—El placer es mío, doña Raquel—dice el chico con las mejillas encendidas.

—Si me vuelves a llamar doña os doy una paliza a los dos—les señala divertida—ella es

Candela.

John me estrecha la mano contento mientras Adrián sonríe sofocado, Raquel se acerca a él y ambos se apartan un segundo para hablar en privado.

—¿Eres amigo de Adrián? —pregunto curiosa.

—Sí—sonríe tenso como una cuerda de guitarra.

No entiendo lo que sucede aquí, pero tampoco voy a preguntar nada ahora, mejor espero a que Raquel me lo explique después.

—¿Entramos? —pregunta Adrián cuando él y su tía se unen al rubio tenso y a mí.

—Entrad vosotros, Adri, Candela y yo vamos enseguida—contesta Raquel.

Pero Adrián no se mueve y la mira con ojos suplicantes.

—No me atrevo, tía Raquel—confiesa nervioso—si tú entras conmigo será más fácil y...

—Eh, no pasa nada, cariño, perdona—le dice Raquel acariciando su mejilla—claro que entramos. ¿Vamos? —me pregunta a mí.

Yo asiento y la interrogo con la mirada, pero Raquel solo me devuelve una sonrisa y un gesto que indica que después me lo explica. Adrián y John entran primero y nosotras les seguimos, cruzamos la puerta que hay detrás de recepción y atravesamos el pasillo hasta salir a la terraza, donde encontramos a Alfredo junto a la barbacoa y a Nuria echando sal a las bandejas de carne antes de ponerlas en la parrilla.

Doña Emilia está sentada en una cómoda mecedora bajo una sombrilla y la que supongo que es la sobrina de Raquel, está sentada junto a su abuela con un bebé en los brazos. En cuanto nos ve se pone en pie, le entrega el bebé a Adrián que lo recibe con gusto y salta sobre los brazos de su tía.

—Umm, mi niña guapa, ¿cómo estás? —la achucha Raquel.

—Muy bien—se ríe ella.

Raquel me la presenta y aprovecha para coger al bebé. Adrián presenta a John a su familia, no parece que ninguno le conociera de antes y todos se sorprenden de que le haya invitado. ¿Es que es la primera vez que este chico trae a un amigo a casa? No entiendo nada, voy a saludar a doña Emilia.

Capítulo 18

Raquel

—Lo estás haciendo muy bien—le digo a Adrián.

—¿Segura? Porque tengo el corazón a punto de saltarme del pecho—dice nervioso—¿Crees que debería decírselo ahora? Mira cómo nos miran todos, a lo mejor no ha sido una buena idea traerle para presentarlo el día de mi cumpleaños.

—No digas tonterías, Adri, este día es tan bueno como cualquier otro, no te agobies y ve junto a él, cuando encuentres el momento oportuno, simplemente lo sueltas.

—¿Y cómo sabré cuál es el momento? —pregunta inquieto.

—Lo sabrás cuando llegue.

—¿Tú no vas a decir nada sobre Candela? Quizá si tú hablas después pueda seguir yo y ya no les parezca tan malo.

Me duele ver a mi sobrino así, me parece increíble que algo que debería ser maravilloso y un momento feliz, pueda resultar tan agobiante y doloroso para mucha gente del colectivo.

—Escucha, Adri, quiero que vayas junto a John y disfrutes de tu cumpleaños, si en algún momento ves que es apropiado contarle y a ti te apetece, lo haces, y si no, no pasa nada. No tienes que contarle hoy si tanto te agobia, de momento ya le has traído y es un gran paso, si no es hoy puede ser otro día, deja de darle vueltas ahí dentro, ¿de acuerdo? —digo tocando su cabeza con el dedo índice.

—¿Y si nunca me atrevo? No quiero vivir toda mi vida dentro del armario, tía Raquel.

—Y no lo harás, si tú no te ves con fuerzas, cuando tú me lo digas yo se lo contaré, y ya verás como no pasará nada, ahora ve con él.

Mi sobrino me besa y me da un achuchón en el que siento que mis costillas están a punto de romperse. Cuando por fin me suelta y se va con su novio, yo busco a Candela y la encuentro sentada junto a mi madre, observándome con una amplia sonrisa mientras bebe una copa de vino. Me acerco a ella y me siento a su lado.

—¿Qué le pasa a Adrián? Parece estresado desde que ha llegado.

—Adrián es gay—digo en voz baja—y ese chico tan tenso, es su novio desde hace unos meses.

—¿En serio? Nunca hubiese dicho que Adrián es gay—comenta con sorpresa.

—Ni yo, pero lo es, y está súper agobiado porque quiere contárselo a sus padres y no sabe por dónde empezar.

—Pobrecillo, es un asco que esto tenga que ser tan difícil para algunas personas.

—Lo sé.

—¿Desde cuándo lo sabes? —quiere saber.

—Me lo contó hace unos días, hablamos de varias cosas, ¿sabes? De él, de John, de ti...

—¿Le hablaste de mí? —pregunta con media sonrisa.

—Ajá....

—Bueno, esto ya está—anuncia Alfredo en voz alta—todo el mundo a la mesa.

La comida transcurre con la normalidad de siempre. Adri por fin parece más relajado y todos tratan a Candela como si fuese una más, aunque no dejen de mirarnos. Además, mi madre no ha perdido la lucidez ni un segundo, al menos por ahora.

—¿Te lo pasas bien? —le pregunto a Candela.

—Sí. Deja de preocuparte por mí, yo estoy perfectamente, tienes una familia maravillosa, Raquel, de verdad—dice apretando mi mano con cariño sin que a mi hermana se le escape el detalle.

—Podrían dejar de mirarnos un rato...—me quejo en voz baja.

—Venga, cariño—susurra poniéndome tonta—no se lo tengas en cuenta, es normal que miren, tienen curiosidad.

—Yo no los miraba así cuando comenzaron a salir—digo observando a mi hermana.

—Va, Raquel, también tienes que ponerte en su lugar, para ellos es una situación nueva, cuando pasen unos días ya verás como todo vuelve a la normalidad.

—Si no es eso, Candela, yo entiendo que tengan curiosidad y me da igual que nos observen, el que me preocupa es Adri. Para mí no deja de ser un niño, y él puede que se sienta incómodo si le observan como si estuviesen viendo a un extraterrestre.

—No sabía que fueses tan dramática—se ríe—¿sabes lo que creo yo?

—¿Qué? —pregunto soplándome un mechón de pelo que ella no duda en colocar detrás de mi oreja.

—Que lo que realmente es una sorpresa para ellos eres tú, no tu sobrino, él tiene dieciocho añitos y es normal que se eche novio, novia y pruebe mil cosas. En él lo verán normal, pero tú tienes cuarenta años y jamás les has presentado a alguien, Raquel, es normal que te miren asombrados, yo también lo haría—se burla divertida.

La miro con ojos entornados. Ahora mismo la besaría si no fuese porque me da corte. Candela tiene razón, jamás he traído a nadie ni me han visto hacer un gesto cariñoso con alguien que no sea de mi familia, joder, me siento como un cuadro nuevo al que todos observan con curiosidad.

—¿Qué edad tienes tú, Candela? —pregunta mi sobrina de pronto.

—Cuarenta.

—Anda, como mi tía entonces—dice contenta—los llevas muy bien.

—Pues muchas gracias—responde Candela ruborizada.

—¿Qué insinúas, Nere? ¿Qué yo no los llevo bien? —pregunto entornando los ojos.

—Yo no he dicho eso, tía Raquel—dice mientras todos ríen—estás estupenda y lo sabes.

—Bueno, bueno—interviene mi hermana—estupenda estará de cuerpo, porque lo que es de aquí—dice señalando su cabeza—no le han sentado muy bien los cuarenta. Candela, seguro que no te ha contado lo que le pasó hace poco en el baño...

Se me queda cara de lerda pensando porque al principio no consigo saber a lo que se refiere.

—No, no me lo ha contado—dice Candela enfocándose—¿qué le pasó?

Ahora acabo de caer, ya sé a qué se refiere la bocazas de mi hermana y solo siento ganas de matarla.

—Nuri, ni se te ocurra—la amenazo señalándola con el dedo.

Candela pasa su brazo por encima de mi hombro y me tapa la boca con la mano mientras yo intento zafarme sin éxito. Todos se ríen, incluida mi madre, y le piden a mi hermana que lo cuente. Obviamente no tienen que insistirle porque lo está deseando y lo hará de todos modos. Candela me besa en la mejilla y me suelta mientras yo ruedo los ojos con resignación.

—Veréis, resulta que el otro día se duchó aquí como hace muchas veces, ¿no? —dice con un dramatismo importante.

Todos asienten y la miran expectantes, me parece increíble.

—Pues resulta que cuando terminó, en lugar de echarse crema en la cara como hace siempre, se echó pasta de dientes y no se dio cuenta hasta que no tenía toda la frente como el cartón de un libro viejo.

Ni siquiera ha terminado de contarle cuando todos han comenzado a partirse de risa, incluida yo.

—¿En serio? —pregunta mi sobrina llorando de risa.

—Sí, hija—le dice su madre—cuando entré por poco me caigo de espaldas del susto.

—Que exagerada eres, tenía sueño—me defiende.

Candela no puede dejar de reír y me alegra que todos se lo pasen tan bien a mi costa. Observo a mi madre y veo como de repente se le dibuja en la cara esa mirada traviesa, no me da tiempo a reaccionar cuando se pone en pie como un resorte, se acerca a mi hermana por detrás y le da un tirón de pelo que por poco la hace volcar de la silla, después corre hacia su silla y se sienta como si ella no hubiese sido. Mi hermana da un grito, más por el susto que por el daño, y esta vez es ella la que se convierte en el objetivo de todas las risas. Mi madre aplaude emocionada como una niña por lo que acaba de provocar y yo no puedo dejar de reír, pero a la vez tengo ganas de llorar porque estos cambios cada vez son más frecuentes, siento como poco a poco mi madre se va.

De pronto Adri se pone en pie y carraspea para llamar la atención de todos. Hay que reconocer que es listo, ¿qué mejor momento que aprovechar cuando toda la familia está riendo?

—Ay, Dios—digo en voz baja—creo que estoy más nerviosa yo que él.

—Pues relájate, Raquel, porque tú eres su punto de apoyo y necesita verte tranquila, ¿de acuerdo?

En momentos así no dejo de preguntarme dónde coño ha estado Candela durante todos estos años.

—Mamá, papá, abuela, Nerea...—dice nervioso—ya os he presentado a John y sé que creéis que le he traído aquí porque es mi amigo, pero no es así.

—Ah, ¿no? —le interrumpe mi hermana con los ojos desorbitados sin comprender nada.

Le doy una patada por debajo de la mesa para que se calle y ella me mira todavía más perdida.

—No, mamá, John es mi pareja, somos novios.

Tras eso se sienta sofocado y mira a John, que está más nervioso que él. Se hace un silencio sepulcral durante unos segundos. Mi hermana y Alfredo tienen la cara petrificada, mi madre simplemente no está y Nerea me mira con los ojos muy abiertos. En este momento agradecería que el marido de mi sobrina hubiese podido venir, él es la típica persona que sabe quitarle hierro a todo y calmar las situaciones tensas.

—¿Desde cuándo? —pregunta mi hermana como un robot.

Adrián la mira, creo que está a punto de llorar de los nervios que tiene.

—¿Acaso importa? —interviene Candela de pronto—él es feliz—dice encogiéndose de hombros.

—Tiene razón, Nuria, eso no importa—comenta Alfredo—hijo, ve a sacar el cava que hoy tenemos muchas cosas que celebrar.

Adrián se levanta orgulloso y entra en casa obedeciendo a su padre.

—Suelta la silla que vas a romperla—me ordena Candela en un susurro—y respira, que te estás poniendo azul.

—¿Qué? —pregunto aturdida.

Candela sonrío y mira mis manos, imito su gesto y me doy cuenta de que estoy agarrando los

reposabrazos de la silla con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos.

—Ya está, no ha sido para tanto, ¿lo ves?

Suelto todo el aire de golpe, joder, que nervios he pasado, creo que ha sido peor para mí que para Adri. Candela tenía razón, me he pasado el resto de la comida pendiente de cualquier mirada, comentario o gesto que pudiese incomodar a mi sobrino, pero no lo he encontrado.

Tras los cafés y un buen rato de sobremesa donde Candela se ha encargado de que le contasen varias anécdotas sobre mí, creo que ha llegado el momento de cumplir mi promesa y llevarla a mi cabaña, me apetece estar con ella a solas.

—¿Nos vamos ya? —le pregunto.

—Cuando tú digas.

Nos despedimos de todos y salimos a la calle. El sol nos ciega, ahora no hay toldos ni sombrillas y el calor es abrasador.

—¿Por dónde es? ¿Hemos de ir en coche? —pregunta intrigada.

—No—sonrío, y la cojo de la mano.

Capítulo 19

Candela

Raquel tira de mí con decisión y cruzamos al otro lado del camino hasta encontrar el cartel que pone “*acceso prohibido*”, el mismo tras el cual la vi perderse al poco de conocernos.

Justo pasado el cartel, nos desviamos ligeramente a la izquierda por un acceso que, de no haber sido por ella, no hubiese visto y habría pasado de largo siguiendo hacia el acantilado. El camino está bien acondicionado con enormes placas de piedra en el suelo que hacen que sea realmente cómodo moverse por aquí.

Cuanto más avanzamos, más amplio se hace y más rocas hay alrededor, montones de piedras ascendiendo en diagonal. De pronto, en medio del camino y entre las rocas, aparece una enorme puerta de madera de dos hojas anclada a dos vigas de hierro que a la vez están unidas a las rocas. Observo bien alrededor y me doy cuenta de que es un recinto privado en el que se ha aprovechado la altitud de las rocas como muro, y tan solo ha sido necesario poner una puerta para que el lugar goce de una privacidad única y absoluta.

Raquel saca las llaves de su bolsillo y abre una de las puertas, me cede el paso y vuelve a cerrar cuando ella también ha entrado. Quizá la palabra que mejor describe lo que hay aquí dentro es: maravilla. Una amplia y soleada zona se abre ante nosotras. A nuestra izquierda está la cabaña de Raquel, que es muy parecida a cualquiera de las que hay en el recinto, solo que está rodeada de césped por los cuatro costados. En la parte de delante hay una pequeña carpa que da sombra a un balancín, una mesita y dos butacas de exterior. Hay varios árboles frutales en distintos lugares de la finca, un diminuto huerto en uno de los lados y una piscina de tamaño medio en la parte de detrás.

El quad y el todoterreno de Raquel están aparcados bajo una cochera sin puerta que hay justo enfrente. A nuestra derecha se extiende una gran cantidad de terreno, una parte con césped, otra con piedras y el resto, simplemente salvaje. Al fondo de la parte más abrupta hay una valla de madera que cubre toda la parte que da al acantilado, desde aquí solo se ve el azul del mar.

—Joder, Raquel—suspiro impresionada.

—¿Te gusta?

—¿Gustarme? Me encanta—afirmo caminando en dirección a la valla.

Raquel me sigue en silencio y en cuanto me asomo, debo reconocer que la visión me impresiona tanto que doy un paso atrás, ella coloca una mano en mi cintura con cariño y eso me hace recuperar la seguridad.

—Es increíble, Raquel—murmuro mientras observo la amplitud del inmenso mar que se abre ante nosotras—. ¿Cuánta altura hay?

—Desde aquí hasta donde rompen las olas, unos veinte metros.

Se coloca a mi lado apoyando las manos en la valla y es cuando me giro para besarla cuando veo que, tras ella, hay una vieja caravana en bastante buen estado aparcada en un rincón que se esconde entre las rocas.

—¿Y eso?

—Es donde vivía hasta que mi padre me construyó la cabaña—confiesa—como ves, este sitio solo es accesible por donde hemos venido, todo lo que lo rodea son paredes de roca. Desde muy pequeña me encantaba este rincón, venía a jugar aquí, y también a esconderme de mi hermana cuando se enfadaba conmigo.

—A saber lo que le harías—sonríe entornando los ojos.

—Yo nada, era muy buena—sonríe también.

—Por supuesto... Sigue explicándome que hace esa caravana ahí, anda.

—Yo siempre les decía a mis padres que cuando fuese mayor de edad me vendría a vivir aquí. Mi padre no me tomaba muy en serio, había construido tres casas, la que es el edificio principal y donde ellos vivían, y otras dos que serían para cada una de nosotras. Cuando comencé a trabajar, ahorré durante meses hasta que pude comprar una caravana de segunda mano. No sabes la de maniobras que tuvimos que hacer para conseguir entrarla aquí, por aquel entonces el camino por el que hemos venido era demasiado estrecho—sonríe.

—¿Cuántos años tiene ese trasto? —pregunto incrédula.

—Veintidós—responde con orgullo—aunque no lo parece, siempre la he mantenido y cuidado como el primer día.

—Para que yo me aclare, tenías una casa con todas las comodidades ahí fuera y en lugar de quedarte allí, tú te viniste a vivir a una caravana en medio de la nada—afirmo alucinada.

—Exacto. Mi padre pensaba que era un capricho, que cuando pasaran un par de semanas me cansaría y me iría a casa, pero cuando vio que casi había pasado un año y yo solo iba a casa para ducharme, hizo que trajeran instalación de agua y luz hasta aquí y mandó construir una cabaña. Y esa es la historia—dice tras un largo suspiro cargado de nostalgia—venga, vayamos adentro o nos derretiremos.

—Me pregunto a cuantas mujeres has traído aquí—comento alzando una ceja divertida mientras caminamos.

—A ninguna—dice muy segura—jamás he traído a nadie aquí.

—¿Por qué? —pregunto sorprendida por su respuesta.

—No lo sé—contesta encogiéndose de hombros—esta es mi casa, mi paraíso particular. Es difícil de explicar sin parecer una pirada, Candela, pero para mí, mi casa es como mi corazón, no se lo entrego a cualquiera.

—Pero a mí me has traído, ¿esa es tu manera de decirme que me quieres? —pregunto muy seria.

—Supongo que sí—contesta nerviosa.

—Raquel...

—¿Qué? —pregunta cabizbaja.

—Te prometo que no te arrepentirás de haberme traído.

La abrazo y beso su pelo, Raquel se encoge entre mis brazos y besa mi hombro.

—¿Nunca te has enamorado de nadie más? —susurro pegando mi mejilla a la suya.

Raquel me dedica una mirada furtiva y asiente.

—Una vez.

—¿Y nunca la trajiste aquí?

—No.

Siento pánico, sus respuestas son tan escuetas que me aterra preguntar algo que le pueda provocar dolor, pero quiero a esta mujer, quiero conocerlo todo de ella y quiero hacerlo desde el principio, tiene que confiar en mí igual que yo en ella.

—¿Puedo preguntar por qué? —pregunto mientras comenzamos a caminar de nuevo.

—No tuvimos nada serio, ella no sentía lo mismo por mí, o al menos eso fue lo que me dijo, y aunque lo hubiese sentido tampoco estaba dispuesta a continuar, su trabajo estaba por encima de todo.

—Lo siento. ¿Dónde la conociste?

—Aquí, como a ti, también es escritora, bueno, guionista, para ser exactas. Cuando vino no la conocían ni en su pueblo, pero envió algunos capítulos a una productora, les gustó la idea para una serie y decidieron apostar por ella, la enviaron aquí para que acabara de escribir la primera temporada.

—¿Y ahora es conocida? —pregunto con curiosidad.

—Mucho—sonríe—pero no pienso decirte quién es, así que ni lo intentes.

—Está bien—sonríe yo también.

Llegamos a la cabaña, y en cuanto entramos oigo el ruido de una especie de trote por las escaleras que me desconcierta. Raquel está dejando las llaves sobre la mesa de forma distraída, pero yo enfoco hacia el ruido y veo con sorpresa como un enorme lobo baja las escaleras en apenas dos zancadas. Suelto un grito desgarrador por la impresión que me produce y Raquel dice algo, pero estoy tan asustada que la ignoro y comienzo a correr como una histérica alrededor del sofá, con la mala suerte de que eso parece divertir a esta enorme bestia y comienza a perseguirme.

—¡Raquel! —grito lo suficientemente fuerte como para que me oigan desde el pueblo.

De pronto la bestia da un salto con una agilidad pasmosa y aparece frente a mí, agazapado en el suelo mientras mueve el rabo de un lado a otro. Me paro en seco y comienzo a correr hacia el otro lado, es entonces cuando veo a Raquel tronchándose de risa, tanto, que cuando intenta decir algo para detener a esta bestia inmundada que acabará con mis pulmones, sus palabras se ahogan a través de su risa.

Otro salto y de nuevo el lobo aparece agazapado frente a mí, ¿y qué hago yo? Darme la vuelta de nuevo para correr hacia el otro lado en un juego en el que está claro que tengo todas las de perder.

—¡Deja de correr! —me pide Raquel, que por fin ha conseguido pronunciar una frase.

—¡Y una mierda! —grito muy segura.

Raquel aparece delante de mí y me bloquea el paso abrazándome con tanta fuerza que por poco nos caemos. Quiero matizar que todavía está riendo, y es solo al estar entre sus brazos cuando me siento segura y sé que nada malo puede pasarme. Giro la cabeza lentamente y veo al lobo, de nuevo agazapado y moviendo el rabo, ahora comprendo que lo único que espera es que yo salga corriendo de nuevo para perseguirme porque considera que soy su nuevo juguete.

—Siéntate, lobo—le ordena Raquel mientras se seca las lágrimas que le ha provocado la risa.

El animal obedece de inmediato y se sienta sin dejar de menear el rabo, ¿en serio? ¿Solo bastaba una orden de su dueña para pararlo? Lo observo con detenimiento mientras recupero el aliento, pelo gris y blanco, ojos azules como el mar y un collar del que cuelga un hueso plateado donde puedo leer su nombre desde aquí: Lobo. Muy original.

—¿Estás bien? —pregunta Raquel sin poder evitar que se le escape la risa.

—Me alegra divertirme, ¿sabes el susto que me ha dado? —me quejo dándole un pequeño empujón.

Suerte que ha sido pequeño, porque Lobo se ha puesto en pie y acaba de mostrarme sus enormes colmillos.

—Es mi guardián—dice Raquel alzando una ceja con orgullo.

—Ya veo—comento pegándome a ella de nuevo.

—Ahora en serio, Candela, perdona, estoy tan acostumbrada a él que olvidé avisarte, y cuando te he visto correr pues yo que sé, me ha dado la risa—se disculpa mordiendo el labio para no reír de nuevo.

—No te preocupes, no suelen darme miedo los perros, pero joder, cuando lo he visto, tan grande, y además es un lobo...

—Es inofensivo, te lo aseguro, salvo que considere que eres una amenaza para mí. Dame la mano—me pide agachándose frente al perro que permanece sentado.

Obedezco y Raquel coge mi mano y la acerca al animal.

—Lobo, esta mujer tan diabólicamente guapa es Candela, y la quiero, así que pórtate bien con ella, ¿de acuerdo? —dice acercando mi mano para que la olisque. No puedo creerme que esté hablando con el perro.

Raquel me suelta y Lobo se pone en pie para olfatearme mientras me rodea como a una presa. Yo le acaricio la enorme cabeza sin perderle el respeto y finalmente, se va caminando hacia la mesa, se mete debajo y se tumba dejándose caer como un saco.

—¿Siempre está dentro? —pregunto curiosa.

—En verano siempre dejo la puerta de la terraza abierta, entra y sale cuando quiere—dice encogiéndose de hombros.

—¿De dónde ha salido? ¿Es comprado?

—No, que va. Apareció hace tres años cerca del lago, un huésped llamó asustado a la recepción diciendo que había visto un lobo en el camino. Alfredo y yo nos acercamos y no vimos nada, así que no le dimos importancia, pensamos que igual era el perro de algún otro huésped. Pero al día siguiente otras dos personas nos dijeron lo mismo, y después de horas buscando, al final lo encontramos. Estuvimos tres días poniéndole comida hasta que por fin se acercó y pudimos cogerle.

—¿Hay lobos por aquí? —pregunto asustada.

—No, tranquila, el veterinario nos dijo que no era salvaje, no estaba en muy mal estado cuando lo encontramos, así que dedujimos que alguien debió abandonarlo cerca del pueblo y acabó llegando aquí.

Capítulo 20

Raquel

Después de mi explicación sobre el origen de Lobo, Candela parece más calmada. Yo todavía tengo que hacer enormes esfuerzos para no reírme cada vez que la recuerdo corriendo y gritando alrededor del sofá.

—Raquel, ¿te importa si me doy una ducha? La carrera me ha dejado sofocada—me pide alzando una ceja mientras se muerde el labio.

—Si me lo pides así no puedo negarme—comento dándole un corto beso en los labios.

—Gracias.

—De gracias nada, Candela—digo con media sonrisa—yo he cumplido mi parte del trato y te he traído a mi casa, más vale que hayas traído el resto del relato para que lo lea mientras te duchas—exijo.

—¿Es una amenaza? —pregunta devorándome con la mirada.

—Considéralo una advertencia—respondo con chulería.

Pero Candela me la quita de golpe porque se acerca a mí con decisión, coloca una mano sobre mi sexo y me arrastra hasta la pared sin quitarla.

—Vacíame ahora, Raquel—ordena haciendo más intenso el contacto de su mano.

No puedo ni contestarle, es tan electrizante y placentero lo que me ha hecho sentir al tocarme que apenas puedo respirar. Alzo la vista y busco sus labios, pero antes de que consiga besarla, coloca el dedo índice de su otra mano sobre mis labios y vuelve a aplicar una presión exquisita sobre mi sexo antes de susurrarme al oído.

—¿Quieres que hagamos el amor ahora?

—Sí, joder—respondo jadeante.

—Pues ahora vas a mi bolso, coges el resto del relato y lo lees mientras yo me ducho.

Me besa, vuelve a ejercer presión sobre mi sexo consiguiendo desquiciarme del todo, y de pronto me suelta y se mete en el baño. No me lo puedo creer, ¿de verdad me va a dejar así?

—Candela...

—¡Así aprenderás a no vacilarme, guapa! —grita desde el baño.

Joder, que putada. Con las piernas temblando y cegada por la excitación, me acerco a su bolso con resignación y saco de él un par de hojas, al menos me consolaré leyendo.

Catwoman Parte 2

Cuando me giro veo que la camarera me observa con una sonrisa de medio lado mientras pasa un trapo húmedo por la barra.

—¿Perdona?

—Es la primera vez que vienes, ¿a qué sí? —pregunta divertida.

—¿Tanto se me nota?

—Llevas diez minutos en la barra con cara de terror, aquí nadie hace eso, piden las copas por hacer algo mientras buscan a alguien de su agrado o simplemente esperan una invitación. Nadie suele acabar su copa, todas acaban como la de tu amigo—la señala a mi lado.

No me había fijado, el Gin-tonic de Pablo está prácticamente entero. Creo que tan solo le ha dado un sorbo o dos. Increíble. Aparto los restos del mío y me quedo el suyo mientras Catwoman me observa de reojo a la vez que prepara un combinado.

Yo también la observo, no había reparado en ella hasta ahora, pero sin duda, es la chica más sexi que hay aquí bajo mi punto de vista, y eso que no puedo verle la cara. Lleva el típico pantalón negro de camarera perfectamente entallado y una camisa blanca también a medida, con las mangas remangadas por debajo del codo con unos pliegues milimétricos y un botón más de la cuenta desabrochado de su camisa, dejando a la vista un sugerente escote que me permite ver una porción de su sujetador negro de encaje. Trago saliva.

—Toma, deja eso—dice plantando una copa con un líquido rojizo delante de mí.

—¿Qué es?

—Pruébalo, está mucho más bueno que eso y es más refrescante, te sentará bien.

Doy un sorbo con cierta duda, pero tiene razón, está muy bueno.

—Vaya—digo después de saborearlo.

Veo como me guiña un ojo por debajo del antifaz y un extraño pellizco de placer se instala bajo mi vientre. ¿En serio? Catwoman coge el Gin-tonic de Pablo y lo tira por el fregadero.

—¿Qué te debo?

—Nada, invita la casa.

—Gracias. ¿Qué es? —pregunto curiosa.

—Un Spritz.

—¿Bebida de ricos?

—Lo puedes pedir en cualquier bar de copas—dice encogiéndose de hombros—aunque este tiene mi toque personal.

Un hombre aparece de repente a mi lado y me mira intensamente, estoy tan asombrada que creo que me he quedado petrificada, pero entonces coge y pasa un dedo sugerente por mi brazo, desde el codo hasta la muñeca, y después ladea la cabeza señalando un lugar concreto donde mis ojos enfocan a cámara lenta y encuentro a otra pareja.

—Nos falta una—dice con voz ronca.

Me bajo del taburete de un salto y niego con la cabeza, tengo el corazón latíendome en la garganta, voy a matar a Pablo.

—Eres nueva, ¿no? —pregunta divertido por mi reacción.

—Sí.

—Es normal estar nerviosa, pero lo pasarás bien, te lo aseguro.

Entonces coge mi mano dando por hecho que acepto. Yo la retiro con brusquedad y él sonríe con una autosuficiencia que me entran ganas de estamparle la copa en la cara, está claro que no está acostumbrado a que le digan que no.

—¿Prefieres acabar tu copa antes?

Estoy a punto de salir corriendo, pero entonces escucho la voz de Catwoman y por algún motivo me tranquilizo.

—Ya te ha dicho que no una vez, vete—le ordena con seguridad.

El hombre asiente y se da la vuelta sin quejarse.

—Gracias.

—¿Vas a decirle que no a todos? —pregunta con esa media sonrisa que cada vez me gusta

más.

—Esto no va conmigo, yo solo he venido para que mi amigo pudiese entrar.

—Ajá.

Ajá. ¿qué? ¿No me cree? En realidad, me da igual. Me alegra que Catwoman esté aquí, me gusta esta extraña conversación con ella y sin duda es mucho mejor que mirar todo lo que tengo delante. Sigo estando excitada, todo el ambiente de este lugar invita al sexo y hasta la más mojigata estoy segura de que se acabaría desmadrando aquí. La observo poner otra copa a un cliente que ni siquiera llega a cogerla, ya le ha salido un plan y la copa es lo que menos le interesa.

—¿No te aburres? Es el primer lugar donde veo que una camarera guapa no tiene trabajo.

Catwoman sonrío de nuevo, joder, ¿lo he dicho en voz alta?

—No me aburro en absoluto, te sorprendería la de cosas curiosas que veo por aquí, además, pagan muy bien por unas pocas horas, no cambiaría este trabajo por nada del mundo.

—Me creo que veas cosas raras—afirmo.

—Tú eres una de ellas.

—¿Disculpa?

—No me mires así—sonríe mostrando unos dientes tan blancos que deslumbran—eres una excepción, con el rato que llevas aquí, la mayoría ya habría follado al menos dos veces.

¿Por qué escuchar la palabra follar de sus labios me ha puesto tan cachonda?

—Ya te lo he dicho, solo vengo a acompañar a mi amigo, además, a mí los hombres no me interesan en absoluto, así que cualquier ecuación que incluya a uno tiene unas probabilidades nulas de tener éxito.

Catwoman sonrío y asiente en un gesto tan jodidamente sensual que noto como me humedezco sin remedio.

—Eres de las mías entonces.

¿He oído bien? Noto como mis mejillas se encienden y bajo la mirada. Ella se pierde por una puerta con su compañero y enseguida salen con unas bandejas llenas de copas brillantes, listas para ser llenadas.

Yo vuelvo a observarlo todo a mi alrededor con curiosidad. Apenas queda nadie de los que había cuando hemos entrado, todo son caras nuevas porque las viejas se han perdido detrás de las puertas que dan acceso a las siguientes salas, supongo que donde pasa de todo, de todo lo que soy capaz de imaginar y mucho más.

—¿Te atreverías a follar aquí? —pregunta Catwoman de pronto.

Podría decirle que ahora mismo con gusto saltaría por encima de la barra para follar con ella, pero solo con ella, aun así, me guardo mis pensamientos calenturientos y niego con la cabeza mientras intento calmar mi excitación. Ella sonrío y me devora con la mirada.

—¿Sabes qué? —pregunta extendiendo sus manos y su cuerpo por encima de la barra para que sus labios se peguen a mi oído.

—¿Qué? —respondo turbada.

—Conmigo follarás—afirma muy segura—en algún momento, cuando menos te lo esperes, apareceré en ese lado y follarás conmigo, porque yo te deseo y tú a mí también.

Me cuesta tragar y carraspeo nerviosa. Mis manos tiemblan tanto que decido meterlas entre mis piernas cerradas como un cepo para mantenerlas quietas. Tengo la boca seca.

—Eso no va a pasar—afirmo intentando mostrarme tan segura como ella—cuando te vea venir me iré y te dejaré plantada con tus aires de seguridad, tendrás que buscarte a otra.

—En primer lugar, cuando yo pase a ese lado de la barra no llevaré este antifaz y te aseguro

que tú no me reconocerás, pero yo a ti sí. Y, en segundo lugar, yo no quiero follar con otra, quiero follar contigo.

Reconozco que su seguridad y su descaro me tienen muerta de ganas de que cumpla su palabra, pero estoy segura de que es un farol y que solo juega conmigo. Quizá forme parte de su cometido, provocar a las recatadas como yo para que finalmente entren en el juego como los demás, al fin y al cabo, todos los que cruzan esta puerta vienen para eso. Salvo yo. Sí, seguro que es eso, si no, no me explico que pintan dos camareros atendiendo una barra que apenas tiene trabajo para uno.

—Te veo muy segura—comento mirando su escote con descaro.

—No se puede ir por la vida dudando, ¿te gustan? —pregunta alzando una ceja desviando la mirada hacia sus pechos.

—Sí—respondo entrando en su juego—podrías desabrocharte otro botón.

—Desabróchamelo tú—me reta.

No me lo puedo creer, ¿es que aquí vale todo? En cualquier otro lugar la despedirían por esto, en cambio, Catwoman parece que habla muy en serio. Ha pegado su vientre a la barra al máximo y echado su pecho hacia delante para que yo pueda acceder fácilmente.

—¿Qué haces? —pregunto en voz baja como si estuviésemos cometiendo un delito—¿quieres que te echen?

—¿Por esto? —se ríe incrédula—. ¿Vas a hacerlo o no? —pregunta con ojos encendidos.

Sin mediar respuesta, acerco mis manos temblorosas e introduzco mis dedos por dentro de su camisa para desabrochar el siguiente botón, que es justo el que está en medio de sus pechos. Aprovecho el gesto para hacer una suave caricia con el dedo antes de retirar la mano, ella suspira y a mí se me nubla la vista cada vez que la miro. Ahora su camisa deja perfectamente visible gran parte de sus pechos y a ella no parece importarle en absoluto, de hecho, parece más excitada que antes.

Con gran provocación, se coloca delante de mí y comienza a preparar otro combinado. No sé en qué momento me lo he terminado, pero me muero de sed.

—Fíjate—dice haciendo un movimiento con la cabeza a su izquierda.

Giro la cabeza en esa dirección y los ojos casi se me salen de las órbitas cuando veo como una mujer acaba de deshacerse de la camisa de su compañero y ambos se besan a través de la barra.

—¿Tú también puedes hacer eso? —pregunto atónita.

—Puedo hacer lo que me dé la gana, ¿quieres que lo haga?

—Sí—respondo sin pensar.

Por Dios, ¿qué me pasa?

—Bien, dame tus bragas.

—¿Cómo dices? —pregunto temblando.

Las manos me tiemblan cuando llego al final, ¿dónde coño está lo que falta? Por si no hubiese tenido ya bastante con el calentón con el que me ha dejado Candela, ahora leo esto que me pone todavía peor. ¿Lo habrá hecho a propósito? No me puedo creer que haya conseguido excitarme tanto con solo unas palabras.

Me pongo en pie, notando claramente la humedad que hay entre mis piernas y vuelvo al bolso de Candela para asegurarme de que no me he dejado ninguna hoja. Niego con la cabeza

frustrada, otra vez me ha dejado a medias, me parece increíble tanta crueldad.

—¡Candela! —grito golpeando la puerta con los nudillos.

Justo en ese momento sale del baño tan solo vestida con la ropa interior, secándose el pelo con la toalla luciendo un aire despreocupado que me desespera.

—¿Ya lo has terminado?

—Muy graciosa, teníamos un trato, ¿dónde está lo que falta? —pregunto acelerada.

Mi corazón bombea con furia dentro de mi pecho porque no puedo dejar de pensar en todas las maneras en las que me gustaría arrancarle la poca ropa que le queda para después tumbarla sobre la mesa y lamer cada centímetro de su cuerpo.

—¿Has leído lo que había en mi bolso?

—Sí.

—Pues eso era todo—suelta con media sonrisa.

—¿Disculpa? ¿Cómo que eso era todo? No está acabado, falta lo mejor.

Candela deja la toalla colgando del pomo de la puerta y me observa clavando la mirada en la velocidad con la que mi pecho sube y baja. Eso la hace sonreír satisfecha como si hubiese logrado el efecto que buscaba. Será perra.

—Tú insististe en leer lo que estaba escribiendo el otro día y te lo he permitido, pero yo no dije en ningún momento que estuviese acabado—comenta alzando las cejas divertida.

¿Qué puedo contestar yo ante eso? No se me ocurre nada, solo que soy gilipollas, pero lo que más me preocupa ahora mismo es lo excitada que estoy.

—¿Te ha gustado lo que has leído?

—¿Te interesa mi opinión, Candela? —pregunto acercándome a ella muerta de deseo.

—Por supuesto—contesta con voz ronca.

—Te daré mi opinión, pero primero hazme el amor por favor—suplico cogiendo su mano y colocándola sobre mi sexo de nuevo.

La oleada de placer que siento con ese simple gesto es tan inmensa que durante un segundo siento que las fuerzas me abandonan. Candela aprovecha que su mano ya está cerca para desabrochar mis pantalones. Con una importante desesperación, ambas nos desnudamos, y justo cuando mis braguitas ya están en el suelo, Candela me arrastra hacia la mesa, se pega a mi espalda y me empuja para apoyar las manos sobre la madera dejando mi trasero pegado a su sexo. Lobo sale de debajo de la mesa y se pierde tras la puerta de la cocina.

No opongo resistencia alguna, apoyo ambas manos sobre la mesa inclinando mi cuerpo hacia delante y separo las piernas para facilitarle al máximo el acceso a ese sitio de mi anatomía que tanto deseo que sea acariciado. Uno de sus dedos se desliza lentamente por mi nuca, arrastrando mi melena hacia la izquierda para dejarla caer por delante de mi hombro. Ahora que mi cuello está despejado, es el calor de sus labios lo que noto mientras una de sus manos se desliza por mi vientre hacia arriba y la otra hacia abajo. Mi cuerpo entero tiembla de deseo.

Sus dedos comienzan a masajear lentamente entre mis pliegues, estoy tan húmeda que noto el frío del contraste de los restos de mis fluidos cuando Candela roza mis piernas. Tengo un calor insoportable, que se ve acrecentado cuando se inclina sobre mí, pegando sus pechos a mi espalda y aumentando la velocidad de sus caricias. Apenas puedo respirar, creo que mis piernas no aguantarán erguidas durante mucho tiempo, así que me inclino un poco más hacia delante y apoyo todo el peso de mi cuerpo sobre mi mano izquierda. La derecha la llevo hacia atrás, la cuelo entre nuestros cuerpos y busco el sexo de Candela, es ella misma quien utiliza la mano que hasta hace un segundo masajeaba mis pechos para coger mi mano y colocarla sobre su centro de placer. Un gemido escapa de su garganta y yo me retuerzo de gusto.

Capítulo 21

Candela

Siento como una ráfaga electrizante de placer me recorre el cuerpo cuando coloco su mano sobre mi sexo, pensé que en esta postura sería complicado que ambas obtuviéramos placer, pero estaba muy equivocada, que Raquel se haya inclinado tan hacia delante me permite adoptar la misma posición sobre su cuerpo y empujar mi sexo contra su mano con movimientos rítmicos y constantes, y esos mismos movimientos la empujan a ella contra la mano que tengo posada en su sexo.

Mi cuerpo funciona solo, cada embestida contra el suyo nos arranca un gemido tras otro, estamos sudando y nuestros cuerpos resbalan el uno contra el otro. Raquel está a punto, lo noto porque sus gemidos están cambiando de tono y volviéndose más intensos y profundos. Agacha la cabeza, apoya la frente sobre la mesa y cierra la mano que le queda con fuerza alrededor de su pelo mientras se deshace bajo mis dedos. Quiero ralentizar un poco el ritmo para darle la intensidad que creo que ahora necesita, pero no puedo porque mi sexo palpita furioso y empiezo a correrme sin poder contenerme, ¿de verdad?

No entiendo lo que me pasa con ella, me lleva al límite en un tiempo récord. Raquel busca el borde de la mesa para agarrarlo con sus dedos y comienza a temblar bajo mi cuerpo mientras su pelvis busca con desesperación mi mano. Ambas estamos llegando al momento final de nuestro orgasmo, así que hago un movimiento seco y brusco contra su cuerpo y las dos gemimos con desesperación. Después doy otro y los labios de Raquel resoplan contra la mesa, yo lo hago contra su hombro sin dejar de temblar. Doy otro más que se convierte en el último y más fuerte, el que hace que Raquel convulsione ligeramente ahogando un grito desgarrador y dé una fuerte palmada sobre la mesa mientras intenta recuperar el aliento, yo no puedo evitar morder su hombro y después descansar la cabeza sobre su cuello.

Pegada a ella, y tras acallar los gemidos de ambas, ahora solo se oyen nuestras respiraciones aceleradas. Noto los latidos furiosos del corazón de Raquel golpeando mi pecho mientras los míos golpean su espalda. Beso su hombro, ese que hace un momento acabo de morder y donde tiene un círculo rojo con la forma de mis dientes, comienzo a incorporarme poco a poco, las piernas me tiemblan. Observo a Raquel, tendida sobre la mesa como si acabase de caer de un séptimo piso. Su cuerpo sigue temblando, débil y frágil, sus mejillas encendidas y parte del pelo pegado en su cara por el sudor.

Rodeo la mesa y me pongo a su lado, aparto el pelo de su cara con una devoción que jamás he sentido antes por nadie y le pido que me mire.

—¿Estás bien?

Raquel asiente y comienza a levantarse despacio con mi ayuda, y cuando por fin se pone en pie, la abrazo y nos estrechamos con la poca fuerza que nos queda. Sigue temblando.

—¿Seguro que estás bien, cariño? —susurro preocupada.

—Ha sido intenso—logra decir con un hilo de voz.

Yo no hubiese logrado encontrar una palabra mejor para describir lo que ha pasado sobre esa

mesa, no ha sido la postura más cómoda y mucho menos la más romántica, pero este encuentro sexual con Raquel ha sido sin duda el que más impacto me ha producido de todos los que he tenido hasta ahora, porque no solo ha sido el placer del sexo lo que he sentido, ha habido otra cosa que no sé cómo definir, pero con cada uno de esos movimientos y de esos gemidos, me sentía unida a ella, parte de ella y ella de mí.

—Sí que lo ha sido—contesto con la sensibilidad a flor de piel.

—Tengo ganas de llorar, Candela—confiesa con voz temblorosa.

—Yo también, mi vida...

Y fundidas en ese abrazo sudoroso, lloramos la una contra la otra para dejar salir toda la tensión y las emociones que nos ha producido este encuentro y todo lo que ha ido sucediendo entre nosotras de forma natural, sin buscarlo. Solo cuando estamos más calmadas, caminamos hasta el sofá y nos tumbamos una al lado de la otra.

—Háblame de ti—pide Raquel con la mirada clavada en algún punto del techo.

—¿Qué quieres saber?

—Todo, tú sabes muchas cosas de mí, pero yo sé muy poco de ti. ¿Tienes hermanos?

—No, soy hija única, según mis padres, de pequeña era tan movida que daba trabajo como si fuésemos dos, creo que se asustaron al pensar que si venía otro les pudiera salir igual que yo.

Raquel sonríe.

—¿Alguna vez has echado de menos tenerlos?

—Pues si te soy sincera, no. Supongo que, porque tengo muchos primos. Mi prima Alma en concreto, vivía a dos manzanas de mi casa y siempre estábamos juntas, es como mi hermana.

—¿Y tus padres? ¿Todavía viven?

—Sí, y gracias a Dios gozan de buena salud. Mi madre es la más joven de los dos y se jubiló el año pasado, desde entonces no hacen más que viajar haciendo cruceros. Ahora mismo deben estar por las islas griegas.

—¿Los ves a menudo? —pregunta girándose hacia mí.

—Cuando no están de viaje sí, vivimos cerca y suelo ir al menos un par de veces cada semana de visita, les llevo la compra y también intento acompañarlos al médico cada vez que tienen cita.

—Tienes suerte.

—Sí...—suspiro consciente de ello.

Raquel me mira y sonríe, no me había fijado en esos diminutos hoyuelos que se forman a ambos lados de sus labios, solo siento ganas de achucharla y no soltarla nunca.

—¿Siempre supiste que querías ser escritora? —pregunta curiosa.

—Uy, no, que va—me río—yo de pequeña quería ser arqueóloga, conforme fui creciendo me pareció más divertido ser bibliotecaria, y finalmente acabé estudiando económicas.

—Vaya, una mujer con las ideas muy claras—se burla.

Yo también me río, al fin y al cabo, es cierto, nunca tuve claro lo que quería ser hasta que me tropecé con la escritura.

—¿Y qué fue lo que te llevó a escribir?

—Mi prima Alma, bueno, ella no, pero fue gracias a ella. El ayuntamiento del pueblo organizó un concurso de relatos para las fiestas y ella se empeñó en participar, pero a la hora de escribir se quedaba trabada y me pidió ayuda. Al final lo escribí yo con una facilidad que me dejó pasmada, y además ganó—sonríó orgullosa—y después de aquello ya no pude parar de escribir.

El sonido de una llamada en mi móvil es el que rompe este maravilloso momento. Beso el pelo de Raquel y me levanto pasando por encima de ella, siento un hormigueo agradable cuando

veo que observa mi cuerpo desnudo con agrado y media sonrisa. Me acerco a la silla donde he dejado mi bolso y saco el móvil del bolsillo, es Fermín. Mi gesto se contrae, es la última persona con la que me apetece hablar ahora mismo, pero he de contestar por si hay algún cambio de planes sobre el tema de la portada.

—Un segundo—le indico a Raquel alzando un dedo mientras salgo por la puerta.

—Hola, Candela—me saluda Fermín con voz afable.

—Hola, ¿ocurre algo?

—Nada, ¿es que tiene que ocurrir algo para que quiera hablar con mi mujer?

Joder, no me ha hecho falta nada más que oírle pronunciar una frase para saber que ha bebido.

—Fermín, creo que fui muy clara el otro día, no quiero parecer una insensible, pero no he cambiado de opinión, sigo queriendo el divorcio.

—El divorcio—repite con asco—eres una maldita zorra aprovechada, te arrimaste a mí para...

Le cuelgo con el pulso acelerado y notando como la impotencia crece en mi interior. No pienso escuchar una sola palabra, si entro en este juego yo podría decir mil cosas malas sobre él y él sobre mí, pero ¿qué sentido tiene? Inspiro y expiro lentamente para relajarme, estoy desnuda en la puerta de la casa de la mujer a la que amo y no pienso dejar que nadie me amargue este momento.

—¿Era él? —pregunta Raquel apareciendo a mis espaldas.

—Sí.

—¿Todo bien? —pregunta abrazándome desde atrás.

Vuelvo a suspirar.

—Todo lo bien que puede ir teniendo en cuenta que estaba borracho, le he colgado.

Y justo cuando digo eso mi móvil vuelve a sonar y veo su nombre en la pantalla. Rechazo la llamada bajo la mirada de Raquel y silencio el teléfono. Un mensaje entra en ese momento y lo abro delante de ella, no quiero esconderle nada.

“Mañana no podrás evitarme, jodida zorra”

—Joder—se enfada Raquel—¿eso es normal? ¿te trata así a menudo?

—No, Raquel, de verdad, cuando bebe a veces se pone así, pero no es lo habitual, ahora está enfadado y dolido—digo encogiéndome de hombros.

—Mañana también estará enfadado y dolido y vas a tener que verle—expone preocupada.

—Pero no estará borracho, no has de preocuparte, Raquel, de verdad.

Raquel me observa pensativa y preocupada.

—Oye, no dejemos que esto nos amargue el resto de la noche, por favor—le suplico para después besar su cuello.

—Está bien—sonríe—¿te apetece cenar? Estoy muerta de hambre.

—Yo también lo estoy, me parece una idea perfecta.

Mientras nos traen la cena del restaurante aprovechamos para darnos una ducha. Raquel me presta algo de ropa y lo disponemos todo bajo la carpa que hay en su jardín cuando suena su teléfono. Raquel rechaza la llamada sin contestar y yo la miro con curiosidad.

—Es la cena, no hay timbre en la entrada del camino, así que me llaman al móvil cuando llegan—me aclara.

Soy yo la que va hasta la puerta para recoger la cena y cuando vuelvo, Lobo está devorando un bol de pienso en el porche.

Durante la cena Raquel sigue interrogándome, quiere saberlo todo sobre mí, al igual que yo de ella, y cuando nos damos cuenta son casi la una de la madrugada.

—Uff, es tardísimo, debería irme, Raquel, tú madrugas y yo por primera vez en casi dos meses también.

—¿Te quieres quedar? —pregunta muy seria.

—¿Quieres que me quede? —contesto más seria que ella.

—Si tú quieres, sí.

Su mirada se clava en mis ojos con timidez y soy consciente de lo mucho que le cuesta todo esto, abrirme las puertas de su casa, de su corazón y de su vida cuando sé que todavía tiene miedo por lo que queda de mi relación con Fermín.

—Entonces me quedo, Raquel.

—Bien—sonríe—¿cómo tienes pensado ir a la ciudad mañana?

—En taxi.

—Puedo llevarte si quieres.

—No, cariño, tú tienes cosas que hacer aquí y yo no sé el tiempo que pasaré allí, además, me gustaría pasar por casa para recoger algunas cosas.

—Está bien, pues llévate mi coche, a mí no me hace falta.

—¿Estás segura?

—Bueno, la verdad es que con lo mal que conduces corro un riesgo importante de quedarme sin coche—se burla divertida—pero sí, estoy segura.

—Yo no conduzco mal, guapa, es que estaba nerviosa—me defiendo.

Raquel alza una ceja y no puede evitar que se le escape una carcajada.

—Venga ya, Candela, cuando estás nerviosa se te cala una vez, dos... Tú llevabas el coche a trompicones, no hacías más que frenar y acelerar, frenar y acelerar—repite con guasa—hubo un momento en el que pensé que se me iba a partir el cuello.

—Eres una exagerada y una listilla.

Me levanto para cogerla, pero Raquel se levanta a la vez que yo y sale corriendo por el jardín, yo la persigo a ella. Lobo me persigue a mí.

Capítulo 22

Candela

Como siempre que tengo un compromiso, llego puntual a la cita con la fotógrafa y el diseñador de la portada. No veo a Fermín por ninguna parte y lo cierto es que lo agradezco, quiero estar tranquila mientras decidimos esto.

La reunión se alarga durante más de tres horas, y cuando está llegando al final, estoy tan agobiada que me desconecto y pienso en Raquel, en el tierno beso con el que me ha despertado esta mañana antes de irse, en el abrazo que nos hemos dado después, y en ese “*te quiero*” susurrado de sus labios que me ha traspasado el alma, solo puedo pensar en volver para abrazarla.

—Candela... Candela—insiste el diseñador.

—Perdona, Julián—me disculpo centrándome de nuevo.

—Decía que, si los tres estamos de acuerdo, así es más o menos como quedará la portada— anuncia mostrándome la pantalla.

Sonrío al ver la portada, me encanta.

—Por mí, adelante—digo contenta.

—Bien, me pondré a ello y en cuanto la tenga te la envío por si quieres hacer algún retoque más.

—Estupendo.

Por fin salgo de ese despacho que cada vez se me hacía más pequeño y me paro a saludar a algunas personas de la editorial que me voy encontrando por el camino, y cuando finalmente consigo llegar a la calle, me encuentro a Fermín apoyado en su coche.

—Sube, te invito a comer y hablamos—dice muy serio.

—Después de tu comportamiento de ayer no me apetece mucho, Fermín.

—Lo siento, ¿vale? —dice sin realmente sentirlo—no debí hablarte así, pero es que, joder, Candela, no entiendo nada.

—Vayamos a casa y lo hablamos allí mientras recojo algunas cosas que me hacen falta.

Fermín acepta, pero tuerce el gesto cuando ve que no voy a ir con él en el coche.

—Me lo han dejado en la colonia—le aclaro.

—Ya...

Al llegar a nuestra casa siento una extraña sensación porque por primera vez he sentido que este no es mi sitio. Me siento una extraña cuando debería sentir nostalgia, deberían invadirme los buenos recuerdos, debería tener un momento de flaqueza y quizá replantearme mi decisión, es un pensamiento que he temido durante toda la mañana, pero nada de eso es lo que ha sucedido, estoy enamorada de Raquel, y eso puede con todo.

—¿Quién es? —pregunta Fermín de pronto.

—¿Quién es quién? —respondo aturdida.

—Él, Candela, ¡no me tomes por imbécil, joder! —grita enfadado.

—Lo nuestro no se ha ido al traste por una tercera persona, Fermín—intento explicarle con

calma—y lo sabes de sobra. Hace muchísimo tiempo que tú y yo no estamos bien y no quiero discutir, por favor. Sé que ahora estás dolido y enfadado, y lo siento muchísimo, de verdad, pero no lo compliques, tú sabes tan bien como yo que lo nuestro llevaba muerto desde hace meses.

—¿Quieres que te firme los papeles del divorcio? —pregunta con tono despectivo.

—Sí.

—Pues dime quién es, tienes a otra persona, te lo noto.

—Sí que la tengo—confieso nerviosa—pero te hubiese dejado igualmente, estar en aquel lugar me ha dado mucho tiempo para pensar, Fermín, cuando ella entró en mi vida yo ya tenía la decisión tomada.

—¿Ella? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Sí, ella.

—Joder, encima eres una puta bollera.

—De acuerdo, esta conversación acaba aquí, firma los papeles, Fermín—le pido antes de cruzar la puerta y cerrar de un portazo.

No entiendo a qué viene el insulto ni la alusión a las mujeres, él siempre ha sabido que para mí la sexualidad de una persona no es relevante para enamorarme de ella.

Decido no esperar al ascensor y bajar corriendo por las escaleras, conociendo el mal carácter de mi marido, no me sorprendería que saliese al rellano y me montase un número. Respiro aliviada cuando salgo a la calle y miro en todas direcciones aturdida mientras me pregunto qué hago aquí si solo hay un lugar en el que me apetece estar. Suspiro para calmarme, me subo en el coche de Raquel y me pongo en marcha. En el primer semáforo se me cala y me río yo sola al pensar en las tonterías que ella me diría si estuviese sentada a mi lado.

Capítulo 23

Raquel

—¿Así? —pregunta Adrián subido en la cortadora de césped.

—Sí, así, ve despacio y procura hacer líneas rectas para que todo se vea igual—respondo sin dejar de mirarle.

—De acuerdo—comenta sonriente, está claro que esto le gusta más que la cortadora manual.

—¿Qué tal con John? ¿Tus padres te han comentado algo?

—¿Te refieres a si me han agobiado?

—Algo así.

—Que va, mi padre no ha hecho ni un solo comentario al respecto, y mi madre vino a hablar conmigo anoche, lo único que quería saber era por qué no se lo había contado antes—dice encogiéndose de hombros.

Me quedo más tranquila, pensar que Candela se va a encontrar con su marido me pone nerviosa y estoy dispuesta a morder a cualquiera.

—¿Qué tal con Candela? —pregunta socarrón.

—Muy bien, ahora fíjate en lo que haces—le pido señalando el césped con un dedo.

—¿Por qué tú puedes preguntarme por John y yo no puedo preguntarte por Candela?

—Porque ahora mismo soy tu tía y tu jefa, y aquí se hace solo lo que yo diga—bromeo.

Adrián sonríe y sigue a lo suyo al mismo tiempo que yo me acerco a la parte vallada de esta cabaña y comienzo a arrancar los matorrales que comienzan a crecer, hasta que mi móvil suena y mis latidos se aceleran. Es Candela.

—Hola—respondo nerviosa.

—Hola, Raquel...

Responde con un tono tan dulce que consigo relajarme de golpe.

—¿Cómo va? —quiero saber.

—Bien, ya estoy volviendo, ¿estás en casa?

—No, todavía no he terminado, estoy enseñando a Adrián a pasar la cortadora y eso nos ha retrasado, pero no me queda mucho.

—De acuerdo, ¿te dejo el coche aparcado delante de la recepción?

—Eso depende de si quieres que nos veamos luego...

—¿Y por qué no voy a querer? —pregunta algo molesta.

—No lo sé, quizá estés cansada y prefieras...

—¿Que prefiera qué, Raquel? —me corta enfadada.

—No lo sé, Candela, solo expongo opciones.

—Perdona—murmura tras un largo suspiro—¿tú quieres que nos veamos?

—Sí, claro que quiero.

—Bien, porque yo también quiero, ¿quedamos para cenar en el restaurante esta noche? Yo invito.

—De acuerdo, llévate el coche y me lo traes esta noche entonces.

—Gracias, cariño, estoy agotada y no me apetece nada caminar, creo que me daré una ducha y me echaré un rato.

—De acuerdo, que descanses.

Cuando colgamos miro el reloj, son algo más de las cinco.

—Venga, Adri, espabila que no quiero pasarme toda la tarde aquí.

—Pero si ya casi estoy—se queja divertido.

El tiempo hasta la cena se me pasa increíblemente rápido, entre que hemos vuelto, hemos guardado las herramientas y he ido a casa para ducharme, la hora se me ha echado encima. Le pongo de cenar a Lobo y salgo casi con la lengua fuera porque no me gusta que me esperen.

Cuando llego, me encuentro a Candela en la puerta del restaurante, observándome caminar hacia ella con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

—Siento lo de antes—susurra envolviéndome en un fuerte abrazo que viene de regalo con un sonoro beso en la mejilla—estaba nerviosa y cansada, ha sido un día muy raro.

—No pasa nada, vamos a sentarnos y me lo cuentas.

Aprovechamos que el camarero está en la terraza recogiendo una mesa para pedir nuestra cena y algo para beber mientras tanto.

—¿Ya está lista la portada? —pregunto en cuanto el chico se marcha.

—Sí—sonríe—casi cuatro horas nos ha costado ponernos de acuerdo, tenía el culo cuadrado —se queja—pero el resultado ha valido la pena, me gusta mucho.

—¿La puedo ver? —pregunto entornando los ojos.

—No—sentencia sonriente.

—¿Es que ser tu...?

—¿Novia? —conviene.

—Sí—sonríe atontada—¿es que ser tu novia no tiene ninguna ventaja?

—Todo lo contrario, cariño, tiene muchas—responde acercándose peligrosamente y acariciando mi muslo con disimulo—¿o crees que me acuesto con el resto de mis lectores y lectoras?

—Espero que no—digo con cara de susto.

—No seas boba, Raquel, a mí solo me interesas tú y lo sabes.

—Pero no puedo ver la portada—me quejo.

—Pero has leído el relato, nadie más lo ha hecho.

—Permíteme que te recuerde que está incompleto, Candela.

—Dime cómo quieres que acabe y lo escribo a tu gusto—dice como si nada.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—Sí. Es la ventaja de escribir, yo decido lo que pasa, cuándo, a quién, el motivo, con quién... Los escritores tenemos el poder de elegir y yo te concedo eso, elige como quieres que acabe.

Nunca me lo había planteado así, pero tiene razón, debe ser increíble tener la capacidad de plasmar en un papel la historia tal y como te gustaría que sucediese.

—No deseo nada especial, Candela—digo con mirada lobuna—solo quiero que pase lo que has dejado entrever en lo que llevo leído.

—¿Y eso es? —pregunta con media sonrisa.

—Joder, que se líe con la camarera—expongo bajando la voz.

—¿No prefieres que se enrolle con nadie antes?

—Nooo, coño, eso estropearía la historia.

—¿Por qué?

—¿Esto qué es? ¿Un examen?

—Porque Aby no es así, desde el principio de la historia queda claro que ese tipo de cosas no le van, que solo ha ido allí para hacerle un favor a su amigo, y pese a que se siente excitada por la situación, es tan mojigata que será fiel a sus principios.

Candela sonrío con una satisfacción que me desconcierta.

—¿Qué? Tú me has preguntado—me defiendo.

—No es eso, Raquel, sonrío porque me alegra saber que he conseguido el efecto que buscaba.

—¿Y cuál era?

—Bueno, en el momento que comencé esa historia, el objetivo era que al final el lector deseara que hubiese sexo entre ellas, pese a que por estar en el lugar que estaban, las opciones de que pasase otra cosa eran muy elevadas.

—¿Escribes con objetivos?

—No son objetivos, son intenciones, es decir, yo cuando comienzo una historia lo que busco es transmitir algo muy concreto a través de ella. En ese caso es sexo, en otro puede ser simplemente que empaticen con un personaje concreto, que odien a otro, que deseen que pase algo en particular. Si no consigo esas cosas es que algo no he hecho bien.

—Pues te aseguro que lo has conseguido.

—Gracias. ¿Quieres que pase algo en concreto? Un lugar específico, por ejemplo.

—No, sorpréndeme, aunque...—digo pensándolo mejor—quizá un arnés...

Candela alza una ceja y se queda con la boca abierta un segundo. Después se acerca y me susurra utilizando un tono tan seductor que siento como la humedad crece como una ola entre mis piernas.

—¿Quieres que utilice un arnés contigo?

Su propuesta es muy interesante, pero no es exactamente lo que quiero.

—No—susurro yo también sin apartar la vista de sus labios—lo que quiero es utilizarlo contigo.

Su respiración se corta y su mirada se enciende, pero justo cuando va a decir algo, el camarero aparece con nuestros platos y nos corta el rollo.

—Aquí tienen, que aproveche.

—Gracias—decimos a la vez.

Parece que las dos tenemos bastante hambre, en cuanto el chico se ha marchado, nos hemos recompuesto de esa tensión sexual para comenzar a devorar nuestros platos como si no hubiésemos comido en todo el día.

—¿Has pasado por tu casa como querías? —pregunto cambiando de tema, aunque en realidad lo que más deseo saber es si ha visto a su marido.

—Sí, pero no he cogido nada de lo que quería.

—¿Por qué?

—Porque Fermín ha ido conmigo y hemos acabado discutiendo para variar. Está empeñado en creer que el único motivo por el que quiero el divorcio es porque tengo a alguien, y eso me jode, ¿sabes? Porque él sabía tan bien como yo que lo nuestro estaba acabado, pero ahora le viene muy bien lo nuestro para hacerse la víctima.

—¿Se lo has contado? —pregunto nerviosa.

—Sí, no le he dado muchos detalles, solo le he dicho que estoy con una mujer, después ha comenzado a insultarme y me he marchado. Tengo llamadas de varios conocidos de ambos, estoy segura de que ya les ha llamado con el cuento y ahora piensan que soy un monstruo.

—Lo siento.

—No pasa nada, yo asumo mi parte de culpa, Raquel. Podría haber abierto los ojos mucho

antes, yo sabía que las cosas no estaban bien y aun así dejaba pasar el tiempo, supongo que era más fácil eso que afrontar la situación, pero al venir aquí y conocerte—me señala alzando las cejas incrédula—no sé, debí acabar con mi matrimonio antes, ahora solo nos va a poner trabas—comenta preocupada.

Cojo su mano y la aprieto con cariño.

—Pues las sortearemos lo mejor que podamos, ¿de acuerdo?

Candela se inclina hacia delante y me besa justo cuando mi hermana y mi madre están saliendo por la puerta. ¿Es que todos se empeñan hoy en jodernos los mejores momentos? Ambas sonríen y yo noto como las mejillas me arden.

—No te avergonzarás porque os hayamos visto daros un beso, ¿no? —pregunta mi madre mientras se acercan.

Candela me mira y se ríe divertida por la situación.

—¿Si fuesen tus padres sonreirías así? —le pregunto en voz baja.

—Pues claro, a ver si te piensas que no me han visto ya con mujeres.

La miro y sacudo la cabeza. Mi madre y mi hermana se unen a nosotras y Candela parece estar encantada con ello. Mi madre está completamente lúcida y parece que cualquier cosa que pueda contarle Candela, le interesa especialmente.

—Mamá tiene una conexión especial con Candela desde el primer día, ¿te has dado cuenta? —pregunta Nuri con curiosidad.

—Sí, pero mejor, ¿no? Sería espantoso que se llevasen mal—respondo preocupada al pensarlo.

—Sí, sí, claro, si no lo digo por eso, es que no sé, a veces pienso que mamá en su época...

—¿Qué insinúas? —pregunto sin poder contener la risa.

—Ay, yo que sé, hija mía, es que es muy moderna para su edad, y con lo traviesa que ha sido siempre estoy segura de que en su época tuvo que ser muy lanzada.

—Pregúntale—me río en voz baja mientras Candela y mi madre hablan de forma distraída—dile: oye mamá, ¿de joven te acostabas con mujeres?

Nuri se ruboriza solo con pensarlo y yo no puedo evitar soltar una carcajada ante su cara de bochorno, llamando la atención de mi madre que nos mira con ojos achispados.

—¿De qué habláis, jovencitas?

—Cosas nuestras, mamá—respondemos a la vez.

Capítulo 24

Candela

Después de una divertida charla con doña Emilia y Nuria, volví a pasar la noche en casa de Raquel, esta mañana me he levantado con ella y me ha dejado en mi cabaña antes de irse a trabajar.

Me he propuesto hacer varias cosas antes de que venga a recogerme esta tarde. Lo primero ha sido contestar varios correos con la editorial, alguno con Fermín, y comenzar a apuntar fechas en la agenda. El último correo era para comunicarme que gracias al gran trabajo de todos, y a que la imprenta comenzará a imprimir ejemplares a partir de la semana que viene, la fecha de publicación prevista para finales de año, se adelanta al mes de octubre. Eso significa que comienzan las entrevistas, las sesiones de fotos, la firma de ejemplares en exclusiva para motivar la preventa y el comienzo de la gira para firmar ejemplares por librerías de toda España, aunque esto último no será hasta que el libro esté a la venta.

Me pongo nerviosa solo de pensarlo, hay muchas cosas que tengo que hacer antes; entre ellas hablar con Raquel para que me haga un nuevo contrato de alquiler, ya que los dos meses que contrató Fermín se cumplen esta semana y el tiempo aquí se me ha pasado tan rápido al lado de Raquel, que apenas me he enterado.

No tengo ninguna intención de volver a casa con él y tampoco quiero ir a casa de mis padres, aunque sería una opción razonable teniendo en cuenta que apenas están en ella. Pero el tema es, que este lugar me gusta, me siento cómoda, relajada y feliz, y no solo porque aquí también está la mujer a la que amo, es que la Colonia Campos tiene un encanto que te atrapa. No me extraña que muchos artistas repitan estancia aquí o pasen largas temporadas.

Son tantas las tareas que quiero hacer, que finalmente me las apunto en una hoja para no dejarme nada. Soy bastante meticulosa para este tipo de cosas, me gusta apuntarlo todo y después ir tachando según voy haciendo. Entre todo lo de la lista, también está terminar el relato para Raquel, se lo he prometido esta mañana y, además, quiero observarla cuando lo lea para ver si he conseguido reflejar lo que ella desea que pase.

He comido entre papeles y llamadas de teléfono, y solo ahora, cuando por fin he tachado de la lista todo lo que podía hacer hoy, es cuando por fin me he podido sentar ante el ordenador para seguir escribiendo.

Puede parecer una última tarea para finalizar un día estresante, pero para mí no lo es, escribir me relaja, es lo único en esta vida que consigue que me desconecte completamente del resto del mundo.

Cuando acabo vuelvo a leer el relato completo, corrijo todos los errores que encuentro y me aseguro de que todo está como deseo. Después imprimo las últimas hojas y las guardo en mi bolso. Suena el timbre de la entrada y miro el reloj contenta, me alegro de que Raquel se haya adelantado.

Salgo a recibirla con una sonrisa que se disipa de mi cara cuando veo la cara de preocupación

con la que me está mirando.

—¿Qué pasa, Raquel?

—Me acaban de llamar de la caseta de la entrada del recinto, al parecer un hombre se ha presentado hace un momento y ha lanzado varias bolsas de ropas y objetos en medio del camino.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —pregunto negando una realidad que sospecho.

—Alfredo y Adrián se han acercado para recogerlo todo y entre las bolsas, hay también papeles con tu nombre, Candela, es tu marido el que ha tirado todas tus cosas.

Raquel me mira sin saber qué hacer a la espera de mi reacción. Ha utilizado un tono muy suave y prudente para contarme lo ocurrido, pero lo cierto es que yo solo tengo ganas de gritar de impotencia, me parece increíble que Fermín sea tan ruin e infantil. No puedo evitar ponerme a llorar con desesperación.

Raquel me abraza y deja que lllore mientras me besa la cabeza y acaricia mi espalda intentando consolarme. Lloro lo que no he llorado desde que comencé a darme cuenta de lo mal que iba lo mío con mi marido y del error que habíamos cometido ambos al casarnos. Cuando por fin me relajo, miro a Raquel a los ojos y me siento a salvo cuando sonrío y seca mis lágrimas con sus dedos.

—No te preocupes—susurra con calma—Alfredo y Adrián traerán tus cosas aquí y las dejarán en la entrada como es habitual, tú, yo y Lobo nos vamos a un sitio que todavía no he tenido oportunidad de enseñarte y que te va a encantar.

Es entonces cuando me doy cuenta de que Lobo está tumbado en el asiento trasero del todoterreno con la lengua colgando. Sonrío y sin dudarlo un segundo, entro a por mis cosas.

Raquel conduce por uno de los múltiples caminos que hay por aquí, supongo que ellos están habituados y se conocen esto de memoria, pero yo hace rato que no sabría volver ni con un mapa.

Tomamos un desvío y el camino comienza a descender considerablemente, por no hablar de que los baches y socavones en el terreno son importantes, pero este vehículo de Raquel es como un tanque por aquí, apenas notamos nada. De pronto llegamos a un espacio abierto entre los acantilados y descubro que estamos a pie de agua, el mar se extiende ante nosotras.

Me bajo sorprendida y abro la puerta de detrás para dejar salir a Lobo mientras Raquel cierra todas las ventanillas y deja algunas cosas en la guantera. Parece que no es la primera vez que Lobo viene aquí, porque sale corriendo, sorteando con enormes zancadas y saltos algunas rocas hasta meterse en una enorme piscina natural con el agua tan cristalina que me ciega.

—Vaya—murmuro impresionada.

—¿Qué te parece? —pregunta contenta.

—Me parece que si sigues enseñándome sitios como este no vais a libraros de mí nunca—contesto sin dejar de mirar hacia el mar.

—Es otro lugar secreto—se ríe—este es uno de los pocos accesos al mar que hay por aquí, y esta piscina el único sitio en el que te puedes bañar sin peligro de que una ola te estampe contra las rocas.

—¿Y por qué no está incluido en las actividades?

—Por lo mismo que el lago, el acceso es muy complicado y ya has visto lo mal que está el camino, además, no puedo garantizar que no venga algún idiota y decida tirarse al mar. Este sitio es peligroso, Candela, está lleno de rocas y el oleaje es muy fuerte, pero esta piscina natural es un regalo de la naturaleza—sonríe.

—¿Solo hay esta?

—No, hay otras tres, aunque esta es la más grande y la única a la que más o menos se puede

llegar en coche.

De nuevo soy yo la que comienza a quitarse la ropa, solo que esta vez me deshago directamente del sujetador mientras Raquel me observa con media sonrisa. No sé cómo lo hace, pero ha conseguido que olvide por completo lo que ha sucedido con Fermín hace un momento.

—Venga, desnúdate—le pido.

—¿Del todo? —sonríe socarrona.

Me giro y observo a mi alrededor, es imposible que nadie nos vea, así que, no veo motivo para no convertir este lugar en algo mucho más íntimo.

—Sí, del todo—ordeno cegada de deseo.

Raquel obedece y yo la imito quitándome la última prenda, es muy excitante la sensación de estar desnuda en un paraje así de salvaje. Me coge de la mano y caminamos con cuidado entre las rocas hasta el borde de esta maravillosa piscina natural.

—Entra muy despacio y con cuidado de no resbalarte—me pide.

Lobo corre por todas partes, eufórico y contento de poder refrescarse, hasta que de pronto sale corriendo y se pierde tras las rocas.

—¿A dónde va? —pregunto preocupada.

—A correr y perseguir gaviotas, tranquila, cuando se canse volverá.

—¿No te da miedo que se tire al mar?

—Lobo es listo y sabe reconocer el peligro mucho mejor que los humanos, he venido aquí con él mil veces y jamás se ha acercado a esas rocas, no te preocupes.

Y dejo de hacerlo. Nos adentramos despacio, pensé que cubría menos, pero el agua nos llega a los pechos en el lugar más profundo y aprovechamos para hundirnos y mojarnos del todo. Como era de esperar, Raquel se pone a nadar y yo siento ganas de mordisquear esos glúteos que sobresalen por encima del agua. Por suerte, esto no es tan grande como el lago y no me da miedo que se mueva de un lado para otro.

Me tumbo bocarriba y floto con los ojos cerrados, se está tan bien aquí. Oigo a Raquel acercarse y sonrío sin abrir los ojos cuando se detiene a mi lado y coloca una mano bajo mi espalda para ayudarme a flotar. Con la otra comienza a recorrer las líneas de mi cuerpo con calma, dibujando círculos con sus dedos en algunos lugares y pellizcando con suavidad mis pezones cuando llega a ellos. En pocos segundos estoy tan excitada que apenas puedo pensar con claridad, mis labios se separan y varios suspiros de placer comienzan a escapar de mi garganta.

Raquel posa su mano sobre mi sexo y mi cuerpo reacciona estremeciéndose de gusto.

—No te muevas—ordena en un susurro cargado de sensualidad.

Uno de sus dedos se abre paso a través de mi sexo y me tapo la cara con las manos cuando despliega toda su imaginación y me sorprende con algo que desde luego no esperaba. Se hunde bajo el agua sin quitar esa mano que me sostiene y su cabeza emerge entre mis piernas.

¿De verdad va a hacer lo que creo? La respuesta es sí, su lengua acaba de recorrer mi sexo y lo que en un principio parecía posible, al final no lo ha sido, porque conforme Raquel intensificaba la presión de su lengua sobre mi botoncito, yo he comenzado a retorcerme de gusto y le ha sido imposible sostenerme, así que ha vuelto a la posición inicial. Vuelve a estar a mi lado y sus dedos se mueven ágiles en mi interior, cada sacudida es una descarga de placer que se instala en mi centro de deseo y que me desespera cada vez más.

—Oh, joder, Raquel—murmuro entre jadeos.

Raquel sonríe y aumenta la velocidad, hasta que cierro las piernas alrededor de su mano y hago fuerza contra ella en las últimas explosiones de placer que me sacuden tras culminar en un desquiciante orgasmo. Cuando sale de mi interior pasa una mano por debajo de mis rodillas, la

otra por debajo de mis brazos y comienza a caminar despacio por el agua para pasearme. Me dejo llevar por ella con un estado de relajación que creo que no había sentido antes y no consigo borrar una inmensa sonrisa de felicidad de mi rostro.

Abro los ojos y la observo, con el pelo mojado recogido en una cola y varios mechones traviesos pegados por su cara.

—¿Dónde has estado durante toda mi vida? —pregunto en un arrebato.

—Esperándote—susurra muy seria mientras me mira fijamente.

Me pongo en pie y agarro su cara para besarla con una mezcla de desesperación, deseo y ternura que hace que ambas nos estremezcamos. Arrastro a Raquel hasta una de las orillas porque hace rato que le tengo echado el ojo a una de las rocas, es plana y perfecta para que ella se siente y yo pueda cubrir su sexo con la boca, no puedo pensar en nada más que en eso, y no paro hasta que lo consigo. Raquel obedece mis órdenes, y tumbada sobre una roca, se corre hasta tres veces entre mis labios.

Capítulo 25

Raquel

Después de abandonar la playa paramos en la cabaña de Candela. Lobo se tumba junto a un árbol y yo la ayudo a entrar todas las cosas que el imbécil de su marido ha tirado como si fuesen basura. Qué pena que la mayoría de las rupturas siempre acaben mal.

Lo colocamos todo en un rincón del comedor y Candela lo observa negando con la cabeza.

—¿Te vienes a mi casa? —pregunto deseando que acepte.

Candela me mira y asiente. Después acaricia mi mejilla con la mano y me besa en los labios con delicadeza.

—Un segundo, cojo algo de ropa limpia y nos vamos.

Al llegar nos duchamos y preparamos algo de cena entre las dos. Candela hace una ensalada y yo preparo una tortilla de atún para cada una que acompañamos con unas tostadas y paté.

—Tengo algo para ti—dice cuando terminamos de cenar.

—¿Sí? ¿Y qué es? —pregunto curiosa.

—El resto del relato, lo he terminado poco antes de que vinieras. ¿Te parece si nos vamos a la cama y lo lees allí? Me apetece tumbarme.

—Claro—respondo contenta.

Candela me entrega las últimas hojas y se tumba a mi lado, yo me siento y coloco la almohada en la pared para apoyar la espalda mientras ella traza círculos sobre mis muslos con el dedo cuando comienzo a leer.

Catwoman Parte 3

—Ya me has oído, dame tus bragas. Yo te doy un poco y tú me das otro poco, esto funciona así—dice encogiéndose de hombros como si nada.

—No voy a darte mis bragas, ¿cómo te atreves? Ni siquiera sé tu nombre, ¿y pretendes que me quite las bragas aquí en medio para dártelas?

—Exacto, eso es lo que quiero y eso es lo que harás, ¿qué importan los nombres en un lugar así?

—Me niego—digo por orgullo.

Lo cierto es que estoy deseando dárselas.

—Está bien. Tal vez ella sí que quiera dármelas—dice señalando a la mujer que está devorando a su compañero.

No sé por qué, pero estoy segura de que a esa mujer le parecerá muy excitante hacer lo que Catwoman propone, y como no deseo que se vaya con nadie que no sea yo, accedo.

—Está bien, espera—le pido nerviosa.

Subo la falda de mi vestido por la parte de delante y tiro de mis braguitas hacia abajo

mientras ella me observa con descaro y se muerde el labio, es tan sexi... Pongo las braguitas en su mano, ella sonríe con satisfacción, las aprieta con los dedos y después se las guarda en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Están muy húmedas—dice sin dejar de mirarme.

—¿Y las tuyas? —pregunto atontada.

Si antes estaba excitada lo de ahora no sé describirlo, me siento desnuda, y eso en un lugar como este con un ambiente cargado de morbo está haciendo que me maree.

—Yo no llevo.

Antes de que pueda decirle nada su compañero vuelve, le dice algo al oído mientras vuelve a colocarse la camisa y ambos vuelven a perderse tras la puerta en busca de algo. Yo aprovecho para girarme de nuevo a examinar la sala, rechazo dos invitaciones casi simultáneas y por un momento dudo sobre si debería aceptar la segunda, son dos mujeres, ¿y si por una vez en mi vida dejo de ser una mojigata y me dejo llevar? No, no puedo.

Ahora otra mujer se planta ante mí a lo lejos, está sola y me está dando un repaso importante cuando veo que hace un gesto con la mano que señala mi sexo. No entiendo lo que quiere decir, pero me tiene hipnotizada, no la había visto antes, por lo que debe haber entrado hace poco. Su melena oscura y brillante cae en cascada sobre sus hombros desnudos. Lleva una camiseta de tirantes ancha y pantalones oscuros que no encaja con el entorno, parece que acabe de salir de un concierto de rock, pero me tiene cautivada, es el tipo de mujer que me gusta. Pienso en Catwoman, seguro que ahora me observa divertida, pero soy incapaz de girarme porque la chica vuelve a hacer un gesto, creo que quiere que me siente en el taburete, las piernas me tiemblan cuando lo hago y veo que afirma complacida, pero sin perder la calma que yo no encuentro.

En este punto me detengo y suspiro, apenas he leído unas pocas líneas y estoy tan cachonda que me cuesta respirar.

—¿Todo bien? —pregunta Candela con gesto travieso.

—Muy bien, salvo por el pequeño detalle de que ya estoy ardiendo de ganas—confieso.

—Bien, ese era otro objetivo—comenta satisfecha.

La miro y me muerdo el labio para no saltar sobre ella y hacerle el amor ahora, quiero terminar el relato primero.

—No me toques—digo apartando su mano de mi muslo—necesito concentrarme.

—Ya, pues yo tengo calor—dice quitándose la camiseta y quedándose en braguitas.

—Joder, Candela, ¿en serio? —pregunto agitada.

Me giro hacia su cuerpo atraída como un imán y coloco una mano en su cintura para atraerla hacia mí.

—Shhh, nada de tocar, tú a leer—me ordena volviéndome loca.

Pongo la hoja justo delante de mis ojos y me concentro para volver a leer mientras mi sexo palpita suplicante.

Da un paso en mi dirección, Dios mío, si sigue mirándome así creo que voy a correrme. De nuevo hace un gesto tras dar otro paso y entorno los ojos esperando que lo repita, ¿quiere que

abra las piernas? Sí, está claro que sí, porque en cuanto lo hago da otro paso en mi dirección y noto como mi humedad me mancha el vestido, no sé quién es y lo siento por Catwoman, pero estoy deseando que llegue para que haga conmigo lo que quiera.

Otro gesto, ¿de verdad quiere lo que creo? Dudo y pongo cara de interrogante. Ella repite el gesto y entonces me queda completamente claro, quiere que me suba el vestido. Pero si hago eso mi sexo quedará completamente expuesto porque estoy abierta de piernas, y gracias a Catwoman no llevo braguitas. Me giro de forma inconsciente en dirección a la barra, ahora me siento insegura y necesito verla, ella me proporciona tranquilidad a la par que excitación, pero veo con sorpresa que Catwoman no está, ahora son dos chicos los que atienden la barra con el antifaz de Batman.

Me giro aturdida y la roquera sigue ahí, esperando a que haga lo que me ha pedido. Repite el gesto, y después de hacerlo da un paso más. A la mierda, ya no puedo más, así que, sin pensarlo dos veces, subo la falda de mi vestido hasta la cintura y me quedo ante ella con las piernas abiertas y mi sexo palpitante. Es entonces cuando sonrío por primera vez, lo hace de medio lado y mi corazón se detiene porque conozco esa sonrisa, es Catwoman. Sabe que la he reconocido, y ahora avanza sin detenerse hacia mí mientras saca algo de su bolsillo y comienza a darle vueltas en el aire con el dedo índice de su mano derecha, ¡son mis braguitas!

La espero sin moverme un solo centímetro mientras mi corazón palpita desbocado, y cuando llega, se coloca entre mis piernas, pegando su sexo al mío y cogiendo mi cara entre sus manos.

—Te dije que te follaría en este lado—susurra con voz ronca.

Sin darme tiempo a articular una sola palabra, su lengua se abre paso entre mis labios y me dejo llevar con ansia. Me agarro a su cintura y por instinto utilizo una mano para bajar mi vestido y taparme.

—No—me detiene con autoridad.

Catwoman clava su tórrida mirada en mí y pega su sexo contra el mío con fuerza. Esta vez noto un fuerte bulto que me vuelve loca de deseo, lleva un arnés, y en cuanto ve mi boca temblar, se desabrocha el pantalón con rapidez y con una agilidad asombrosa, saca el falso pene, tantea mi entrada y lo hunde en mi interior arrancándome un suspiro anticipado.

—Es doble—suspira en mi boca sin dejar mover su cadera con un ritmo enloquecedor.

Que sea doble me gusta, quiero que ella disfrute tanto como yo y se lo hago saber colocando las manos en su trasero y ayudándola a empujar. Hundo la cara en su hombro y miro por encima de él. Veo más gente, ahora soy como aquella pareja que tanto me ha alarmado cuando he entrado, muchos ojos están posados sobre nosotras con descaro, disfrutan mirando y para mi sorpresa, mi excitación crece al ser consciente de ello.

No cierro los ojos en ningún momento, solo al final, cuando ya no puedo más y mi cuerpo se tensa mientras suelto un gemido tras otro. Cuando acabo, Catwoman necesita unas embestidas más para culminar su orgasmo y yo la recibo contenta. Al acabar no sale de mi interior ni yo deseo que lo haga, simplemente me mira y sonrío mientras recupera el aliento.

—¿Tampoco ahora me dirás tu nombre? —pregunto alzando una ceja.

—¿Qué me darás a cambio?

—Ya veo, tú siempre pidiendo—digo a la vez que da un suave empujón con la cadera que hace que me retuerza de gusto—oh, joder—suspiro de pura impresión.

—Te lo digo a cambio de tu número de teléfono—otro empujón acompaña sus palabras y nos arranca un gemido a ambas.

—Me parece bien—sonrío jadeante.

Ahora mismo no soy capaz de describir lo mucho que deseo verla de nuevo, quiero conocer a

la verdadera Catwoman y descubrir si sigue manteniendo esa seguridad en sí misma que muestra esta noche.

—Cati, me llamo Cati.

Sonrío y le hago un gesto al camarero para que se acerque mientras Cati sigue moviéndose en mi interior lentamente. Solo son pequeños pero certeros empujones cada ciertos segundos, que hacen que ambas nos mantengamos en un elevado estado de excitación constante. El chico aparece y le pido algo con lo que escribir, él saca un bolígrafo del bolsillo de su camisa y yo tiro del cuello de la camiseta de Catwoman y le escribo mi número en el hombro, después le doy un tierno beso, le devuelvo el bolígrafo al camarero y coloco mis manos en el culo de Cati, ahora el ritmo lo marco yo.

FIN

—Joder—suspiro aliviada de que haya terminado, estoy tan caliente que me ha costado la misma vida contenerme.

—¿Es lo que esperabas? —pregunta mientras me deshago de mi ropa y sus braguitas.

—Candela...

—¿Qué? —suspira cuando comienzo a besar su cuello.

—Primero te ocupas de calmar lo que me has provocado y después hablamos—le pido con desesperación.

Candela sonrío, y con un gesto hábil consigue invertir nuestras posiciones. Ahora es su cuerpo el que está sobre el mío y, repartiendo besos por todo mi pecho, finalmente baja por mi abdomen y se pierde entre mis piernas.

Me pregunto si será bueno tener tantos orgasmos en un día. Tras un último suspiro ahogado que me deja sin aliento, Candela se coloca a mi lado para susurrarme al oído.

—¿Tienes arnés?

Dios, ¿de verdad vuelvo a estar excitada?

—Sí.

—Pues pónelo y fóllame, cariño—ordena muerta de deseo.

Me pongo en pie de un salto, abro el cajón de la cómoda y me coloco el arnés mientras Candela se pone en pie y se acerca a mí. Antes de que pueda decir una palabra, se sienta sobre la cómoda y se abre de piernas.

—Joder, Candela—digo impresionada por la imagen tan erótica que me ofrece—ni siquiera he comenzado y estoy a punto de correrme.

Candela no dice nada, simplemente me agarra de la cintura, me atrae hacia ella y me besa con desesperación. Yo agarro el falo con una mano, busco su entrada completamente húmeda y caliente y entro dentro de ella con una suavidad absoluta.

Durante varios minutos, lo único que se oye en la habitación son nuestros intensos gemidos y los continuos golpes que la cómoda da contra la pared con cada movimiento de pelvis que realizo contra ella.

Hay momentos en los que creo que voy a desfallecer, las fuerzas me fallan y todo mi cuerpo tiembla preso del placer, pero Candela enrosca sus piernas en mi cintura y me ayuda colocando sus manos en mi trasero para que no pierda el ritmo. Estamos sudadas y agotadas, aun así, no paramos hasta que realmente no puedo más, y tras el último orgasmo, siento como las fuerzas me abandonan por completo y mi cuerpo se desploma contra el de Candela.

—No puedo más—me disculpo aferrándome a su cuerpo.

—Ni yo—confiesa hundiendo su cara en mi hombro.

Solo cuando recupero un poco el aliento, Candela hace que nos incorporemos y se asegura de que me siento en la cama sin caerme, realmente me siento débil como nunca. Me quito el arnés con su ayuda y me quedo profundamente dormida antes de que apague la luz.

Capítulo 26

Candela

Un ruido que no reconozco me despierta. Cuando abro los ojos la luz del sol entra por la puerta de la habitación y me hace cerrarlos de golpe. No recuerdo que Raquel se haya despedido de mí antes de irse a trabajar, y cuando me giro hacia su lado, la encuentro dormida abrazada a la almohada. Miro la hora, son más de las diez de la mañana.

—Raquel, cariño, ¿hoy no trabajas? —le pregunto apartando el pelo de su cuello.

Raquel abre los ojos con pesadez y asiente con la cabeza.

—Pues te has dormido, son más de las diez—digo acariciando su cabeza.

Se gira y se pone bocarriba haciendo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

—No me he dormido, no he podido levantarme, Candela, estoy agotada—susurra.

—¿Te encuentras mal? —pregunto preocupada.

—No, solo floja, creo que la maratón de anoche ha podido conmigo—confiesa sin poder evitar que una sonrisa de satisfacción se dibuje en sus labios.

—Que floja me has salido—me burlo besando su mejilla.

Justo en ese momento la puerta de la habitación se abre provocándome un susto de muerte. Nuria entra como un resorte y se detiene en seco cuando me ve.

—Oh, Candela—dice dándose la vuelta sofocada—perdona, no sabía que estabas aquí.

—Joder, Nuri—se queja Raquel mientras las dos nos apresuramos a taparnos con la sábana—te he dicho mil veces que llames antes de venir.

—Perdona, ¿cómo iba a saber yo que estabais...?

—Si hubieses llamado lo sabrías, ya puedes girarte.

Yo no salgo de mi asombro, lo último que me esperaba para hoy era que su hermana nos encontrase desnudas en la cama, pero por si eso fuese poco, cuando se gira sus ojos se abren como platos mientras mira al suelo.

—Ay, Dios mío—dice poniéndose una mano en el pecho.

Entonces miro al suelo y veo el arnés. ¿De verdad está pasando esto? Que bochorno. Raquel salta de la cama desnuda, coge el arnés y lo tira hacia el rincón mientras echa a su hermana de la habitación.

—¿Puedes salir antes de que veas algo que te traumatice? Gracias.

Raquel la empuja hacia la puerta y en cuanto la cierra no puedo evitar reír.

—¡Os espero en la terraza! —grita desde el otro lado.

—¡Pues prepara café! —le grita Raquel.

Después se da media vuelta y se sienta a los pies de la cama con cansancio.

—Dios, que manía tiene—se queja.

Yo me río y abro la ventana del todo para ventilar la habitación. Después me agacho ante ella y cojo sus manos.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, de verdad, solo necesito un día de descanso, Candela, ya no recuerdo cuando fue el

último día que me quedé aquí.

—Está bien, vamos a darnos una ducha rápida y salimos.

Y así lo hacemos. Nuria no solo ha preparado café, también ha hecho tostadas con mantequilla y mermelada de fresa que Raquel y yo devoramos mientras ella nos observa con atención.

—¿No comes? —le pregunta Raquel.

—Ya he desayunado, solo quiero café. Siento haberme presentado así, pero Alfredo me ha llamado, dice que habíais quedado para arreglar no sé qué valla y que no te has presentado, y bueno, me he preocupado.

—Mierda, la valla—se regaña Raquel—lo había olvidado.

—No te preocupes, se ha llevado a Adrián con él.

—Lo siento, Nuri, pero me ha sonado el despertador y he sido incapaz de levantarme, estoy muy cansada.

—Tranquila, llevas mucho trote últimamente y apenas descansas, y si encima habéis tenido una noche intensa...

Qué vergüenza, a saber lo que se le está pasando a esta mujer por la cabeza.

—Eso no tiene nada que ver, Nuri—se defiende Raquel.

—Ya, pero bueno, todo influye, ¿no? —pregunta mirándome a mí.

—Supongo que sí.

—Por cierto, Candela, siento lo que pasó ayer con tu marido—dice con sinceridad.

—Gracias, yo también lo siento.

—¿Has hablado con él?

—Hablar con él sobre ese tema ahora es absurdo—respondo con calma.

Raquel me observa mientras da un sorbo a su café. No dice nada, por saber lo que piensa ella en momentos como este, sí que pagaría.

—Bueno, pues si todo está bien por aquí yo me marchó que tengo que hacer la comida. ¿Queréis que eche un poco más y os venís a comer? —comenta Nuria.

—No, Nuri, te lo agradezco, pero no tengo ganas de salir, ya prepararemos algo o lo pediremos en el restaurante.

—Vale, echaré de más y le diré a alguien que os lo traiga, fin de la historia—resuelve sin más.

Cuando Nuria se marcha nosotras seguimos en la terraza un rato más.

—Oye, Raquel, cuando Fermín alquiló la cabaña me dijo que había opción de alargar el plazo y me gustaría hacerlo, quiero quedarme aquí una temporada.

Raquel me mira con preocupación y suspira agotada.

—¿Qué pasa? —pregunto inquieta.

—Tu cabaña ya está alquilada, Candela.

—¿Qué? Pero si él me dijo...

—Es cierto que había opción de alargar el plazo, pero siempre avisando con quince días de antelación.

—Joder, alguien podría haberme preguntado a mí antes de darlo por hecho, ¿no? —pregunto enfadada.

—Mira, Candela, yo no me ocupo de esas gestiones, pero sé, porque este caso en particular me interesaba, que cuando ese plazo se cumplía llamaron a tu marido y le preguntaron, dijo que no y final de la historia.

—¿Y por qué le preguntaron a él?

—Porque la reserva está a su nombre.

—Joder, Raquel, me lo podrías haber dicho tú.

—Y estuve a punto...

—¿Pero?

—No quería que pensaras que lo hacía por egoísmo, o que te sintieras presionada a quedarte por mí o cualquier cosa de ese tipo.

—Está bien, no pasa nada—digo más calmada—al fin y al cabo, soy yo quién debería haberse preocupado.

—Yo también podría habértelo dicho cuando Nuria me lo comentó, pero no quería agobiarte.

—No te entiendo, Raquel, ¿de verdad piensas que me lo hubiese tomado como una especie de acoso por tu parte?

—No, pero hace dos semanas no estábamos como ahora y yo no tenía claro lo que iba a pasar, si realmente esto iba a ser serio o solo era algo pasajero, mi propia experiencia no me dejaba ser muy confiada.

Pego mi silla a la suya y le cojo la mano.

—¿Qué tengo que hacer para que te sientas segura?

—Ahora ya nada—sonríe—de verdad.

—Vale. Bueno, volvamos al problema, ¿hay alguna otra cabaña que pueda alquilar?

—No lo sé, déjame preguntar.

Raquel coge su teléfono y llama a la recepción mientras yo cruzo los dedos, pero por la expresión de su cara, deduzco que la cosa no está muy a mi favor.

—De acuerdo, gracias—dice antes de colgar.

—¿Qué? —pregunto impaciente.

—Lo siento, tendremos una libre dentro de tres semanas, pero hasta entonces, todas están ocupadas.

Me recuesto hacia atrás en el respaldo de la silla y suspiro mirando al cielo.

—Candela...

—No pasa nada—digo por fin—¿puedes pedir que me reserven esa cabaña? Mientras tanto me iré a casa de mis padres.

—También puedes quedarte aquí—me ofrece.

La enfoco notando como mi corazón late con fuerza.

—Puedes quedarte aquí conmigo—se encoge de hombros—yo puedo irme a la caravana si necesitas intimidad o tu propio espacio.

—¿Cómo puedes conseguir que en la misma frase me entren ganas de abrazarte y de estrangularte a la vez, Raquel? —pregunto molesta.

—¿Qué he hecho?

—¿De verdad crees que voy a quedarme en tu cabaña para echarte de ella? Para eso me voy yo.

—Solo digo que...

—Mira, Raquel, vamos a dejar las cosas claras de una vez porque me estoy cabreando. Te quiero tanto que me iría a vivir contigo al culo del mundo mañana mismo, ¿comprendes? Llevo tres días seguidos durmiendo aquí y te aseguro que es en el único sitio en el que me gusta levantarme, a tu lado. Pero si tú no lo tienes tan claro no me voy a quedar aquí esas tres semanas, no quiero que te agobies ni que te sientas obligada, ni que hagas nada porque te sepa mal no tener más cabañas o lo que sea que se te pasa por la cabeza, porque a veces te juro que me desesperas—digo nerviosa casi sin respirar.

Cuando por fin termino de hablar, Raquel me observa con esa mirada suya que tanto me pierde y me gusta a la vez. De pronto sonrío de medio lado, Dios, qué paciencia.

—¿Te hago gracia? —pregunto indignada.

—¿Te irías a vivir conmigo al culo del mundo?

—¿Eso es lo único que has escuchado?

—Soy de resumir las cosas y quedarme con lo más importante. Contéstame—exige.

—Sí, Raquel, me iría contigo al culo del mundo o debajo de un puente, donde fuese, pero contigo.

—Yo no quiero irme a la caravana si te quedas, quiero que te quedes conmigo, ¿o crees que a mí no me gusta despertarme a tu lado? Como tú has dicho, solo han sido tres días, pero yo me siento como si llevásemos media vida durmiendo juntas. No me ha costado lo más mínimo acostumbrarme a ti y no sé si esto es normal, y sinceramente no me importa. No te vayas con tus padres, quédate conmigo—me pide con sinceridad—traeremos tus cosas aquí y dentro de tres semanas decides lo que quieres hacer.

—¿Y qué pasa si dentro de tres semanas no quiero irme de tu casa? —pregunto muy seria.

—Pues te quedas—responde convencida—volvemos a poner la cabaña como disponible y te quedas aquí.

—Trato hecho, Raquel Campos—digo tendiéndole la mano.

Raquel me la estrecha a la vez que me guiña un ojo, las piernas me tiemblan.

—Así que a veces te desespero—se ríe.

—Mucho, me entran ganas de cogerte del pecho y sacudirte para que escupas todo lo que piensas.

Raquel sonrío de nuevo y estoy a punto de levantarme para hacer lo que le he dicho, pero mi móvil comienza a sonar. Es mi prima, Alma. Cuando contesto, Raquel aprovecha para levantarse a recoger la mesa, yo también me pongo en pie y comienzo a caminar por el jardín, mi prima ya se ha enterado de lo que pasa y el interrogatorio va a durar un rato.

—Miguel y yo hablábamos mucho sobre vosotros, ¿sabes? —confiesa suspirando.

—¿Sobre nosotros?

—Sí, se veía venir que no acabaríais bien, erais demasiado diferentes, dicen que eso a veces es bueno, pero en vuestro caso solo os alejaba.

—Y si pensabas eso, ¿por qué no me lo habías comentado nunca? —pregunto con curiosidad.

—Yo no puedo decirte algo así si tú no me das pie, Candela, y apenas hablabas sobre vosotros.

—Ya...

—Oye, háblame de esa chica, ¿de qué la conoces? —pregunta intrigada.

—De aquí, la conocí aquí el primer día que llegué, es una de las dueñas de este sitio.

—¿Y tan fuerte te ha dado como para que no quieras irte de ahí? —se ríe divertida.

—Ni te lo imaginas—confieso muy seria.

—Pues a ver cuando te dejas caer por casa y nos la presentas, que últimamente hablamos muy poco y nos vemos menos, y eso no puede ser, mira el giro que ha dado tu vida y me he tenido que enterar por el idiota de Fermín.

—Ya lo sé, perdona, es que desde que estoy aquí, es como si el mundo se hubiese parado ahí fuera. ¿Vosotros cómo estáis?

Mientras mi prima me hace un resumen bastante detallado de las últimas semanas y novedades en la familia, yo paseo por toda la finca con calma hasta que me paro frente al mar y me apoyo en la valla e inspiro el aroma del aire puro. Después sigo caminando y veo a Lobo

tumbado aprovechando la sombra que ofrece la caravana.

Cuando vuelvo hacia la cabaña, Raquel ha colocado dos toallas junto a la piscina y está tumbada tomando el sol, como siempre, solo con las braguitas, se ha puesto unos auriculares y veo como mueve un pie al ritmo de lo que sea que escucha. Sonrío.

Cuando cuelgo me siento con ganas de hacer cosas, así que decido dejar que Raquel se siga relajando al sol y yo entro en la cabaña, cambio las sábanas y recojo la habitación. Cuando encuentro el arnés tirado en el suelo no puedo evitar reírme de la cara de asombro de Nuria cuando lo ha visto. Después de hacer varias cosas me pongo el bikini y salgo, Raquel sigue donde la he dejado, solo que su cuerpo ahora está mojado, supongo que se ha dado un baño.

Me tumbo a su lado, le doy un beso en el hombro y le quito un auricular, ella me mira con ojos brillantes y sonrío.

—Supongo que tu hermana no volverá a entrar sin avisar, ¿no? —pregunto inquieta.

—¿Después de lo que ha visto? —se ríe—no, te aseguro que no. Puedo imaginármela contándoselo a Alfredo con cara de espanto.

Las dos reímos, me coloco el auricular y me pierdo en el mundo de Raquel.

Capítulo 27

Candela, un mes y medio más tarde.

—Me pones nerviosa, Raquel.

—Perdona—dice dejando de mover la pierna.

Es la fiesta de presentación de mi libro que organiza la editorial el día antes de la publicación, sé que le pido mucho acompañándome aquí, no conoce a nadie a parte de mí y además está Fermín. Las cosas con él no van muy bien, se niega a firmar los papeles del divorcio y finalmente he tenido que iniciar los trámites por la vía judicial, tardará más, pero tendrá que firmar.

Le he prometido que no la soltaría de la mano bajo ningún concepto y pienso cumplir mi palabra, aunque no me va a costar ningún esfuerzo porque no me apetece separarme de ella. Le voy presentando a todo el mundo, ella saluda con educación y se mantiene al margen de cualquier conversación. Casi todos se acercan a nosotras para felicitar me por el libro, pero hay algunas, las más cotillas, que lo único que buscan es información sobre lo nuestro, yo me encargo de cortarlas rápido.

La velada transcurre con relativa normalidad, hasta que veo acercarse a Fermín con una rubia colgando del brazo. ¿De verdad necesita hacer esto? Se para ante nosotras y enseguida me doy cuenta de que ha bebido de más.

—Fermín, tengamos la fiesta paz, por favor—le pido en cuanto veo cómo nos mira.

Noto la tensión de Raquel cuando me aprieta la mano.

—Vaya, vaya, Candela, no me habías dicho que tu rollete era con la hija menor del matrimonio Campos.

—Fermín, vete—le pido intentando mantenerme calmada.

—No te preocupes, no voy a montar ningún número, como ves—dice señalando a la joven que parece ajena a todo—puedo tener a quién quiera, Laura será una gran escritora, ¿verdad, nena?

La chica sonrío como una boba y yo solo puedo sentir pena por ella y asco por él.

—En fin—dice dirigiéndose a Raquel—siendo quién eres supongo que sabes de sobra que soy un buen cliente para vuestro negocio, he llevado a tantos escritores allí que he perdido la cuenta, ¿y así es como me lo agradecéis?

Raquel abre la boca con intención de decir algo, pero le aprieto la mano y le suplico con la mirada que no lo haga, es justo lo que busca Fermín, provocarla y así tener un motivo más para hacerse la víctima.

—Me ocuparé personalmente de que todo el mundo sepa que en esa colonia de mierda os dedicáis a destroz matrimonios, voy a hundiros—la amenaza.

—¿Va todo bien? —pregunta el director de la editorial apareciendo en el momento justo.

—Perfectamente, Fermín ya se iba, ¿verdad?

Aguanto la charla del director sin perder de vista a Raquel. La conozco lo suficiente como

para saber lo nerviosa que está ahora mismo, sus ojos brillan y no deja de frotarse las manos, creo que para nosotras la fiesta ha terminado.

—Si me disculpas, Teo, creo que es hora de que me marche, mi mujer no se encuentra muy bien y yo estoy cansada.

—Claro, tranquila, creo que será una buena manera de que todos comiencen a marcharse, mañana les espera un día duro.

Me despido de él con dos besos y cojo a Raquel por la cintura.

—Venga, vámonos—le susurro.

—¿Qué? Es tu fiesta, Candela, tienes que estar aquí.

—Ya, pero no me apetece.

Ya en la calle, ambas suspiramos aliviadas y caminamos hacia el coche en silencio, lo rompo en cuanto nos montamos.

—No te preocupes por lo que ha dicho Fermín.

—¿Cómo no voy a preocuparme, Candela? ¿Sabes el daño que puede hacernos?

—Estaba borracho, mañana ni siquiera recordará la mitad de lo que ha dicho. Lo más seguro es que pronto veas a esa rubia en una de tus cabañas.

—Me importa una mierda esa rubia y cualquiera a quién él pueda traer, ¿crees que nos viene de sus clientes? Lo que sí me preocupa es que ensucie el apellido de mi familia, todos hemos trabajado muy duro para tener lo que tenemos, sobre todo mis padres—dice casi sin aliento.

—Vale, escúchame bien, cariño—digo sujetando su cara para que me mire—¿tú confías en mí?

—Sí, claro que confío en ti, pero en él no—responde nerviosa.

—Él da igual, si te fías de mí, olvídate de esto porque te garantizo que no abrirá la boca, ya se me ha hinchado el coño—digo enervada.

—¿Qué vas a hacer?

—Resolverlo, tú confía en mí, Fermín no nos va a molestar más.

—Porque se te ha hinchado el coño—afirma divertida.

—Exacto, porque se me ha hinchado el coño, y ahora vámonos a casa que estoy deseando desnudarte.

Sí, a nuestra casa, la cabaña de Raquel. Creo que aquella mañana en su terraza cuando me ofreció que me quedara, ambas sabíamos que muy mal tenía que ir la cosa para que aquello no fuese definitivo. Adrián me acompañó un par de veces a buscar todo lo que me quedaba en casa de Fermín y desde entonces vivimos juntas.

Capítulo 28

Raquel

Cuando me despierto, Candela ya se ha marchado y me siento extraña porque siempre soy yo la que se va a trabajar antes, me giro hacia su lado echándola de menos y aspiro su aroma en la almohada.

Sé que hoy le espera un día intenso, su libro ha salido a la venta y lo primero que hago es buscarlo en Amazon. Sonrío orgullosa cuando lo veo situado en el número uno de ventas de su categoría. No suelo hacer esto nunca, pero necesito hablar con ella y no puedo esperar hasta la tarde. Así que la llamo por teléfono.

—Hola, cariño, ¿ocurre algo? —pregunta extrañada.

—Nada—digo contenta—solo quería felicitarte, ya he visto que estás en el número uno de ventas.

—Gracias, Raquel, la verdad es que es increíble, solo espero que les guste—comenta inquieta.

—Lo hará, no te preocupes.

Colgamos y el resto de la mañana se me hace eterna. Es un día de esos en los que por mucho trabajo que tenga las horas no pasan, así que intento darme prisa y cuando acabo me voy a casa de mi madre para comer con ella y Nuria.

Me paso la tarde mirando el reloj, Candela me prometió que estaría en casa antes de las cinco y no cruza la puerta hasta pasadas las siete. Reconozco que estoy molesta, no me importa que se retrase, pero podría avisarme.

—Hola—saluda desde la puerta.

—Hola—contesto sin moverme del sitio.

Candela deja sus cosas y se acerca al sofá, levanto la mirada y la veo de pie a mi lado con una sonrisa que no sé descifrar, pero es muy dulce.

—Estás enfadada—afirma con calma sin dejar de observarme.

—Enfadada no, pero preocupada sí, no te costaba nada avisarme.

Candela se sienta en la mesita que hay justo enfrente de mí, coloca una mano en mi barbilla y me besa.

—Perdona—susurra—pero estaba resolviendo un asunto importante y no he podido llamar.

—Está bien—concedo atontada por esa mirada que me está volviendo loca.

—He hablado con Fermín y ya no tienes que preocuparte más por él—sentencia.

—Candela, ¿qué has hecho? —pregunto confusa.

Ella alza las cejas negando con la cabeza como si fuese algo que le ha resultado muy simple y se levanta, va hacia su bolso y saca un sobre de él. Después vuelve y se sienta dónde estaba.

—Candela...—insisto.

—Le he dejado las cosas claras, Raquel, nada más. Simplemente le he dicho que o nos deja tranquilas de una vez, o me marchó del sello.

—Pero ¿qué dices? ¿Estás loca? ¿Cómo vas a marcharte del sello? —pregunto alarmada.

—Pues marchándome, Raquel, que no es lo que quiero porque estoy contenta con los resultados, pero tengo otras editoriales interesadas y yo aquí ya he cumplido mi contrato de tres libros, podría irme si quisiera.

—¿Entonces?

—Bueno, Fermín digamos que es el más interesado en que eso no suceda, por encima de todo lo que le gusta es el dinero, y yo le genero grandes beneficios, así que se ha disculpado y, además, me ha dado esto—dice mostrándome el sobre con una sonrisa traviesa.

—¿Qué es? —pregunto curiosa.

—Ábrelo...

Abro el sobre intrigada y cuando despliego las hojas veo que es el acuerdo de divorcio entre ambos, Fermín ha firmado.

—Madre mía—digo con el corazón bombeándose con fuerza.

—Ya está, cariño, oficialmente soy una mujer divorciada—dice con una sonrisa que no le cabe en la cara.

Yo vuelvo a mirar el papel como si no me lo creyese, y entonces veo algo que me hace daño en los ojos, cuando enfoco bien se me escapa la risa.

—¿Te llamas Candelaria?

—Muy graciosa, dame eso—dice haciéndose la ofendida.

—¿Por qué te enfadas? Es bonito—digo evitando que me quite el sobre.

—Sí, claro, precioso, sobre todo cuando iba al colegio.

—Pues a mí me gusta—digo sinceramente.

Candela me mira incrédula y yo vuelvo a leer el contenido del sobre como si tuviese que cerciorarme de que no es una broma, pero no lo es, el acuerdo está firmado por ambos. Me abrazo a ella con una alegría que no comprendo, ¿tan importante era para mí este divorcio? Parece que sí.

—¿Volverías a casarte después de lo que te ha costado conseguir el divorcio? —pregunto todavía entre sus brazos.

—Si es contigo, sí—contesta despreocupada.

Yo me separo un poco y la miro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —se ríe—¿nunca te has planteado casarte?

—Pues la verdad es que estando siempre sola es difícil plantearse algo así, cuando era pequeña era una de las cosas que más ilusión me hacía, pero después...—me quedo pensativa.

—Pero ahora ya no estás sola, y no te estoy proponiendo casarnos ahora, ¿eh? No te asustes —añade ante mi cara de espanto—solo lo digo porque de esto nunca hemos hablado y yo creo que es importante.

—¿Es importante casarse? —pregunto aturdida—. Porque yo pienso en una boda y todo lo que conlleva y se me ponen los pelos de punta.

—No me refiero a eso, Raquel, a mí todo el tinglado de las bodas me parece un paripé, yo me casé con Fermín en el juzgado y solo con los familiares más allegados, mis padres, los suyos y poco más. Me parece importante por seguridad y por el hecho de que facilita las cosas en caso de que pase algo, imagina que me muero mañana...

—Joder, Candela—resoplo molesta.

—Es un ejemplo, cariño—me calma—pero imagina que tengo un accidente y me muero, y que mis padres ya no estuviesen aquí, yo no tengo hijos ni hermanos ni sobrinos y no tengo muy claro cómo funciona esto, pero no me gustaría nada que todo lo que he conseguido en la vida pasase a manos del estado. Sí, ya sé que para eso existen los testamentos, pero eso es un papel

que dice que te dejo todo lo que tengo, el matrimonio es un papel que dice que quiero pasar el resto de mi vida contigo y que por eso hago un testamento para dejarte lo que tengo, es distinto, al menos para mí. Le da un significado.

Yo estaría dispuesta a casarme con Candela ahora mismo, pero no entiendo qué quiere decir, ¿me cuenta esto porque se quiere casar, o simplemente para explicarme que para ella el matrimonio es importante?

—No te agobies, anda—sonríe—solo quiero que pienses en ello y te lo plantees como una posibilidad para más adelante, ahora quiero disfrutar de mi soltería—bromea.

—Tú no estás soltera, guapa, estás conmigo—me quejo con los brazos en jarra.

—Y estoy encantada—dice besando mi cabeza a la vez que se pone en pie.

El timbre ha sonado y ambas nos miramos extrañadas, mi hermana no suele venir nunca a estas horas. Cuando Candela abre me sorprende, es Adrián.

—¿Puedo pasar? —pregunta cómo si temiera interrumpir algo.

—Sí, claro, Adri—le dice Candela haciéndose a un lado.

—¿Ha pasado algo Adri? —pregunto preocupada.

Candela se sienta a mi lado y él lo hace en un sillón.

—No—responde sonrojado—vengo porque quiero pedirte un favor, tía Raquel.

Alzo una ceja y Candela se ríe.

—A ver, qué favor...—digo enfocándole—venga, dispara.

—Verás, mañana es el cumpleaños de John, es el primero desde que estamos juntos y no me gustaría pasarlo en casa de sus padres o de los míos—dice rodando los ojos—quiero hacer algo especial, y había pensado que quizá podrías dejarme las llaves de la caravana este fin de semana.

Me quedo pensativa y dudo por un momento, nunca me ha pedido nada parecido, pero claro, tampoco había tenido novio antes, al menos que yo sepa.

—Venga, tía Raquel—suplica como un crío.

—¿Lo saben tus padres?

—No, pero soy mayor de edad y puedo hacer lo que me dé la gana—dice molesto.

—No te equivoques, cariño, eres mayor de edad, pero vives con tus padres, por lo tanto, eso de hacer lo que te da la gana es dentro de unos límites, les debes un respeto.

—¿Eso quiere decir que no me la dejas?

—Eso quiere decir que me lo estoy pensando.

—Candela ayúdame—le suplica a ella—y no me vengas con que esto es cosa nuestra, ahora tú también eres mi tía.

A Candela solo le falta llorar de la emoción, yo miro a Adri y ruedo los ojos.

—Que pelotero eres cuando te interesa—se ríe Candela finalmente.

—No es peloteo, ¿o es que para ti no soy parte de la familia? —pregunta en un tono que me cuesta discernir si está hablando en serio o de cachondeo.

—Claro que te considero mi familia, Adrián—responde muy seria—pero llevo con vosotros poco tiempo y creo que esta decisión le corresponde solo a Raquel.

—¿Pero si llevases mucho tiempo con nosotros me la dejarías?

Será cabrón.

—Sí—sentencia ella.

Yo la miro y alzo las cejas.

—¿Qué? Cariño—pregunta ella encogiéndose de hombros—a ti te preocupa lo que sabes que van a hacer, y es normal, pero si no lo hacen ahí, lo harán en un coche o vete a saber en qué sitio asqueroso y lleno de gérmenes.

—Eso es verdad—se ríe Adrián.

—Tú te callas—le ordeno.

Adrián obedece, pero veo como se esfuerza para esconder la sonrisa.

—Está bien—claudico—pero no te voy a dejar la caravana, te dejo la casa que me hizo tu abuelo a cambio de que la limpies y desbroces el patio.

—Hecho—dice eufórico.

Adrián salta de su sillón y se abalanza sobre nosotras para abrazarnos.

—No me dejas la caravana porque no quieres oír nuestros gritos de placer—se burla divertido.

—No te la dejo porque no quiero que escuches tú los nuestros—contesto haciendo que se calle de golpe.

Los tres reímos, finalmente nos ponemos en pie y le entrego las llaves.

—Prométeme que no harás gilipolleces, Adri, sabes que siempre he confiado en ti.

—Que sí, tía Raquel—dice estirando las palabras como si fuese una plasta.

—Y quiero que se lo cuentes a tus padres, porque como se enteren de otra manera lo negaré todo y diré que me las has quitado, ¿te queda claro? —amenazo señalándole con el dedo.

—Transparente.

Adrián se marcha y yo me giro para mirar a Candela.

—¿He hecho bien? —pregunto dudando todavía.

—Claro, no tiene nada de malo, eso sí, prepárate porque a partir de ahora te la pedirá más veces—se ríe.

—Ya, bueno, quizá le venga bien a esa casa, tiene todo lo necesario para vivir y nunca la he usado, todo está lleno de polvo y demasiado dejado. Nuri me propuso una vez hacerle un lavado de cara y ponerla también a disposición de los huéspedes, pero no quiero que la ocupe ningún extraño.

—Normal, es tu casa, al fin y al cabo.

Capítulo 29

Candela, varios meses después.

Estamos todos cenando en casa de doña Emilia y todo va perfectamente entre nosotras y en general. Raquel ya conoce a mis padres, a mi prima y a toda la gente que me importa y forma parte de mi vida. Soy feliz a su lado, a veces la miro y siento un pinchazo de dolor en el pecho de tanto que la quiero, pero esta semana me tiene preocupadísima.

Está rara, cada vez que tiene que hablar por teléfono sale a la calle, y eso lo entendería si hiciese buen tiempo, pero estamos acabando el invierno y no es que apetezca precisamente estar en la calle. También recibe mensajes con más frecuencia y eso me tiene enervada, si le pregunto me dice que no es nada importante, pero para mí comienza a serlo. Cuando eso pasa no puedo evitar pensar que quizá tenga a alguien, pero luego, en momentos como ahora que la tengo sentada justo al lado, veo como me mira, como me acaricia el brazo o la pierna de forma cariñosa y distraída y mis dudas desaparecen, sé que Raquel me quiere tanto como yo a ella.

Ya hemos terminado de cenar y estamos con el postre, un delicioso pastel de queso que Nuria ha hecho esta tarde. De pronto Raquel carraspea nerviosa mientras lo observa todo a su alrededor y yo la miro extrañada porque me ha parecido un carraspeo un poco exagerado, entonces lo repite.

—¿Qué te pasa, cariño, te encuentras mal? ¿Te has atragantado? —pregunto preocupada.

Pero Raquel me ignora y carraspea de nuevo, tan fuerte que esta vez consigue captar la atención de todos. Doña Emilia da una palmada emocionada y Raquel y Nuria se ponen en pie y pasan al otro lado de la mesa junto a los demás mientras yo me quedo con cara de lerda, no entiendo nada. Todos se ponen en pie y se van colocando uno al lado de otro, mezclándose entre ellos como si buscasen un orden concreto, quedando Raquel en la última posición.

—¿Me va a decir alguien lo qué pasa aquí? —pregunto nerviosa.

Ellos sonríen, pero nadie me responde. Todos a la vez, salvo Raquel, comienzan a quitarse el jersey, sudadera o en el caso de doña Emilia, la chaqueta de lana. Cuando lo hacen descubro que todos llevan una camiseta de color blanco. Miro a Raquel con gesto de interrogación, descubriendo que está colorada como un tomate, y eso es señal de que está nerviosa, la conozco demasiado bien.

—Candela, ¿puedes estar atenta? —me pide.

—Créeme si te digo que habéis captado mi atención hace rato—respondo desconcertada.

Raquel le hace un gesto de confirmación a doña Emilia, que es la que está situada en el extremo izquierdo, y entonces sonríe y se da la vuelta, en la parte trasera de su camiseta pone Candela. Entonces se gira Alfredo, que es el siguiente, en la suya leo Toledo y llega el momento de John, en su espalda hay un símbolo de apertura de interrogación. Estoy muy nerviosa, si Raquel está colorada yo no debo quedarme muy atrás.

Seguidamente, Adrián se da la vuelta, en su espalda leo la palabra: quieres, mi pulso se

acelera y se gira Nuria, donde leo la palabra: casarte. Es el turno de Raquel que, sin girarse, se baja la cremallera de la sudadera y señala su pecho con ambas manos, es ahí donde leo: conmigo?

Vuelvo a doña Emilia y leo la frase seguida para asegurarme de que no estoy soñando: Candela Toledo, ¿quieres casarte conmigo? Estoy tan nerviosa que me cuesta respirar, Raquel me mira impaciente, sé que ahora mismo es un momento terrible para ella, ya que, aunque esté convencida de que voy a decirle que sí, sé que en esa cabeza suya también contempla la opción del no, y eso se la tiene que estar comiendo por dentro. Todos se han girado y me miran esperando mi respuesta, ahora entiendo todas esas llamadas y mensajes de Raquel, lo estaba organizando todo con su familia para pedirme matrimonio.

Con la mano temblando, cojo mi bolso. A Raquel y a todos se les dibuja una cara de espanto importante pensando que voy a salir corriendo, pero meto la mano dentro y saco el cuaderno que siempre llevo para escribir cualquier idea que se me ocurra y pueda servirme para mis novelas. Escribo un SÍ de tamaño enorme y lo levanto como si estuviese esperando a alguien en el aeropuerto. Todos gritan y se abrazan, yo me levanto y camino hacia Raquel, que se ha quedado petrificada en el sitio mientras llora emocionada. La estrujo entre mis brazos y me la como a besos.

—Por un momento he pensado que me ibas a decirme que no—susurra entre beso y beso.

—Ni se te ocurra pensar eso, ¿cómo no voy a querer casarme contigo?

—Has tardado mucho en responder—se queja.

—Tenía que vengarme, no sabes la semanita que me has dado con tanto mensajito y secretismo.

Raquel se ríe y yo me derribo entre sus brazos.

Después de muchos abrazos y felicitaciones de la familia volvemos a sentarnos. Alfredo ha sacado champán para brindar y ahora todos charlamos más calmados. Veo que mi suegra me mira y me señala una silla vacía a su lado, así que me acerco y me siento junto a ella.

—Me alegra verla tan animada—le digo risueña.

Ella coge mi mano y las estruja entre las suyas.

—Ahora ya puedo morirme tranquila—comenta con una amplia sonrisa.

—No diga eso, doña Emilia—la regaño descolocada.

—Es verdad—se encoge de hombros—mira a mis hijas, Nuria dejó de preocuparme cuando conoció a Alfredo, siempre supe que serían felices juntos, pero Raquel, ella siempre fue esa espinita que una madre lleva clavada en el corazón, creo que alguna vez te lo había comentado.

—Sí—confirmo sin dejar de mirarla.

—Ahora esa espinita ya no está, Candela, dejó de doler el día que supe que estaba contigo, tú la haces feliz, así que, sí, ahora ya puedo irme tranquila de esta vida.

—Me alegra haberla ayudado, doña Emilia, pero si no le importa, haga usted el favor de no morirse todavía, ¿de acuerdo? Tiene una hija a la que acompañar el día de su boda.

Doña Emilia sonrío traviesa a la vez que comienza a jugar con su dentadura, ay, madre, ya está tramando algo. Me quedo junto a ella observándola nerviosa, esperando su siguiente travesura. En ese momento aparece Raquel a mis espaldas y me abraza desde atrás, me besa el cuello y una descarga eléctrica me recorre la espalda.

—¿Nos vamos a casa? —susurra—tú y yo tenemos algo que celebrar a solas.

—Espera un momento, cariño, creo que tu madre está tramando algo.

Raquel suspira, y antes de que ninguna de las dos pueda reaccionar, doña Emilia coge el mantel de la mesa y da un tirón tan fuerte que todo lo que hay encima sale volando y acaba en el

suelo. A nosotras nos entra un ataque de risa que no podemos controlar, y no es por lo que la pobre mujer acaba de hacer, sino por el susto que se han llevado todos. Como siempre, doña Emilia comienza a aplaudir divertida por su obra mientras balancea sus pies que no tocan el suelo, los demás también ríen al final, son momentos en los que ella se siente feliz y tristes para el resto, pero se esfuerzan por complacerla.

Mientras recogemos todo el desastre, Nuria aprovecha para acercarse a mí.

—¿Sabes que la organización de la boda va a ser cosa tuya verdad? —pregunta entornando los ojos.

—¿Cosa mía? —pregunto sin entender.

—Si esperas que Raquel se ocupe de algo estás apañada, Candela, a ella organizar estas cosas la aburre soberanamente, así que si necesitas ayuda, cuenta conmigo.

Perfecto, mi futura mujer me deja con todo el marrón.

—A ver si lo entiendo, ¿me estás diciendo que me ha pedido matrimonio pero que no tiene intención de ocuparse de nada?

—Eso mismo, ella lo único que tiene claro es que se quiere casar contigo, pero te garantizo que no ha pensado cómo, cuándo ni dónde.

—Bueno, mejor, porque me gustaría sorprenderla de alguna manera el día de la boda, y si ella no participa en los preparativos me resultará mucho más fácil. ¿Sabes si tiene alguna preferencia especial?

—Pues no, la verdad es que nunca ha hablado de estas cosas, cuando me dijo que te iba a proponer matrimonio me llevé una sorpresa importante, aunque si te sirve de algo, cuando era pequeña siempre decía que ella se casaría en un barco.

Capítulo 30

Raquel, cinco meses más tarde

—Me voy a caer, Adrián—me quejo asustada.

—No te vas a caer, confía en mí—insiste con paciencia.

Hoy es el día de nuestra boda. Sí, finalmente, Candela y yo nos sentamos una tarde y hablamos del tema, aunque no gran cosa, mi futura mujer tan solo me pidió consensuar una fecha entre ambas y decidimos hacerlo en verano, y hemos tenido suerte porque hoy hace un día estupendo. De todo lo demás se ha encargado Candela con la ayuda de mi hermana, que estoy segura de que lo ha hecho encantada de la vida, no me contaban detalles y yo tampoco los pedía, yo solo quiero casarme con Candela, el cómo me da igual.

Pero ahora ha llegado el día y comienzo a arrepentirme de no haberme interesado un poco más por el tema, si lo hubiera hecho, quizá ahora sabría lo que están tramando. Para empezar, y a petición de mi madre, esta noche he tenido que dormir en su casa, ella cree firmemente en eso de que ver a la novia la noche antes de la boda da mala suerte. Reconozco que he dormido poco, extrañaba la cama, extrañaba a Candela y además estoy nerviosa.

Ni siquiera sé cómo vamos a casarnos, no sé si Candela esta vez prefiere algo íntimo o algo a lo grande, si prefiere el ayuntamiento o cualquier sitio en el campo que se le haya ocurrido, lo único que me han dicho al respecto, es que Adrián y John vendrían a buscarme llegado el momento. Lo que no me habían mencionado era que me vendarían los ojos una vez subiéramos al coche y que no me permitirían quitarme la venda ni siquiera al bajar. Y aquí estoy ahora, caminando a ciegas agarrada con ambas manos a mi sobrino, temiendo caerme en cualquier momento.

—¿Cuánto falta?

—Poco, que pesada eres, tía Raquel—se ríe el muy capullo.

—Mira, guapo, me gustaría verte a ti en mi situación, llevo tanto rato con los ojos vendados que cuando me quites la venda pareceré un mapache con todos los potingues que me ha puesto tu madre.

—No seas exagerada, además tuvimos en cuenta ese detalle y compró uno de esos que no se corren.

—Que amable...

Adrián hace que nos paremos, oigo el sonido del mar y puedo olerlo, sé que estamos muy cerca, quizá Candela se ha decidido por una playa y me parece magnifico, con el calor que hace, después podremos darnos un baño para refrescarnos.

—Sube un pie, hay un escalón—me pide John.

Lo hago, y caminamos sobre unos tablones que crujen a cada paso y que además tengo la sensación de que se mueven ligeramente. Damos varios pasos más y por fin nos detenemos.

—¿Lista? —pregunta Adrián colocándose detrás de mí y desatando por fin la venda.

Cuando abro los ojos me cuesta mucho enfocar, llevo demasiado rato con ellos cerrados y el sol me ciega considerablemente. Me coloco una mano a modo de visera, sé que está lleno de gente a la que todavía veo borrosa y lo único que distingo bien es el azul intenso que hay detrás de ellos. Tras entornar los ojos unos segundos y centrarme en lo que veo, por fin vuelve la claridad y veo a Candela frente a mí, vestida prácticamente como yo, un traje pantalón chaqueta de color blanco y una camisa fucsia, está preciosa con su melena recogida en un moño.

A su lado hay un hombre vestido de capitán, y es cuando realmente soy consciente de que estamos en un yate y comienzo a mirar mi alrededor. Veo a mi madre y a mi hermana junto a Alfredo, a mis sobrinos y a los padres y la prima de Candela junto a su marido, no hay nadie más.

Candela se acerca a mí y me tiende una mano a la vez que el yate se pone en marcha y se adentra en el mar. La ceremonia transcurre con rapidez, dura apenas quince minutos, otra cosa en la que Candela y yo estuvimos de acuerdo, algo corto. Tras darnos el sí quiero y besarnos entre aplausos no puedo evitar llorar de emoción abrazada a la que ahora es mi mujer.

Candela toma mi mano y nos apartamos del resto subiendo a la zona desde donde se conduce el barco, el hombre que está al timón se aparta y nos lo cede. Yo agarro el timón divertida por la situación y lo mantengo lo más firme que puedo. Mi mujer me abraza desde atrás y me susurra al oído.

—Estás preciosa.

—Tú también—añado yo—¿sabes que de pequeña siempre quise casarme en un barco?

—Sí, sí que lo sabía—confiesa sin soltarme.

Me giro sorprendida y ella alza las cejas sonriente.

—Tengo mis fuentes—aclara sujetando el timón.

—¿Sabes llevar barcos? —pregunto curiosa.

—No, pero con lo que hemos pagado por él como si lo hundimos—se ríe.

El ruido de una botella de champán descorchándose nos hace mirar hacia abajo, mi hermana tiene el móvil en las manos y está preparada para hacernos una foto. Candela apoya su cabeza en mi hombro y ambas sonreímos enormemente para que esa foto nos permita no olvidar este gran día.

FIN

LA AUTORA

Si estás leyendo esto es porque gracias a Amazon, he tenido la oportunidad de poder autopublicar mis novelas. Es una gran ventaja porque me permite mostrar mi obra al público, pero también tiene un inconveniente, y es que soy yo misma la que también se encarga de la edición y maquetación, así que desde aquí quiero pedirte disculpas si has encontrado algún error, ya que, aunque me esfuerzo al máximo, al conocer de memoria el contenido de la novela, me resulta muy difícil detectar algunos fallos.

Aprovecho también para pedirte desde aquí, que dejes tu opinión en Amazon para ayudarme a darle visibilidad al libro, ese es el mayor de los regalos que puedes hacerle a un autor@.

Espero sinceramente que hayas disfrutado con esta historia.